

LOS MUERTOS NO TIENEN AMIGOS

Luis Gutiérrez Maluenda



se

Es detective, se llama Basilio Céspedes, aunque en el barrio donde vive, el Poble Sec de Barcelona, todo el mundo se empeña en llamarle Humphrey. No bebe más que cuando la vida le supera, no es un tipo duro ni le interesa serlo, lo suyo son los divorcios y la manipulación de las notas de gastos que presenta a sus clientes. De repente la muerte florece a su alrededor; sus nuevas amistades son: un gallego, un capo mafioso, una puta que lo sabe todo, un policía violento y un dios con minúscula. No le gustan los cabarés pero debe entrar en uno donde nada es lo que parece y donde hay más lágrimas que risas.



Luis Gutiérrez Maluenda

Los muertos no tienen amigos

Humphrey - 1

ePub r1.1

Ledo 23.07.14

Título original: *Los muertos no tienen amigos*
Luis Gutiérrez Maluenda, 2011

Editor digital: Ledo
Corrección de erratas: sorprenent
ePub base r1.1



«¿Es posible escribir una novela con todos los ingredientes del género negro: dureza, cinismo y violencia y al tiempo cargarla con un delirante sentido del humor? Luis Gutiérrez Maluenda cree que no solo es posible, sino aconsejable. En mi opinión el resultado es espectacular».

Jordi Canal, Biblioteca La Bòbila, L'Hospitalet

«Regresa el bueno de Basilio Céspedes, conocido por todos como Humphrey, un detective privado especialista en meterse en todo tipo de líos. Y lo hace rodeado de sus amigos de siempre, con su particular visión de la vida y su implacable sentido del humor. El género negro español sigue en alza gracias a autores como Luis Gutiérrez».

Àlex Martín Escribà, organizador del Congreso de Novela y Cine Negro de Salamanca

«Desde hace tiempo Luis Gutiérrez se ha ido haciendo un merecido lugar en la literatura policial española, donde hay muchísima competencia. Tiene buenas tramas, un escenario inmejorable en la Barcelona profunda del viejo Barrio Chino y un personal e inteligente sentido del humor. Lo recomiendo siempre».

Horacio Vázquez-Rial, escritor, periodista e historiador

PRÓLOGO

Muchas veces, solo el humor nos permite sobrevivir al espanto.

MARGUERITE YOURCENAR

Era una noche ideal para morir. El soplo polar cabalgaba sobre la humedad que subía desde el puerto y se colaba por el más mínimo resquicio entre la piel y el hueso del pobre desgraciado al que pillase sin la protección adecuada. El cielo, encapotado de nubes hinchadas de lluvia, impedía ver las cuatro escuálidas estrellas que cada noche se asomaban entre los jirones de contaminación urbana. En las alturas, un baterista de *jazz* enloquecido repartía sin ton ni son redobles que se alejaban rebotando de nube en nube, mientras el fulgor de un relámpago guiaba, con su luz, la caída de las gruesas gotas de lluvia que se estrellaban contra el asfalto.

Era la noche ideal para abandonar este mundo de perros, pero el tipo del anorak amarillento no había tenido en cuenta estos factores a la hora de darse de baja del padrón municipal. Básicamente porque dos balazos en el estómago y la consiguiente hemorragia se lo habían impedido. La sangre fue manando de la herida, sin que el anorak impermeabilizado y ceñido en la cintura permitiese su salida. Cuando la policía municipal entró en el callejón, con la idea de recoger a un borracho de los muchos que salpicaban los callejones del Raval, observó con sorpresa la falta de aliento en el cuerpo tendido en el suelo y, temiendo hallarse ante una víctima de infarto,

desabrocharon el anorak a fin de practicarle una respiración asistida de urgencia. La sangre fluyó así libremente, se abrió camino entre los sucios surcos del empedrado del callejón, se mezcló con los orines de gatos, los vómitos de vino barato y el resto de desechos habituales en aquel vecindario.

Fue un espectáculo realmente desagradable, aunque, en honor a la verdad, al tipo del anorak no le importó gran cosa.

UNO

La gatita de curvas sinuosas que compartía mi cama aquella noche se había empeñado en trabar conocimiento de cualquier rincón de mi cuerpo al que pudiese acceder con su lengua. Mientras su pubis acariciaba mi estómago y sus pechos de pezones duros rozaban mi cuello, se abalanzó hacia mi oreja izquierda y, tras mordisqueármela durante unos segundos, me susurró: «Riiiiiiinng».

La miré sorprendido, ella me dedicó un mohín cargado de sensualidad, apretó sus dedos de uñas lacadas contra mis labios impidiéndome hablar y repitió: «Riiiiiiiiiiing».

En esta ocasión pareció sorprenderse ella también y lo intentó de nuevo: «Riiiiiiing, riiiiiiiiiiing».

Me desperté furioso, saqué la mano y tanteé tratando de alcanzar el auricular del teléfono, que jugaba a esquivar mi mano. Sentí un ramalazo de frío que me subía desde los nudillos hasta la base del cuello. Finalmente, cogí el jodido aparato y saludé cortésmente:

—Sí, coño, sí. ¿Qué pasa, se puede saber qué pasa?

La educada voz de mi amigo el comisario Jareño intentó tranquilizarme:

—Lo siento, Humphrey. Ya sé que no son horas de molestar a la gente, pero te necesito, tendrías que venir al depósito de cadáveres ahora mismo.

Miré hacia mi reloj despertador, desde el cual un Mickey Mouse sonriente señalaba con sus brazos abiertos hacia los números tres y doce.

—¡Joder, Jareño, ¿tú sabes qué hora es?!

—Las tres de la madrugada, Humphrey. Tanto para ti como para mí son las tres de la madrugada. Anda, vístete y ven.

—¿Y se puede saber qué coño se me ha perdido a mí en el depósito de cadáveres precisamente hoy y ahora?

—Tengo un muerto aquí y...

—¡Hostia, Jareño, tienes un muerto! Pues nada, hombre, te lo regalo, es tuyo, puedes hacer con él lo que te plazca, porque lo que es tu amigo Humphrey ahora mismo se va a dormir de nuevo. Voy a continuar soñando con mi gatita. ¡He ligado, Jareño, aunque sea en sueños, por una vez he ligado! ¡Y tú vienes a joderme el ligue! Buenas noches, te veré en cualquier otro momento.

—Me temo que el muerto es amigo tuyo, Humphrey. Necesito una identificación y la necesito ahora, no mañana; no en otro momento, ahora. Y deja de joderme porque ya me estás cabreando.

La voz del comisario había tomado un tono profesional que no prometía nada bueno para mi licencia, permanentemente en situación cuestionable, así que decidí ser amable. Al fin y al cabo, para algo están las amistades.

Lo de que el muerto era amigo mío no lo acababa de ver claro. Mis amigos son del tipo difícil de liquidar, aunque solo sea porque ven a la Muerte venir de lejos y corren más que ella.

Me vestí mientras la gatita de curvas sinuosas se perdía irremisiblemente entre las brumas oníricas de un sueño que sospechaba tardaría en recuperar. No porque no sueñe habitualmente, sino porque me cuesta ligar hasta dormido.

En el depósito de cadáveres me esperaban el comisario Jareño, de la Brigada de Homicidios, y el Sargento García. La nariz de Jareño era un bulbo enrojecido por el frío que él apretaba con frecuencia, evidenciando que estaba sufriendo los molestos picores de uno de sus frecuentes ataques de alergia.

—¿Te has dejado en casa aquel espray milagroso de las japonesas, eh, Jareño?

—No, peor que eso. El Ministerio de Sanidad ha decidido retirarlo del mercado por no sé qué falta de información en uno de sus componentes.

Pero vamos a lo nuestro. ¿Conoces a Eduardo López? Trabaja de camarero en El Universo de Noche.

—Claro, somos vecinos, vivimos en la misma escalera.

El Sargento García decidió que aquel era el momento más oportuno para mostrarnos su dominio de los tiempos verbales:

—Era tu vecino, Humphrey, ahora está muerto. —Como pueden ver, un maestro de la morfología el tal García.

Eduardo *el Drácula*, como era conocido por el barrio debido a la extrema palidez de su piel. Su trabajo nocturno le obligaba a dormir durante una buena parte del día, con lo que el sol se convertía para él en un bien exótico. Efectivamente, era mi vecino.

Cuando el Sargento García me informó de su muerte, lo primero que me planteé fue si la muerte sería capaz de añadir palidez a la cara de Eduardo.

Una tontería, ya que además pronto iba a tener la oportunidad de comprobarlo.

—Ven, Humphrey, quiero que identifiques el cuerpo.

La última vez que me había cruzado en la escalera con Eduardo me había lanzado uno de sus habituales requiebros de homosexual zalamero. Iba cambiando de tema, tenía un repertorio amplio y ocurrente: en ocasiones era mi cara de bruto que le ponía cachondo, en otras era mi, según él, aspecto desvalido lo que le hacía desear acunarme entre sus peludos brazos; como respuesta, yo le amenazaba con darle de hostias o algo así. En realidad era una broma vieja que aceptábamos los dos. Lo que sí recuerdo con claridad de esta última vez fueron sus palabras, expresadas con un cerradísimo acento gaditano, que se perdían mientras bajaba la escalera: «Jamfry, *pisha*, ya *verá* tú cómo *er* día que me *vea desnúo* te va a *enamorá* de mí».

Eduardo *el Drácula* estaba bien desnudo dentro del cajón frigorífico. Y no me gustó, aunque probablemente los dos enormes boquetes en su estómago contribuyeron poderosamente a ello.

—Sí, es él —me oí decir con una voz que parecía provenir de un lugar donde no haría el frío mortal de aquel depósito y donde el Drácula podría

seguir jodiéndome con sus requiebros con acento gaditano y yo amenazándole con violencias tan improbables como innecesarias.

—Lo han matado esta misma noche, lo han encontrado los de la Municipal tirado en un callejón. Mañana tendremos el informe de Balística.

El Sargento García insinuó una sonrisa despectiva mientras nos informaba:

—Ni falta que hace el informe de Balística. Estos preciosos agujeros solo puede hacerlos una Magnum, casi con toda seguridad disparada por un revólver Colt Anaconda del calibre cuarenta y cuatro.

El Sargento García es el fulano más veterano del departamento y se las sabe todas. También es el más cabrón, el más violento y el más capaz de todos los policías del departamento.

Como habrán podido comprobar, el hombre aprovecha cualquier ocasión que se le presenta para demostrar sus conocimientos. El poco tiempo que le resta de servicio hasta su jubilación le hace sentirse inmune a las jerarquías, lo que le permite dar rienda suelta a su mala baba siempre que le apetece. Y le apetece más de lo que sus superiores desearían.

Ingresó en el Cuerpo Nacional de Policía procedente de la Legión, donde ostentaba el grado de sargento. En su primer día en la comisaría alguien le preguntó quién era y, llevado por la costumbre, respondió: «Sargento García». Y se quedó con un grado que en el Cuerpo Nacional de Policía en realidad no existe.

—Lo más probable es que García tenga razón, Humphrey. De cualquier forma, esperaremos a que nos llegue el informe de Balística.

—Un Colt Anaconda del calibre cuarenta y cuatro. Y a Balística que le den por el culo —rezongó García mirando el cadáver de una mujer joven que acababan de sacar de las aguas del puerto—. Y esta se ha suicidado, aunque no sé si la ha matado la cantidad de agua que ha tragado o la mierda del puerto.

—Sargento, por favor, un poco más de respeto.

—Sí, señor; de acuerdo, señor. A Balística que le den por el culo con todos los respetos posibles.

—Por última vez, Sargento, deje en paz al departamento de Balística aunque solo sea por la inestimable ayuda que nos proporcionarán a partir del día que usted se jubile.

Mientras el comisario Jareño le leía la cartilla al Sargento, yo pensaba en el Colt Anaconda Magnum calibre cuarenta y cuatro. Toda una leyenda, ya que según dicen los expertos es un arma capaz de agujerear paredes sin ninguna dificultad. Se ha llegado a usar en caza mayor, ya que puede tumbar a un rinoceronte en plena carrera. Y aunque yo lo dudo, también aseguran que una bala disparada por este revólver puede detener la carrera de un automóvil, con la única condición de que impacte de pleno en su motor. La variante con cañón de ocho pulgadas puede incorporar mira telescópica, algo muy indicado si el tipo que lo maneja no desea acercarse a su víctima lo suficiente para verle los ojos mientras muere. Lo dicho, está especialmente indicado para la caza mayor, sin excepciones.

Volví a mirar los agujeros en el vientre de Eduardo y empecé a considerar la posibilidad de que lo del rinoceronte y el automóvil pudiese ser cierto.

—¿Quién dispara con ese tipo de arma, Jareño?

—Un profesional, aunque nadie que nosotros conozcamos. Pero está claro que si alguien va acompañado de esta arma, es que tiene el propósito de usarla.

Se lo traduzco: un Colt Anaconda es lo más parecido a la torreta de un tanque de mediano tamaño, a la que se le ha adosado una culata. Lo cual quiere decir que las coristas no acostumbran a llevarlo en su bolso, ni los ejecutivos en su maletín, y que las monjas lo tienen vetado en el convento. Acabábamos de eliminar a una buena parte de la población como sospechosos. Nos acercábamos al asesino.

—¿Dejó alguna pista el homicida?

—Claro, hombre, a ese de ahí dentro. —El Sargento García señalaba con el pulgar hacia el cajón donde reposaba Eduardo *el Drácula*.

—¿Cuándo ha dicho que se jubilaba usted, amigo?

—Cuando los detectives casposos como usted cumplan sus obligaciones con el Ministerio de Hacienda. Y, por cierto, vaya borrándome de su lista de

amistades, si no le importa.

Ocurrente el Sargento, no se le podía negar. Comencé a imaginar al Sargento García dentro del cajón y a Eduardo paseando tranquilamente por la *avinguda* del Paralelo.

Una idea realmente fascinante. Hay ocasiones en que me gustaría creer en los milagros.

—¿No será porque ha encontrado usted caspa en su cama, verdad, García?

El tipo se dispuso a agredirme, ya tensaba sus setenta y muchos kilos de fibra apoyados en unas patas más torcidas que el alma de Judas, cuando Jareño decidió que era el momento apropiado para intervenir.

—Sargento, por favor, pregunte al forense cuándo nos tendrá preparado el informe. Y si es necesario esperar, espérese.

Mi recién adquirido amigo dudó unos instantes entre desearme una enfermedad incurable especialmente dolorosa o largarse sin más a cumplir órdenes. Me midió un par de veces con la mirada y solo cuando el comisario Jareño rozó suavemente su brazo con el codo decidió largarse. Mentalmente anoté un *bourbon* por cuenta de la casa para mi amigo.

—¿Habéis preguntado a los vecinos si oyeron algo? —En el mismo momento de lanzar la pregunta me di cuenta de lo estúpidas que resultaban mis palabras, ya que los vecinos de aquel callejón, cuando oyen un disparo, se toman un Valium y se meten debajo de la cama. Por si acaso.

—Tú mismo, Humphrey. Esa gente jamás oye nada, jamás ve nada y por supuesto jamás le cuenta nada a la policía. Quizás tú puedas ayudarnos.

—Hum. —Sabía lo que me iba a pedir, pero, aunque no me gustaba la idea de involucrarme, no sabía cómo negarme—. Hum —repetí.

—Presta atención a lo que se dice por el barrio, pregunta a los vecinos, tantea a la gente, averigua si el Drácula estaba «marcado» por alguien. Tal vez a ti te cuenten más cosas que a nosotros.

—Parece que has descartado un posible móvil pasional.

—No, ya sabes que yo nunca descarto nada a priori, pero un crimen pasional no acostumbra a acabar con uno de los protagonistas tirado en un callejón con dos agujeros de Colt Anaconda. Acuchillado tal vez, o con la

cabeza destrozada a golpes en un apartamento... Un asesino pasional no mata a la persona que ama, sino a quien vive en el interior de su sueño convertido en pesadilla. Esto es obra de un profesional, Humphrey. Alguien decidió que tu amigo ya había vivido lo suficiente y encargó a un experto que le liquidase.

—Veo que das por buena la versión del Sargento García respecto al arma del crimen.

—No se equivoca nunca. Es un tipo raro, malcarado, pero sumamente eficiente en el trabajo. Si él dice que esos agujeros los ha causado un Colt Anaconda, su veredicto es tan fiable como el informe de Balística.

—Lo que está claro es que además adora a los detectives privados.

La risa del comisario Jareño atronó el depósito de cadáveres e hizo subir la temperatura en un par de grados. El comisario no acostumbra a sonreír, pero sus carcajadas recuerdan a la música de fondo de un maremoto de mediana potencia. No se puede pasear una humanidad de metro noventa y cinco y un peso bruto de ciento diez kilos sobre unos zapatones del número cuarenta y seis y reír como Madonna. No estaría bien visto.

—Efectivamente, sois su debilidad. Anda, vete a casa, prefiero que cuando regrese García tú ya no estés aquí. Ya os reconciliaréis otro día; en realidad, sois dos buenos tipos.

Me imaginé al Sargento García con una aureola de santo clavada encima de su cara de paleta, y su cuerpo robusto y patizambo revestido de una túnica larga hasta los pies, pero no me convenció. Hum.

—Confío en tu habilidad, Humphrey.

—No te prometo nada, Jareño. Tú lo has dicho: la gente de este barrio adora el silencio. Pero lo intentaré.

Salí del frío del depósito de cadáveres a la gélida humedad de la calle desierta. Los chorizos de poca monta, que acostumbran a hacer de las primeras horas de la madrugada su horario habitual, habían desaparecido como si ventearan la presencia de la policía. De fondo se escuchaba el rumor de los coches de los últimos juerguistas regresando a casa. Había sido una de aquellas noches que luego no me gusta recordar, había perdido a un amigo y un bello sueño. Aunque eso sí, había un lado bueno en todo

aquel asunto: los lazos de firme amistad que acababa de establecer con el Sargento García.

Caminé con las manos en los bolsillos. El amanecer reptaba por las calles y trepaba por las paredes. Los despertadores estaban listos para joder a los que dormían con placidez.

DOS

El cuchitril en el que recibo a mis clientes es una habitación de cuatro metros por tres. Mi mesa preside un espacio que comparte con dos polvorientos archivadores metálicos y un par de sillas de respaldo y asiento forrados de plástico granate. En una de las paredes, un plano de Barcelona claveteado de chinchetas de cabeza coloreada que se distribuyen por su superficie sin el más mínimo sentido. El plano en cuestión tapa una artística mancha de humedad, que con un poco de imaginación podría ser la figura de un mandril deslizándose por el tronco de un baobab.

Aunque he de aclarar que ignoro por completo la forma que tiene un baobab, si un mandril puede deslizarse por él, dudo que sea muy diferente de los numerosos plátanos que abundan en Barcelona.

En la pared opuesta, dotando a la habitación del pertinente toque cultural, cuelga una litografía plastificada que representa un bucólico camino enfangado por el que circula una carreta tirada por dos bueyes de aspecto cansino. La pinta del tipo de la vara que los va azuzando no es mucho mejor que la de los bueyes. Al final del camino, sobre una elevación que domina el paisaje, se yergue un castillo en el que imagino que vive el dueño de los bueyes y del tipo de la vara. Por el aspecto de ambos, un perfecto hijo de puta.

Para completar la descripción de mi oficina es necesario mencionar la climatización. Es del tipo natural, lo cual quiere decir que en invierno hace un frío capaz de conservar incorrupta a la momia de Gengis Khan y en verano, un calor tan agobiante que incluso el mandril huye del baobab hasta la llegada de climas más atemperados.

Aquel día estaba valorando seriamente la posibilidad de comprar una antiestética estufa de butano para sustituir al coqueto pero inútil convector eléctrico, cuando recibí la siempre esperanzadora visita de Billy Ray Cunqueiro.

Billy Ray es mi vecino del ático, un *loft* tan americanizado como su nombre. En realidad, él se llama Ramón.

Billy Ray es mi proveedor de juergas. Monta unas escandalosas fiestas en su *loft* a las cuales asisten unas ninfas tan desesperadas que hasta yo ligo. Y esto no es ninguna tontería. Quizás si les cuento que últimamente lo que más aprecian de mí las mujeres es el aroma que dejo al largarme, entiendan mejor la importancia que tiene Billy Ray en mi vida.

Mi vecino da la sensación de ser millonario por la forma en que maneja el dinero. Él afirma que el dinero que derrocha con tanta facilidad procede de turbios negocios con gente peligrosa. Pero Billy Ray es un mentiroso, todos sabemos que el dinero lo va a recoger a la estafeta de Correos de la esquina y procede de su Galicia natal, desde donde se lo envían unos padres adinerados.

Billy Ray viste como un americano; en ocasiones, como un gánster; otras veces, como un *cowboy*. Se expresa como un americano, e incluso intenta hablar en inglés, aunque su laringe acostumbra a rebelarse y el resultado es una pronunciación tan horrenda como la sonrisa de Harry Krueger mientras se afila las uñas en cualquier farola de Elm Street.

Billy Ray es en el fondo un soñador. En cuestión de música coincidimos, también a él le gusta el *blues*, aunque posiblemente en su caso se deba al simple hecho de ser americano. A mí no, a mí me gusta porque en otra vida fui pobre, negro y ciego. Actualmente mi vista es excelente y mi piel presenta un desvaído tono rosado. Pero sigo siendo pobre.

Ya veremos qué tal va todo en la siguiente.

Billy Ray entró y se sentó sin decir palabra. Respiraba preso de gran agitación y sus ojos giraban enloquecidos buscando por toda la habitación un lugar adecuado donde posarse y descansar un rato. Imaginé que el chaval estaba preparando, como en él es habitual, la escenificación más adecuada para relatarme alguna aventura especialmente peligrosa, pero interesante y

rentable. Cuando Billy Ray se comportaba así, la cosa acostumbraba a acabar con una invitación a la próxima bacanal en su *loft*, que de esta manera adquiriría la relevancia del peligro con que había sido conseguido el dinero que la financiaba.

Yo acostumbro a soportar estoicamente el exagerado relato.

El premio bien lo vale.

—Humphrey, *brother*, la hemos jodido. *Boy, oh, boy! I'm busted. My whole life's destroyed.* Tío, que de esta no salgo.

Para que se hagan una idea de lo que debía de estar sufriendo Shakespeare allá en los cielos, la última frase de Billy Ray, rebotando penosamente entre sus dientes y garganta acostumbrados a la dulzura de la pronunciación celta, sonó algo así: *Ambusté, mijulif destroyin.*

Algo en el aspecto del gallego me indujo a pensar que la historia, en esta ocasión, no sería tan divertida como de costumbre. Y, de ser algo más listo de lo que acostumbro a ser, hubiese empezado a correr sin parar hasta comprobar que Billy Ray se hubiera detenido unos cuantos cientos de kilómetros atrás. En lugar de eso, traté de transmitirle mi sabiduría y experiencia.

Humphrey, el hombre de mundo, metiéndose en líos.

Lo hago de puta madre.

—No sé lo que te pasa, pero será mejor que te tranquilices e intentes contármelo con calma, ya verás como no es tan grave.

—Estoy marcado, Humphrey. Me han marcado, ¿lo entiendes?

—¿Quién te ha marcado, hombre de Dios? No seas exagerado, no se marca a alguien así como así.

—Debo dinero, Humphrey, y no tengo forma de devolverlo; estoy muerto, tío.

—¿Cuánto dinero debes?

—Siete mil euros.

—Ningún prestamista te matará por siete mil euros. Te irá machacando los huesos poco a poco, para darte tiempo a que le vayas devolviendo el dinero. No te preocupes, con un poco de suerte encontraremos la forma de reunir la pasta.

Billy Ray pronunció las siguientes palabras sin dejar de mirar fijamente la puntera metálica de sus botas de *cowboy*.

—No le debo dinero a ningún prestamista. Y estos me matan, *carallo*; aunque sea por setenta euros, me matan.

—¿Quién te va a matar por setenta euros?

—Los chicos del Tío Matías.

—Joder, Billy Ray, esos te matan seguro.

Admito que no debí decir eso, lo admito, y me avergüenzo aún ahora de haberlo hecho, pero en aquel momento la impresión me venció.

—Ayúdame, Humphrey. Tú eres mi amigo, dominas el barrio, tienes imaginación, recursos. ¿Qué hago, *carallo*, qué hago?

El pobre Billy Ray estaba tan asustado, iba tomando tal conciencia conforme iba hablando de la magnitud de la tragedia en que se había convertido su vida, que hasta se había olvidado de hablar en inglés y se expresaba en orensano clásico.

—En primer lugar, tranquilízate y procura contármelo todo con detalle para que yo me haga cargo del problema. Y por favor no adornes la historia, me temo que no vas a necesitarlo.

Mientras Billy Ray ordenaba sus pensamientos para empezar su narración de los hechos, yo pensaba en el Tío Matías, en su personalidad y en sus actividades. El fulano en cuestión es el patriarca gitano del barrio. Lo cual en principio no está ni demasiado bien ni demasiado mal. Ahora bien, si le añadimos que es él quien controla todo el negocio, facción gitana, que genera el tráfico de drogas de la zona, la cosa ya empeora. Sumémosle a eso que no hay puta en el barrio que no se atenga a sus directrices y a las de sus muchachos, bien sea directamente o bien por el control que mantiene sobre sus chulos, que no podrían subsistir sin la protección del Tío Matías, especialmente en un momento en que facciones de distintas etnias tratan de hacerse con una parte sustancial de los beneficios que genera cada polvo apresurado perpetrado en los cuartuchos de las numerosas casas que alquilan sus habitaciones a tal efecto, algunas de ellas propiedad del Tío Matías, otras, de propietarios agradecidos al poderoso gitano.

La cosa ya empieza a presentar un patete mal aspecto, ¿no es cierto? Pues aún se puede empeorar. Resulta que el Tío Matías controla también la extorsión, el robo y las pandillas de matones que por encargo pueden romperte una pierna, dos brazos, dejarte sentado en una silla de ruedas por el resto de tus días, o liquidarte si se paga el precio adecuado. El panorama ya huele que apesta a estas alturas, ¿verdad? Pues para acabar de aderezar el relato falta un pequeño detalle. El Tío Matías tiene una costumbre encantadora: si alguien se la juega, no se enfada con él, simplemente ordena que le maten; así el próximo se lo piensa dos veces. Se conocen casos de gente que lleva años pensándose y aún no se ha decidido a jugársela.

Cuando el Tío Matías decide cargarse a alguien ordena el trabajo a sus chicos de confianza, todos ellos gitanos, y el pobre tipo ya puede considerarse listo de papeles, carne de funeraria. A esta orden del Tío Matías se la llama «una marca», y del futuro cadáver se dice que «está marcado».

Mi amigo Billy Ray me estaba contando que estaba marcado y lo peor es que yo estaba empezando a creérmelo. Y aun así, no había empezado a correr. En ocasiones me sorprende a mí mismo. En esta en particular aún estaba meditando si debía sentirme orgulloso o si presentaba mi candidatura a bobo del año. No les contaré a qué conclusión llegué.

Billy Ray había reanudado su relato:

—Hace tres meses que no hago ningún negocio de los que me proporcionan dinero.

—¿Qué negocios son esos, Billy Ray?

—Bueno, *carallo*, ya sabes, quiero decir que hace tres meses que mis padres no me mandan un euro. Y no volverán a enviarme dinero, se han arruinado, están completamente arruinados. Soy pobre, Humphrey.

—Tienes el *loft*.

—No, no lo tengo, es alquilado.

—Tienes muchos amigos.

—¿Sin dinero, sin fiestas? Estoy probando con el último que me queda, Humphrey.

—¿Y tu coche?

—Vendido, pagó la última fiesta. Una fiesta cojonuda, si la recuerdas. Fue aquella en la que te tiraste a la pelirroja culturista.

En realidad fue ella quien se me tiró a mí, pero no era cuestión de precisar todos los detalles en aquel momento, así que no dije ni una palabra al respecto.

—¿Y qué más, Billy Ray, qué has hecho para que el Tío Matías se enfade contigo?

—Decidí hacer dinero. Pensé que con la cantidad de amigos que me habían gorreado toda clase de droga en mis fiestas, ahora que lo necesitaba podría vendérsela.

—Hasta ahí te sigo, Billy Ray.

—Fui a ver al Tío Matías. Alguien me había dicho que él era quien controlaba el tráfico en el barrio y que me atendería si le proponía un buen negocio. Fui a verle de parte de mi contacto, le conté que tenía muchas relaciones, que podía vender droga sin demasiado esfuerzo, que sería un buen camello, pero que la primera partida debía fiármela ya que no tenía dinero. Me miró largo rato sin decir nada, luego me preguntó si sabía lo que les pasaba a los que se la jugaban. No pude ni contestar de lo acojonado que estaba, Humphrey, solo moví la cabeza de arriba abajo varias veces. Ese hombre mira como una serpiente, colega, me tenía hipnotizado. Tan solo dijo: «Bien, dime cuánto quieres».

»Le contesté que un millón de las antiguas pesetas, más o menos. Quería impresionarle.

»Volvió a hablar sin dejar de mirarme fijo a los ojos: “Bien, eso es mucho, pero si tú dices que tienes buenas relaciones será cuestión de creerte”. Luego hizo un gesto y me despidió. A la salida ya tenía preparada la droga. Es asombroso lo poco que abultan siete mil euros de cocaína. Me la entregaron en uno de esos maletines de piel que llevan los ejecutivos. “Con Dios, payo, que tengas suerte”, me dijo el gitano que me lo entregó. Le di las gracias. Me sentía importante, Humphrey. Me sentía como en las

historias que os contaba para darme importancia, un tipo duro, peligroso, un aventurero.

»Pero la alegría me duró poco, Humphrey. Se dieron cuenta enseguida de que yo no era más que un pobre aficionado. Supongo que alguno de ellos decidió hacer el negocio del mes a mi costa. Me asaltaron en la misma puerta de la escalera. Ya era de noche. Eran dos y parecían gitanos. Estaba muy oscuro y no pude distinguirlos bien; solo puedo asegurar que uno de ellos llevaba una de esas botas puntiagudas; no de *cowboy* como las mías, sino de esas castellanas, de cuero repujado, con arabescos. También me pareció que tenía una cicatriz que le cruzaba la barbilla y le llegaba hasta la mitad del cuello. Del otro solo puedo decirte que olía a ajo y manejaba una navaja enorme. Me la puso en la garganta y me dijo: “Payo, eso que llevas es *demasiao* bueno *pa* ti, así que nos lo vamos a llevar nosotros, que sabemos más que tú del negocio”.

»El de las botas solo dijo: “Mierda de payo”, y encendió un cigarrillo frotando una cerilla entre las uñas de los dedos pulgar e índice. Fue entonces, en el reflejo de la cerilla, cuando distinguí entre sombras la cicatriz. Se largaron con la droga sin pronunciar ni una sola palabra más. Cuando ya estaban lejos, me di cuenta de que tenía un charquito a mis pies. Me había meado, Humphrey, y ni siquiera me había dado cuenta. ¿Estamos bien jodidos, verdad, amigo?

—Sí, Billy Ray, estamos jodidos. —Me di cuenta de que estaba aceptando el plural. Me dio pena decirle que yo no estaba jodido mientras no me involucrase en sus problemas. No supe cómo decirle que estaba solo en su jodienda.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Humphrey?

—Tú te vas a mi casa y te encierras con llave —mientras lo decía le tendí las llaves de mi apartamento—, y no abres a nadie por mucho que llamen. Cuando yo llegue abriré con un juego que guardo aquí en la oficina. Antes pulsaré el timbre una sola vez, brevemente. Si descubres que alguien trata de abrir sin avisar con un timbrazo corto, lárgate, descuélgate por el balcón, o si lo prefieres, hazlo por la ventana del lavabo que da al patio de luces de la escalera. Es mejor morir descalabrado que apuñalado. Si llaman

a la puerta repetidamente, no hagas caso, no hagas ruido, ya se cansarán y se largarán cuando se convenzan de que allí dentro no hay nadie. ¿Entendido?

—Sí, Humphrey. Gracias, eres un amigo.

—Anda, lárgate. Yo voy a investigar por ahí. Quizás consiga enterarme de algo que nos pueda servir. Ya te veré esta noche y te contaré lo que haya averiguado. A ver si se me ocurre algo para que este lío no vaya más lejos de lo que le conviene a tu salud.

—Gracias de nuevo, Humphrey.

—Vamos, lárgate. Solo una cosa más.

—Dime.

—Eres un capullo.

TRES

La gorda salió entre una de las riadas de gente que cada pocos segundos, como una exhalación apresurada, expulsaba cualquiera de las puertas de la estación de ferrocarril de Sants, en Barcelona. La permanente recién oxigenada de rubio competía en elegancia con los leotardos a rayas que revelaban el amercillamiento de unos muslos exagerados y dotaban a su culo de la vistosidad de un forúnculo.

La mujer apretaba contra su pecho de nodriza un pequeño bolso de mano y sonreía sin alegría aunque con evidente alivio. Meditaba acerca de cómo algo tan trivial como tener un cuñado trabajando en las taquillas de RENFE podía salvarle la vida a alguien. En su caso, pensó, la expresión «salvar la vida» iba, sin duda, más allá de una simple metáfora.

En el mismo momento en que conoció la noticia del asesinato de Eduardo *el Drácula* comprendió que debía irse, poner tierra de por medio, y cuanto más mejor. Nada ni nadie la había amenazado, pero no pensaba esperar a que una posible amenaza se convirtiera en realidad. En el bolso de mano guardaba un billete de tren que la llevaría a Cáceres en el expreso que partía aquella misma noche, aproximadamente en unas tres horas. Una vez en Cáceres, su hermano la recogería en la estación e irían hasta la casa de sus padres en Torrecillas de la Tiesa, su pueblo de origen. Allí estaría alejada del peligro que la acechaba en Barcelona si sus sospechas resultaban fundadas. Y, si se equivocaba, una temporada de descanso en el ambiente rural, que en ocasiones añoraba, no le sentaría mal. Si pasado algún tiempo veía que las aguas volvían a su cauce, regresaría a Barcelona. Tiempo tendría.

Antes de entrar en el taxi, miró a derecha e izquierda sin llegar a detectar ningún signo de peligro. Una vez acomodada, dio la dirección de su domicilio en la calle Jerusalem y, durante el corto trayecto, en diversas ocasiones comprobó nerviosamente, por la luna trasera, si alguien les seguía.

Calculó que preparar el equipaje y volver a salir en dirección a la estación de ferrocarril no le iba a ocupar más de diez minutos, por lo que pidió al taxista que la esperase en la misma puerta de su casa hasta su regreso. Al entrar en el portal, maldijo sonoramente, y por enésima vez, el resplandor mortecino de un pequeño y viejo aplique de luz enmohecido, que más que aportar claridad, prolongaba las sombras que nacían en el hueco de la escalera e invadían el sucio vestíbulo, convirtiéndolo en el escenario perfecto para toda clase de tropezones y pequeños accidentes, y también para los encuentros de alguna pareja que, escondida en el hueco, aprovechaba para meterse mano, aunque esto último solo sucedía por las noches. Pensó con rabiosa alegría que, al menos durante una temporada, se iba a librar de tan lamentable lugar.

El apagado sonido que brotó de una de las sombras adosada al hueco de la escalera la llevó a plantearse cuál de sus vecinos debía de estar de celebraciones y abría botellas de cava a aquellas horas. El tapón recién descorchado le rebotó dos veces en el estómago, impulsándola violentamente contra el pasamano de la escalera. Intentó agarrarse a la madera pero le fallaron las fuerzas, y desde allí fue resbalando hasta quedar sentada en el primer escalón. La mancha de sangre que se iba formando con escandalosa rapidez entre sus piernas abiertas la llenó de estupor.

Cuando comprendió que la sangre que se extendía a sus pies era suya y que si no conseguía detener la hemorragia moriría, gritó pidiendo socorro. Lo hizo repetidamente, tantas veces como su desesperación la impulsó a hacerlo, aunque no consiguió que nadie la oyera, porque sus fuerzas no le permitieron emitir más sonido que el que retumbó en sus adentros. Tal vez comprendió que se estaba muriendo y que no merecía la pena esforzarse tratando de impedir lo que ya era inevitable.

Y mientras iba muriendo con cada borbotón de sangre que salía de su cuerpo, la cartera de mano y el billete de tren contenido en su interior todavía apretados contra el pecho, una de las sombras se despegó de la pared y pasó por su lado sin apenas dirigirle una mirada carente de curiosidad.

Pasados quince minutos, el taxista decidió asomarse al portal con la intención de meterle prisa, aunque fuese a gritos. La encontró en la misma posición y con la misma cara de sorpresa que compuso al pensar en la fiesta que debían de estar celebrando en su vecindario. Pasados cinco segundos que le parecieron horas salió corriendo para telefonar a la policía. Durante la corta espera tuvo tiempo de tomarse dos copas de coñac en un bar cercano. La camarera que le sirvió el trago, una antigua puta a quien una inminente ancianidad había ayudado a reconducir su vida hacia la continencia sexual, diría luego a sus parroquianos que el fulano andaba como un borracho y estuvo a punto de no servirle el coñac.

El taxista se dirigía al bar a por la tercera copa de coñac cuando llegó el coche patrulla y pudo sacarse a la muerta de la conciencia, aunque no de la memoria. Solo más tarde, en comisaría, se dio cuenta de que sus zapatos y los bajos de los pantalones estaban manchados de sangre.

CUATRO

Llegué a la conclusión de que si quería ayudar a Billy Ray no tenía más opción que entrevistarme con el Tío Matías, lo que dicho sea de paso me hacía la misma ilusión que darle cucharaditas de helado a un cocodrilo hambriento.

La segunda conclusión a la que llegué fue que si no me presentaba con los siete mil euros que Billy Ray debía al gitano, podía ahorrarme el viaje. Y conseguir siete mil euros, para Basilio Céspedes, alias Humphrey, o sea yo, no era una bagatela. El dinero no es un artículo que sobre entre la gente de mi barrio, al menos entre la gente que yo frecuento. Y a la gente de mi barrio a la que siete mil euros no le parece una cantidad exorbitante, es mejor no pedírselo.

Comencé a sondear mentalmente las posibilidades que se me ofrecían. Realmente, eran muy pocas.

Maruchi *la Desdentá* tenía el dinero, pero desde que su chulo, hacía ya muchos años, la abandonó después de volarle la dentadura a patadas en una discusión de enamorados, la chica no estaba por la labor de prestarle dinero a un hombre. A una mujer tampoco se lo hubiese prestado, pero al menos se negaría con una cierta suavidad.

Maruchi era casi una niña cuando su chulo la abandonó, convencido de que una puta sin dientes no es una fuente de ingresos fiable. Sola, comenzó a trabajar rincones oscuros de parques y jardines, ofreciendo mamadas a buen precio. De manera sorpresiva, sus trabajos a encía desnuda alcanzaron fama en Barcelona y sus ganancias no solo le permitieron adquirir una dentadura nueva de la mejor calidad, que se sacaba antes de cada trabajo,

sino también establecerse en un negocio de futuro: el *topless* El Reposo del Guerrero. Allí, fundamentalmente, las mamadas las hacían sus chicas, aunque de vez en cuando llegaba algún cliente recomendado que hacía necesario que Maruchi se quitase la dentadura. La relación de la Desdentá con Billy Ray era casi amistosa. Se podía probar con ella, por tanto.

El comisario Jareño también tenía el dinero y, si se lo pedía, me lo dejaría, siempre, claro está, que le contase el motivo de mi necesidad.

Sin embargo, su solidaridad para con sus amigos venía inmediatamente detrás de su condición de policía si el asunto afectaba al Código Penal. Y, sin duda, querría saber por qué razón un personaje como yo, especializado en sobrevivir sin apenas dinero, recurría con tanta urgencia a él para conseguirlo. Le tendría que contar lo de Billy Ray.

Y entonces actuaría como cualquier madero debe hacer: según el reglamento. La consecuencia inmediata sería, sin lugar a dudas, la siguiente: dos o tres gitanos a la trena por un periodo no demasiado largo de tiempo y a los pocos días Billy Ray en la nevera cosido a puñaladas por los chicos del Tío Matías. Tampoco podía descartarse que la «marca» pasara del finado Billy Ray Cunqueiro a un servidor por meter las narices en los asuntos del Tío Matías. Y eso era lo último que yo deseaba que sucediese.

Descartado Jareño, pues, por motivos obvios.

Mis posibilidades de liquidez económica pasaban por la venta de mi colección de discos compactos de *blues*, *jazz*, *doo wop*, *country* y un largo etcétera. Una buena colección, dicho sea de paso.

Posiblemente podría conseguir seiscientos euros por ella en el mercado de segunda mano, si quería ir rápido, y algo más de ochocientos si le dedicaba un tiempo del que Billy Ray no disponía. A esta cantidad le podríamos añadir quinientos o seiscientos euros más de la venta de mi lujoso Seat Ritmo Crono, contemporáneo de Antonio Machín. Siempre se puede encontrar a algún desesperado capaz de arriesgarse a comprar un «clásico» en un estado de funcionamiento dudoso.

De mi caja de seguridad ya les hablaré a lo largo de este relato, aunque les puedo adelantar que lo único que cabría esperar de su contenido era la constatación de mi nula capacidad como financiero de élite.

Y no es por provocar lástima, pero ya no se me ocurre nada más de entre mis propiedades que pudiera vender por una cantidad razonable de dinero. Sumándolo todo alcanzábamos lo suficiente como para negociar una muerte no demasiado dolorosa para Billy Ray.

Así pues, mi aportación solo podía ser contemplada si se añadía a la de otros voluntarios de modo que se redondearan los siete mil euros.

Problema: el tiempo.

Tenía un último candidato al sablazo, pero este lo guardaba como una solución de emergencia si fallaban las demás. Bueno, en realidad, si fallaba Maruchi *la Desdentá*, ya que Jareño estaba descartado por los motivos anteriormente mencionados.

Una suscripción pública en pro de la permanencia en este mundo de Billy Ray Cunqueiro quedaba también descartada.

El *topless* de viejas glorias de la prostitución regentado por Maruchi *la Desdentá* se encuentra en la calle vecina a mi despacho profesional —me encanta llamar así al cuchitril donde recibo a los clientes—, por lo que fue un trayecto corto el que me llevó a enfrentarme a Maruchi.

La hora temprana de la tarde era la culpable de que el local estuviese aún vacío. Dos chicas, con las tetas aún dentro de sus sujetadores, jugaban a los dados en un rincón de la barra, y Carmenchu *Tetas de Palo*, la más veterana de la casa, miraba con extrañeza el sudoku de una revista y se rascaba pensativamente sus pechos siliconados. Al verme señaló con la mano hacia el interior del local y siguió su romance con el sudoku.

Maruchi, sentada en el último de los espacios protegidos por una mampara que se prolongaban a lo largo del interior del local, fumaba pensativamente.

—Humphrey, viejo amigo, ¿cómo es que te dignas a visitar nuestra humilde casa?

—Negocios, mi amor. ¿Qué sabes de la marca que hay sobre Billy Ray?

La voz de la mujer tomó el mismo tono que emplearía para convencer a un subnormal de que dejase en paz al gato.

—Yo no sé nada de marcas, Humphrey. ¿Qué te parece si te tomas una copa por cuenta de la casa y te largas?

Maruchi es la mayor y mejor informada emisora de noticias, rumores y habladurías que hay en el barrio. Lo sabe todo y le encanta contarlo, especialmente cuando cobra por hacerlo. Si le pagas, lo difícil no es que te cuente secretos inconfesables, lo difícil es que deje de encadenarlos uno tras otro hasta la extenuación. Y ahora fíjense, la pobre muchacha no tenía ganas de hablar. Estaba dispuesta hasta a que tomase una copa por cuenta de la casa (cuando en su local, por cuenta de la casa no tomaba una copa ni el mismísimo Santo Padre), con tal de que no la hiciese hablar acerca de Billy Ray.

—Maruchi, lo que tú no sepas en este barrio, no lo sabe nadie. Necesito toda la información que puedas darme y necesito dinero para sacar a Billy Ray del lío en que se ha metido.

Su tono de voz se endureció de manera dolorosa al responder:

—No me jodas, Humphrey. ¿Quieres información sobre la marca que le han puesto a Billy Ray? ¿De verdad quieres esa información? Pues nada, hombre, no sufras, te la voy a dar y además gratis, cortesía de la casa: el chaval está muerto, más muerto que mi abuela, que murió de un sifilazo antes de que yo tuviera la edad de hacer la primera comunión. ¿Te sirve la información?

—No, Maruchi, no. No me jodas tú a mí. El chaval está vivo y si le ayudamos quizás pueda vivir todavía muchos años.

—¿Y quién le va a ayudar, Humphrey? ¿Tú? Venga, no me hagas reír. Tú no eres nadie comparado con la gente que va tras él. Y, por cierto, antes me ha parecido escuchar algo de dinero. Olvídalo.

—Sí que soy alguien, Maruchi, soy su amigo.

—Los muertos no tienen amigos, Humphrey. Los muertos no necesitan amigos, lo único que quieren es que se les deje en paz. Quieren descanso. ¿Ves? Es así de sencillo. A Billy Ray hay que dejarle descansar. A todos nos toca un día u otro; mañana podemos ser tú o yo, quién sabe.

—¿No me vas a ayudar?

—¿Quieres esa copa, Humphrey? Ya te lo he dicho, invita la casa.

—Ya sabes que no bebo.

—Deberías.

—No, gracias, ya sabes que no bebo salvo en ocasiones especiales.

—Te puede hacer compañía una chica, aprovecha hoy que estoy generosa. Mamada gratis y le diré que se esmere.

—No es eso lo que he venido a buscar.

—Adiós entonces, amigo. Vuelve cuando quieras. Mejor, vuelve cuando hayas crecido y no tengas ganas de hacerte el héroe.

A Maruchi *la Desdentá* la vida la ha ido haciendo tal como es ahora, y se puede pensar que se ha deshumanizado. Quizás sí, aunque el personal que pulula por estos andurriales se sentirá antes inclinado a pensar que lo único que ha hecho ha sido adquirir el sentido práctico necesario para ir sobreviviendo.

Yo sabía su respuesta antes de entrar en El Reposo del Guerrero, pero quería que mi conciencia permaneciese callada el día del entierro de Billy Ray.

Ahora las posibilidades de conseguir el dinero se reducían a una y era remota, porque el destinatario de mi petición de ayuda era alguien que en buena lógica sentiría por mí antes desdén, o incluso odio, que amistad o un sentimiento que le predispusiese a ayudarme.

Me despedí de Maruchi mostrándome dignamente ofendido. Ella lo hizo con una indiferencia que en el fondo era impotencia, aunque se negase a aceptarlo.

Envidio la objetividad de Maruchi, su sentido práctico. Ella, seguramente, lamentaba no mostrar mi inconsciencia. Lamenté ser abstemio y no haber aceptado la copa que me había ofrecido la Desdentá, aunque, pensándolo bien, la compañía de una de sus chicas hubiese resultado más útil.

Al menos durante unos pocos minutos.

Si conseguía librar a Billy Ray de los chicos del Tío Matías, le asesinaría yo mismo como compensación por lo que me estaba haciendo pasar.

Mi última esperanza se llamaba Enrique Valles, a quien yo apodaba *Mediahostia*, ya que su aspecto físico es tan atlético como el de un eremita tras un ayuno de seis meses y una posterior recuperación de otros seis a base de bayas silvestres. Sin embargo, el tipo tiene algo que vuelve locas a las mujeres. Enrique Valles, en otro tiempo, había sido mi víctima. Entiéndanme, le seguí a él y a una mujer por encargo de un cliente, o sea que también podría decir que nos había unido una relación de negocios. Claro que bajo su punto de vista lo más probable es que les dijese que yo soy un gusano que me entrometí en su vida y en la de su chica.

Las consecuencias de aquel episodio no pudieron ser más funestas: ella murió a manos de mi cliente. *Mediahostia* y yo acabamos charlando sentados en uno de esos locales de aspecto decadente que él frecuenta. Y acabé sintiendo un profundo respeto por aquel tipo, y supongo que él, dada su mente analítica tendente a la filosofía improductiva, me considera un bicho raro, un subproducto de la sociedad de consumo apto para ser estudiado en las horas muertas. Pero de la misma manera que en él yo encuentro rasgos que me gustaría poseer y nunca tendré, él en mí también debe de ver algo de lo que carece y que envidia. Aunque, francamente, no sé qué demonios puede ser.

Enrique Valles no es un hombre especialmente acaudalado, pero me imaginé que desprenderse de siete mil euros no le causaría un gran quebranto. Y si llegaba a la conclusión de que mis motivos eran suficientemente interesantes para generar una buena sesión de disquisiciones filosóficas encaminadas a la comprensión del género humano en su vertiente más suburbial, mantenía la esperanza de conseguir el dinero.

Los motivos por los que no me había dirigido en primer lugar a este personaje son, y me avergüenza reconocerlo, su conversación, que me somete a un estado anímico de abatimiento por no poder seguir sus razonamientos con la suficiente celeridad, la envidia que siento ante su facilidad para relacionarse con todo tipo de mujeres, y el desprecio que por educación siento hacia los tipos que en mi hábitat natural serían fácilmente

fagocitados por el entorno y que sin embargo consiguen ocupar en la sociedad un lugar mucho más atractivo que el que me ha tocado en suerte.

Y sobre todo acaba con mi moral el hecho de que, a pesar de todas estas consideraciones, el fulano me cae bien. Cuando en alguna ocasión, rememorando el pasado, recuerdo sus peroratas, sus burlas ingeniosas hacia mi persona, siempre matizadas por una sonrisa triste y elegante como una misa de difuntos —la misma a la que debe su éxito con las mujeres—, no puedo evitar que se me escape una sonrisa, aunque no podría asegurar si es de conmiseración hacia él por no ser como yo, o hacia mí mismo por ser como soy.

Únicamente me consuela pensar que él debe de sentirse igual de jodido por experimentar simpatía por mí. Dudo que ningún raciocinio especialmente complicado le haya dado la clave de este sentimiento.

No le llamé ni me presenté en su oficina, simplemente le esperé apostado en la esquina más próxima a su domicilio y le seguí. Fue una forma de recordar el pasado sin mayores consideraciones psicológicas. Se dirigió a su *pub* favorito y entró. Conociendo sus costumbres sabía que estaría solo, ya que cuando iba a un lugar así con una mujer siempre entraban juntos, pues el tipo era un caballero y siempre recogía a su dama y la trasladaba en su brioso corcel —en este caso, un deportivo descapotable—. Para asegurarme esperé quince minutos a fin de comprobar que nadie se reuniese con él, luego entré.

Mediahostia estaba sentado en su sofá favorito, el mismo que yo le había visto ocupar otras veces en aquel local. No se dio cuenta de mi presencia hasta que estuve frente a él. Su primera reacción fue de sobresalto, aunque de inmediato su rostro se relajó y casi pude escuchar sus engranajes mentales trabajando para fabricar uno de sus mordaces comentarios.

—¡Humphrey, amigo mío! Si estuviese en alguno de los tugurios que acostumbra a frecuentar usted, pensaría que me encontraba frente a una alucinación provocada por el alcohol de mala calidad, pero aquí no tengo

más remedio que pensar que es usted real, el sólido, tangible y por supuesto inefable Humphrey. ¿Algún marido celoso me hace seguir?

¿Comprenden ahora por qué su cháchara me resulta odiosa?

—Nadie le hace seguir, Enrique; no por mí, al menos.

—¿A qué debo entonces el honor de su compañía?

Había pensado, al menos, diez maneras distintas, cada una de ellas más sutil que la anterior, de enfocar el asunto. Pero en aquel momento, justo cuando más la necesitaba, se me ocurrió la fórmula más taimada y perspicaz de todas; le dije:

—Necesito que me preste siete mil euros.

Les doy mi palabra de que ninguna de las fórmulas que previamente había barajado se parecía a esta. La primera reacción de Mediahostia fue poner cara de sorpresa, y a continuación acentuó exageradamente su expresión para preguntarme:

—¿Y tiene algún motivo especial para pedírmelo precisamente a mí entre todos los habitantes del planeta?

—No... Bueno, en realidad sí que tengo un motivo de peso para pedírselo a usted.

—Estoy ansioso por saberlo, Humphrey.

—No conozco a nadie más que pueda dejármelo.

—Pues sí, en efecto, ese es un motivo poderoso. ¿Le pedimos al camarero que nos traiga una naranjada o ha cambiado usted de costumbres y prefiere algo más fuerte?

—La naranjada estará bien.

Mediahostia volvió a hacerlo. Simplemente levantó la mano y movió levemente los dedos. A los pocos segundos el camarero estaba frente a nuestra mesa. Yo no lo he conseguido nunca; o les grito, o me levanto con una bandera de señales en cada mano y las agito frenéticamente; si no es así, no acuden. Eso en locales de medio pelo, claro; en un local con pedigrí como aquel lo habitual sería que debiera arrodillarme frente al camarero y le prometiera sorber mi bebida sin hacer excesivo ruido.

Cuando el camarero se marchó, Enrique Valles me miró con curiosidad.

—Bien, Humphrey, supongo que me contará su problema aparte de decirme que no conoce a nadie más a quien pedirle siete mil euros.

Entonces le hablé de Billy Ray Cunqueiro, de sus fiestas en el *loft*, de lo que representa una «marca» en mi barrio; le hablé acerca del Tío Matías, de mi conversación con Maruchi *la Desdentá*, de lo felices que son mis vecinos el día que no tienen problemas para ir sobreviviendo sin mayores pretensiones; le conté lo mal que me sentía al no haber sido capaz a lo largo de mi vida de ahorrar ni siquiera siete mil euros para poder dárselos ahora a Billy Ray, al capullo de Billy Ray, que era, junto a un comisario de policía, mi mejor amigo, por muy capullo que fuese el uno y muy comisario de policía que fuese el otro. Le hablé también de lo que representa ser un marginal por vocación, le conté las razones por las que, según cómo se pone a veces la vida, cuesta mucho esfuerzo no serlo y hay gente como yo que puede con según qué tipo de esfuerzos pero con otros no. No me olvidé de explicarle el lamentable aspecto que ofrece un cuerpo humano al que se ha obligado de forma violenta a abandonar el mundo de los vivos, aunque sospecho que me excedí en detallar las técnicas que para este tipo de menesteres usan los chicos del Tío Matías.

Me callé porque Enrique Valles, Mediahostia para los amigos, hizo una reflexión que casi le convirtió en un ser humano. Dijo:

—Joder, Humphrey.

Aunque inmediatamente se recuperó:

—Está bien, Humphrey, mi querido amigo. Su apasionada dialéctica me ha conmovido, y creo que mi conciencia no me permitiría nunca más gozar de las delicias de un buen *scotch* si no le prestase los siete mil euros para que usted intente salvar la vida de su desgraciado amigo. ¿Puede pasar mañana por mi oficina y recoger el talón?

—Claro, Enrique. Y gracias. Billy Ray se lo devolverá; no me pregunte cómo, pero se lo devolverá.

—Confío en usted, Humphrey. Y, por cierto, si vuelven a montar una de esas fiestas en el *loft* de su amigo, espero estar invitado.

En el mismo momento en que pronunció aquellas palabras, me imaginé a Enrique Valles rodeado de las ninfas de vertedero que acudían a las fiestas

de Billy Ray y tuve que hacer un esfuerzo para no soltar la carcajada. Aunque después de haber visto cómo se manejaba el tipo con las mujeres, me acordé del cuento aquel del flautista que me contaba mi abuelita para que me durmiese y se me quitaron las ganas de reír.

En ocasiones, el tiempo transcurre a una velocidad distinta. Parece ser que cuando alguien te escucha mientras vacías tu alma de miserias, los minutos se convierten en segundos. Había estado hablando casi una hora sin parar, lo cual para mí era un récord absoluto, aunque lo más sorprendente era que Mediahostia había estado casi una hora escuchándome sin intervenir. Eso era noticia de primera plana en el *New York Times*, y además en castellano.

Al despedirme, mientras estrechaba su mano, le pregunté:

—¿Cómo vamos de amores, Enrique?

—Usted no lo sé, Humphrey —me contestó mientras me dirigía la más triste de sus sonrisas—; yo, como siempre, enamorado. Cuando te acostumbras, se hace difícil no estarlo. En ocasiones, resulta francamente desaconsejable, pero qué le vamos a hacer: cada uno debe aceptar cristianamente sus defectos.

«Francamente desaconsejable...», «cuando te acostumbras, se hace difícil no estarlo...». Ña, ña, ña, ña. No se le puede pegar a alguien que sin necesidad te acaba de prestar siete mil euros, ¿no es cierto? ¿Por qué toda la gente que me gusta es rara? Quizás en el fondo el raro sea yo.

Al despedirme, Mediahostia aprovechó para rematarme cuando se me ocurrió decir:

—Ha sido usted muy comprensivo, Enrique; si a partir de ahora Billy Ray no cree en Dios, ya no lo hará nunca.

—Vamos a ver, Humphrey, su amigo no tiene el menor motivo para creer que Dios me haya insuflado comprensión. Piense que si Dios fuese tan comprensivo como nos cuentan en las iglesias, en lugar de «los diez mandamientos» nos hubiese dejado «las diez recomendaciones», ¿no cree?

Me dejó tan perplejo como acostumbra a hacerlo siempre que mantenemos una conversación más o menos civilizada.

Bien, sea como fuere había conseguido los siete mil euros. Las esperanzas de Billy Ray Cunqueiro de alcanzar la tercera edad acababan de experimentar un espectacular incremento. Aunque por el momento seguía estando más cerca de la muerte violenta que del asilo de ancianos.

En la calle Muntaner la oscuridad parecía menos ominosa que en mis barrios, y yo me sentía bueno y poderoso. Es en momentos como ese, en los que me concedo la más extravagante de las consideraciones, cuando creo que la vida es algo que merece la pena vivir.

Una mujer de belleza exuberante pasó junto a mí cimbreando la cintura. Me hubiera gustado ser Mediahostia. El encanto de hacía unos momentos se había alejado de mí a tal velocidad que no merecía la pena tratar de alcanzarlo.

CINCO

Al llegar a mi casa, el Sargento García me esperaba en el interior del coche celular aparcado frente a mi puerta. Estaba recostado con indolencia entre la portezuela del conductor y el asiento, y parecía extremadamente interesado en el lamentable estilo arquitectónico de las fachadas del vecindario.

—Buenas noches, Sargento. ¿Trae una orden de detención o es una cuestión personal?

—Ja, ja. Mire, Humphrey, los detectives privados me resultan antipáticos, y los detectives privados graciosos me resultan aún más antipáticos todavía. Y mire qué cosa más curiosa: usted me repugna especialmente. Suba al coche, mamón.

En el mismo momento en que me llamó mamón yo estaba pensando lo mismo de él, lo cual provocó que me quedase sinceramente preocupado al descubrir este tipo de afinidades mentales con el Sargento García.

—No, Sargento, se dice «Suba al coche, por favor».

—Humphrey, suba al coche, por favor. Y no tiente a la suerte.

Si algo era seguro es que el Sargento García debía de tener órdenes muy concretas en lo referente a mi persona; en caso contrario, la conversación se hubiese desarrollado en otros términos. Menos agradables para mí, por supuesto.

—¿Puedo saber dónde vamos, Sargento?

—Claro, Humphrey. Le conduzco a la Moncloa. El presidente del gobierno quiere consultar con usted algunos aspectos de política exterior vitales para la seguridad del planeta.

Pongo por testigo al Gimlet de Philip Marlowe: lo dijo de un tirón y sin equivocarse.

Tras el amistoso intercambio de información permanecemos los dos encerrados en un hosco silencio. Hay ocasiones en que la ausencia de comunicación puede resultar más saludable que una dieta equilibrada. Aquella fue una de esas ocasiones.

En comisaría me esperaba el comisario Jareño con aspecto preocupado.

—Siéntate, Humphrey. —La expresión de Jareño me hizo pensar en Billy Ray despatarrado en un callejón, cosido a puñaladas, pero no iban por ahí los tiros. El comisario me tendía la fotografía de una rústica gorda con el pelo teñido de un rubio yema de huevo que debería acarrearle la perpetua a su peluquero. La gorda le sonreía a la cámara con una expresión entre cerril y soez. En la mano sostenía una nube de azúcar de las que venden en las ferias. Unas migas rosadas se habían quedado prendidas en las comisuras de su boca, compitiendo en colorido con el rojo subido que arbolaban sus mejillas mal maquilladas.

—¿Quién es esta sílfide?

—¿No la habías visto nunca?

—No. ¿Debería conocerla?

—No necesariamente, pero se movía por tus barrios. Era una de las encargadas de la limpieza en El Universo de Noche. Ahora está en el depósito de cadáveres con dos agujeros de Colt Anaconda Magnum en el estómago.

—Otra vez el mismo tipo, ¿eh?

—Eso parece, pero hay algo tan importante o más que el hecho de que el asesino parezca ser el mismo que el que acabó con la vida de tu vecino.

—Sí, claro, parece como si en El Universo de Noche estuviesen reduciendo plantilla sin pagar indemnizaciones.

—Eso es. Mis hombres ya están investigando en esa dirección. ¿Tú has podido enterarte de algo con la gente del vecindario?

—No, ni siquiera he tenido tiempo de echarle una ojeada al asunto; se me ha cruzado un problema realmente importante, pero trataré de ayudarlos. A mí tampoco me gustaría que la muerte de Eduardo quedase sin aclarar. Mañana me pasaré por El Universo de Noche. Parece que las dos muertes estén relacionadas, y ese lugar debe de ser el nexo de unión. ¿Y respecto a esta segunda muerte tenéis algún dato significativo que pueda ayudar?

—La muerta acababa de adquirir un billete de tren con salida para aquella misma noche. Pensaba dirigirse a Cáceres, era natural de un pueblo vecino que se llama Torrecillas de la Tiesa. Teniendo en cuenta que de madrugada su obligación era estar en El Universo de Noche limpiando, su forma de proceder parece una huida en toda regla.

—Sí, eso parece. Debía de sentirse amenazada, y algo de razón tenía, por lo visto. En fin, Jareño, tú sigue con tu investigación reglamentaria, yo me dedicaré a chapucear por El Universo de Noche y alrededores.

—Preferiría que te limitases a trabajar a tus vecinos, quizás a ti te cuenten algo sobre el camarero muerto que no les dirían a mis hombres. Lo de El Universo de Noche es cosa nuestra. A mis chicos no les gustará verte merodeando por allí. Y, si quieres que te diga la verdad, a mí tampoco, ¿de acuerdo?

Cabeceé distraídamente: Billy Ray y el Tío Matías ocupaban toda mi atención, así que la gorda muerta, su pelo oxigenado y las migas de nube decorándole la boca habían pasado a un segundo plano. En la calle mi organismo me recordó que hacía más de nueve horas que no comía. Tenía tanta hambre que le hubiese disputado a un indigente el contenedor de basura de un restaurante.

Por regla general, no me apetece pelearme, por lo cual entré en la pizzería más próxima y pedí la especial Tres Quesos.

Entre el contenedor de la basura y la especial Tres Quesos resultó haber una ligera diferencia a favor de esta última. Especialmente si se tiene en cuenta que para conseguirla no tuve que pelearme con nadie.

La noche, cuando salí de la pizzería, dotaba a las callejas del Raval de una suerte de lasitud remilgada que en apariencia tenía poco que ver con la descarada promiscuidad que mostraban a plena luz. Las sombras, que el

alumbrado público propiciaba, parecían protegerse unas a otras con talante cómplice. Me sentí a gusto hundiéndome en ellas, paseando sin rumbo, demorando el momento de llegar a casa y enfrentarme a Billy Ray, que me recordaría la gestión que debía acometer al día siguiente y que yo mismo, en algún momento de infantil vanidad, me había impuesto.

Al doblar una esquina mal iluminada, emboqué una calleja especialmente estrecha que se retorcía sobre sí misma como tantas otras del barrio, aunque a esta la contaminaban dos fulanos recostados en la pared, a la luz de una de las pringosas farolas. Al verme aparecer, uno de ellos avanzó por la acera que ocupaban, y el otro cruzó lentamente el asfalto y progresó por la otra acera en mi dirección. Los rasgos distintivos de aquellos dos elementos eran inconfundibles: altas zapatillas deportivas, pantalones intravenosos, cazadora gris acolchada y un peinado que comenzaba en la segunda capa de la corteza cerebral. Nada más me quedaba una duda: no podía asegurar si eran chorizos o aprendices de matones.

Puesto a escoger, hubiese preferido enfrentarme al cura párroco del barrio y a su ama de llaves, pero a aquellas alturas ya era un poco tarde para reclamar su presencia. Sonreí humildemente hacia el tipo que venía por mi acera mientras mi mano derecha rebuscaba en el bolsillo del pantalón el pequeño cilindro de plomo, que una vez cerrada la mano se hizo invisible. Lo aferré con fuerza y dejé colgar el brazo a lo largo de la costura del pantalón.

La explicación de este proceder es simple. Soy muy malo pegando a la gente, mi pegada es la de un peso mosca borracho, o sea que hago más daño escupiendo que pegando. Y a aquel par de angelitos, con lo mugrientos que iban, no creo que les hubiese preocupado en demasía un salivazo en la cara. Sin embargo, con el cilindro de plomo en la mano, mi pegada adquiría una consistencia francamente apreciable. El truco me lo enseñó un buscavidas del barrio, quien a su vez lo había aprendido en la cárcel Modelo de Barcelona.

En una ocasión usé este truco con un tipo bastante más fuerte que yo y le tumbé. Luego se levantó, pero esa es otra historia.

El tipo de la acera contraria me había rebasado y ahora estaba cruzando la calle para situarse a mi espalda; al otro le faltaban apenas cinco metros para llegar hasta mi posición.

Eran aprendices, ni siquiera yonquis desesperados, solo los habituales componentes de alguna de las numerosas tribus urbanas que solo buscaban unos euros para pasarse por la discoteca y pagarse el cuartucho para follar, si ligaban. Si el atraco previo no había resultado fructífero, robaban un automóvil y lo utilizaban como cuartucho en cualquiera de los paseos desiertos de Montjuic. En otro sentido, la navaja que aferraba sin demasiada gracia el tipo al que me enfrentaba parecía más veterana que ellos, y más respetable en cualquier caso sí que lo era.

Allí querría yo tener a Joaquín Sabina, a ver cómo se los ligaba y se iban de juerga juntos. Luego podríamos hacer una canción a medias: él podría poner letra y música, y yo le inflaría el culo a patadas.

Dicen que, en estos casos, lo primordial es no ponerse nervioso. Efectivamente. Y en caso de peligro de muerte, lo primordial es no dejar de respirar. Mientras se consiga no hay mayor peligro.

Me puse nervioso, tanto que en lugar de dejar la cartera y el reloj en un montoncito encima de la acera y cruzar la calle a la carrera, decidí fanfarronear y ver qué pasaba.

El humanoide de la retaguardia se había detenido a dos metros escasos de mí, su amigo de la navaja continuaba su aproximación. La expresión de su rostro mostraba el esfuerzo que le costaba determinar si en aquellas circunstancias era más adecuado tratarme de usted o tutearme directamente antes de apoyar su navaja en alguna parte blanda de mi anatomía. Me recosté en la húmeda y sucia pared e intenté una sonrisa malévola.

—¿Así que esta noche no tenéis nada mejor que hacer que intentar asustar al pobre Humphrey?

Lo del «pobre Humphrey» lo copié de Lightnin' Hopkins. Estaba tan asustado que hubiera podido cantarles un *blues* a aquellos dos tipos, pero eso era algo que ellos no tenían por qué saber.

El fulano de la navaja se pasó lentamente la lengua por los labios.

—Tú no eres Humphrey, *matao*.

—Sí, hijo, sí que soy Humphrey. Mira atentamente mi cara porque a partir de ahora la vas a ver muy a menudo.

El cabrón que tenía a mis espaldas, un tipo al que le faltaba pelo pero le sobraba caspa, debía de ser de La Mina o de San Roque, porque preguntó:

—¿Y quién cojones es ese Humphrey? —Luego decidió aportar a la situación un toque más dinámico—: Pínchale los huevos, tú. Ya verás cómo se deshinchas y sueltas las libras, el pelo, la chupa y hasta los gayumbos si se los pedimos.

Pero la duda ya se había introducido en la semivacía caja craneana del navajero. Si prestaba atención casi podía oír el rumor que hacían sus procesos mentales rebotando contra las oxidadas neuronas. El tipo no sabía, casi con seguridad, quién era Humphrey, pero el nombre le resultaba familiar, lo cual, unido a mi postura chulesca, disparaba en sus atrofiadas meninges una de las pocas señales que no le costaba reconocer: ¡peligro!

—Cállate, joder, que me parece que sí que es el Humphrey.

—¿Pero quién es el Humphrey, tío? —El visitante de otra galaxia había insinuado un paso atrás, por si acaso.

—Un colega, pavo. Gente *dabuten*. —La navaja apuntaba al empedrado.

Yo seguía sonriendo desagradablemente mientras hacía esfuerzos denodados para que mis rodillas no interpretasen por su cuenta y riesgo *El Bolero* de Ravel, versión claqué.

—*Passsa* nada, Humphrey. Aquí el colega y yo que no te habíamos visto bien. El puto ayuntamiento que nos tiene aquí medio a oscuras, joder, que *to* se lo gastan *pa* los ricos, que parece que en este barrio no tenemos la gente derecho a *na*.

Justo en este punto es cuando a Joaquín Sabina se le hubiese ocurrido, con su voz aguardentosa, proponer a las criaturitas irse de putas juntos. Pagando ellos, claro, por lo del susto más que nada.

Yo preferí acortar la velada y largarme a casa. Nos despedimos amistosamente, ellos reiterando sus disculpas, recalcando el espíritu común que nos unía, etcétera, etcétera, y yo perdonándoles la vida con cara de «Hoy pasa porque acabo de cenar, pero que no se repita».

Al doblar la esquina, me apoyé de nuevo en la pared, aunque esta vez fue para jadear sin control durante un buen rato. Luego, cuando conseguí normalizar todas mis funciones vitales, me dirigí directamente al Poble Sec, a casa. Y en esta ocasión escogí calles más frecuentadas y mejor iluminadas.

SEIS

El día amaneció luminoso, por lo que el aire frío que se paseaba con total impunidad por las calles de Barcelona tenía un punto burlón, falaz, que hacía estremecer a los transeúntes con una desagradable sensación de engaño.

El frío que yo sentía era casi una sensación alegre comparado con el miedo que en oleadas me recorría todo el cuerpo al pensar que el cretino de Humphrey, o sea yo, se iba a atrever a desafiar al Tío Matías en su propia casa. Una función en cinemascopio y technicolor. Esperaba que si la función resultaba ser además en tres dimensiones, estas no fuesen las de mi cadáver.

Desperté a Billy Ray, que dormía profundamente en mi sofá. La noche anterior le había suministrado una receta de mi invención para combatir el insomnio: dos comprimidos de Tranxilium de cincuenta miligramos tragados con una generosa ración de la ginebra apestosa que alguien me había regalado y que por temor a intoxicarme no me atrevía a consumir, ni siquiera en uno de mis momentos de desespero.

Por lo que a Billy Ray se refiere, si la gestión que me disponía a enfrentar fallaba, los sicarios del Tío Matías ya tendrían la faena medio hecha gracias a los efectos de la ginebra. En caso contrario, ya encontraría la forma de reponerle y reintegrarle a la sociedad.

Cuando le conté a mi amigo que tenía a mi disposición siete mil euros para entregarle al Tío Matías, intentó protestar. La debilidad y la somnolencia etílico-ponzoñosa no le permitieron más que una débil argumentación:

—Pero, *carallo*, Humphrey, estos tipos, en cuanto tengan el dinero, primero te matan a ti y luego vienen a por mí. Con esos siete mil euros, nos vamos tú y yo a Orense y allí...

—Y allí montamos una fiesta, ¿verdad, capullo?

—Bueno, hombre, bueno, haz lo que quieras. Al menos si me matan moriré acompañado por un amigo. Ya no es igual de triste, ¿verdad?

Y se durmió de nuevo.

Lo que más me jodía del razonamiento de Billy Ray era que tenía un porcentaje elevado de posibilidades de acertar.

La cueva del Tío Matías está en la planta baja de una calle apenas transitada que bordea la base de la montaña de Montjuic. Llegué allí al mediodía, después de recoger el talón de Mediahostia, hacerlo efectivo y guardarlo en un pequeño maletín de ejecutivo que él mismo tuvo la amabilidad de proveerme.

El débil sol no lograba fundir la escarcha, que todavía relucía entre la hierba rala que la montaña enviaba a luchar contra las primeras oleadas de cemento que la amenazaban. Tampoco lograba fundir el miedo, que como una mano helada me apretaba la boca del estómago y me hacía sentir más miserable y solo de lo que me había sentido en mi solitaria y mísera vida.

La puerta de la casa, una venerable reliquia de vieja madera sin pintar, que con sus nudos e imperfecciones permitía imaginar el árbol que un día fue, recordaba la entrada para los carromatos que cien años atrás se paseaban por el barrio. La cara del patilludo fulano de rasgos agitanados que me abrió la puerta recordaba a cualquiera de los acólitos de Curro Jiménez. Me miró como si yo fuese un rico hacendado especialmente afrancesado. A continuación se rascó concienzudamente el lado izquierdo de la cara con la mano derecha y se decidió a hablar.

—¿Quieres algo, payo?

—Quiero ver al Tío Matías.

—Ya.

Nos estuvimos observando durante unos instantes que a mí me parecieron más largos que la relación de desgracias de un negro en Alabama. Finalmente, el gitano decidió que cada cual es libre de escoger el tipo de muerte que más le apetezca. Se encogió perezosamente de hombros y dijo sentenciosamente:

—Bueno, hombre, tú sabrás. Pasa y espera aquí.

El aquí donde yo debía esperar era el pórtico de un enorme y sorprendente patio andaluz que mostraba una ebriedad de azulejos e imaginería acompañando a un vergel de plantas y flores perfectamente cuidadas. La balaustrada que rodeaba el patio y la escalera de madera que conducía al piso superior, hacia donde se dirigió sin excesiva prisa el tipo de las patillas, brillaban en demostración de las atenciones que recibían.

La puerta de madera, basta y sin pintar, debía de estar reservada para los inspectores de Hacienda.

Un momento antes de desaparecer por una puerta vidriera emplomada con motivos folclóricos, el tipo pareció recordar la primera lección del *Manual del Buen Ujier* y se giró hacia mí apoyando cansinamente una mano en la balaustrada.

—Tu nombre, payo.

—Basilio Céspedes, pero por el barrio todo el mundo me llama Humphrey. Soy detective privado.

—Bueno, hombre, tú sabrás. Espera.

Para no caer en la tentación de salir corriendo y no detenerme hasta Santa María del Mar, donde pararía a rezar un responso por el alma de Billy Ray, decidí admirar la colección de vírgenes que rodeaban el patio. Algunas de ellas me parecieron bellísimas. Mi ignorancia en cuestiones de arte me impide asegurarlo, pero juraría que alguna tenía la edad y el valor suficientes como para figurar en alguna colección importante. O como para ser buscadas por la policía.

Mientras rumiaba cuál de las bellas imágenes podía ser Nuestra Señora de la Mafia Gitana, mi amigo el ujier me llamó desde la balaustrada.

—Sube, payo. Hoy es tu día de suerte, vas a conocer al Tío.

Tras la puerta de vidrios emplomados me esperaba un gitano esbelto, un bello ejemplar de rufián que me miraba con curiosidad condescendiente. Vestía con afectada elegancia un traje de cuadros galeses de chaqueta cruzada y pantalones ligeramente acampanados, bajo los cuales asomaban unas relucientes botas puntiagudas de cuero repujado en las que se adivinaban complicados arabescos. El atuendo se completaba con una camisa de seda negra abierta por sus tres botones superiores, por donde asomaban, junto a un profuso vello negro, gruesas cadenas de oro que se entrecruzaban en una maraña de brillos. Los ojos negros como piedras mojadas y unas largas pestañas que hacían juego con los abundantes rizos lustrosos de brillantina de la nuca le conferían una belleza que la cicatriz que nacía en la barbilla y acababa en el cuello, más que afear, dotaba a su rostro de una virilidad que me hizo pensar que era una suerte que no me gustasen los hombres, ya que en ese caso hubiese pasado una mala noche.

—Pasa, payo, al fondo. —Su voz mostraba un deje de desprecio apenas contenido.

Subí las escaleras despacio. Procuraba que aquel tipo no apreciase que estaba a punto de echarme a temblar. Cuando llegué a su altura me indicó con la mano que cruzase la puerta, pero no se apartó y tuve que pasar rozándole. En cuanto entré escuché la puerta cerrarse a mis espaldas y al tipo escoltándome a muy corta distancia.

La habitación en que me encontraba podría haber servido, por tamaño, como hangar para una pequeña flota de aviones Harrier. Carecía casi por completo de muebles, tan solo aquí y allá unos sillones con mesillas salpicaban los amplios espacios vacíos. En una esquina, una larga barra de bar con taburetes rompía la monotonía del lujoso parquet. Allí tres gitanos ocupaban sendos taburetes. Al fondo, dando la espalda a la luz que entraba por un ventanal desnudo de cortinajes, sentado en un enorme sillón de cuero verde, un gitano próximo a los sesenta apoyaba sus cortos brazos en el regazo, mientras su delgado cuerpo se perdía semihundido en las profundidades del sillón. El tipo iba vestido con unos pantalones a cuadros grises y verdes y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Un chaleco negro sin mangas, abierto para hacer más pronunciado el contraste con la

blancura de la camisa, completaba el atuendo que remataba un sombrero cordobés ligeramente echado hacia atrás.

En conjunto, nada impresionante, salvo que me hallaba en presencia de uno de los individuos con más poder de toda Barcelona. Podía, por ejemplo, ordenar que me degollasen entre bostezo y bostezo y luego olvidarse de mi nombre durante un par de docenas de años.

—¿Tú eres Humphrey?

—Y usted el Tío Matías.

—Así es, payo, soy el Tío Matías. He oído hablar de ti por ahí.

—Cosas buenas, supongo.

—Al menos no me han molestado nunca.

—Eso me tranquiliza.

—Bien, Humphrey, supongo que no has venido aquí para ver la cara que tiene el Tío Matías. ¿Qué podemos hacer por ti en mi humilde casa?

—He venido para hablarle de Billy Ray Cunqueiro.

—¿Y ese quién es?

—Un amigo a quien usted le vendió un maletín lleno de droga.

—Ya recuerdo, un pobre diablo.

—El mismo.

—Ya veo. Quieres ponerle la cosa fácil a mis chicos y al mismo tiempo ganarte unos euros, ¿eh?

—No, Tío Matías, no. Quiero que sus chicos dejen en paz a Billy Ray.

Los ojos del pequeño gitano, que hasta aquel momento daban la impresión de estar medio muertos de aburrimiento, relampaguearon con una mezcla de ira y diversión nada tranquilizadora.

—¿Me estás amenazando, payo?

Por el rabillo del ojo pude ver al gitano de la cicatriz, quien silenciosamente se había acercado y ahora se apoyaba en el ángulo del salón más cercano a nosotros. En la mano le había crecido una navaja del tamaño de la Torre de Pisa, con la que se limpiaba parsimoniosamente las uñas mientras le dirigía a mis zapatos una sonrisa más falsa que los labios de una presentadora de televisión.

—No le amenazo, Tío Matías. No tengo ni poder ni ganas para hacerlo, ni estoy loco, ni siento el menor deseo de morir joven, y en realidad ni siquiera creo que usted se sienta amenazado por mis palabras o mi presencia. Es más, en este maletín traigo siete mil euros, que si no me equivoco es justo lo que le debe Billy Ray.

—¡Siete mil euros, Humphrey! El problema de ese amigo tuyo no es el dinero, payo. Tu amigo se ha burlado del Tío Matías y eso no debe hacerse, hombre. El problema que tiene ese payaso es que yo quiero que todo el mundo se entere de lo que les pasa a quienes se atreven a intentar tomarme el pelo. Tu amigo debe morir, Humphrey. Es necesario porque esas son mis reglas y yo siempre me atengo a ellas. Eso lo sabe todo el barrio y debe seguir siendo así. Soy justo, payo; con mis reglas, pero siempre soy justo. Las leyes las dicto yo, la justicia la imparto yo; ese desgraciado no ha cumplido conmigo y eso se paga.

—Tan solo hay un problema, Tío Matías. En este caso en particular podría ser que todo el mundo se enterase de que usted ha sido injusto, que un inocente ha muerto por puro capricho de quien podía matarle. Todo el mundo sabrá lo poderoso y lo injusto que ha sido el Tío Matías.

El brazo del gitano se movió levemente hacia el ángulo donde estaba situado el bar y casi al instante mi amigo el ujier se materializó a mi espalda y situó a mi lado uno de los taburetes de la barra.

—Siéntate, payo. Me parece que esta conversación va a ser un poco más larga de lo que yo preveía. Lo que no te aseguro es que el resultado sea bueno para tu salud. Te escucho, Humphrey, pero antes dime una cosa: ¿qué es lo tuyo, tienes más cojones que el burro de un vendedor de cántaros o estás loco de atar?

—Soy amigo de mis amigos, Tío Matías.

—De acuerdo, pues, loco de atar. Tú dirás, y procura ser convincente, no me gusta que me hagan perder el tiempo y a ti te estoy dedicando mucho.

—Billy Ray nunca intentó tomarle el pelo a nadie, en primer lugar porque no tiene cojones para hacerlo y en segundo lugar porque le respeta a

usted. Salió de aquí con la mercancía y alguien se la robó en la puerta de su casa. No tuvo tiempo ni siquiera de vender una sola dosis.

—¿Quién se la robó, Humphrey?

—Por la descripción que me hizo Billy Ray de sus asaltantes, supongo que no sería demasiado difícil dar con ellos. Yo mismo podría hacerlo, pero no sé si tengo muchas ganas, Tío Matías, me hago viejo, estoy cansado para según qué trabajos. Aunque, claro, si usted lo considera necesario, le prometo resultados en un tiempo muy corto.

Sentí el aliento del guaperas de las botas repujadas justo en mi cogote, giré levemente la cabeza y le vi en su rincón. No se había movido y seguía arreglándose las uñas con la bayoneta de bolsillo.

Cosas de los nervios, supongo.

—¿Tienes alguna sospecha acerca de quién lo hizo?

—Todavía no me he preocupado de sospechar de nadie y ya le he dicho que espero no tener que hacerlo. Lo que sí tengo es la seguridad de que usted no querrá cargarse a un inocente. Su código de justicia no se lo permite, y su reputación menos que su código, a no ser que hace un momento me haya engañado.

—¿Serías capaz de ir diciendo por ahí que el Tío Matías no es justo?

—Sí. Está claro que usted puede evitarlo simplemente levantando un brazo, pero serían dos muertes en lugar de una, ambas injustas.

—Pues mira, no sería tan mala idea mataros a los dos; eres un payo de ideas brillantes, me lo estás poniendo fácil. ¿Quieres una cerveza?

—Gracias, no bebo. Y no creo que se lo esté poniendo fácil, más bien pienso que le estoy poniendo en un compromiso. Voy a proponerle algo que quizás le ayude a tomar su decisión.

—Eres un *descarao*, payo. Pero si hemos llegado hasta aquí ya no vendrá de escucharte una miaja más.

—Quédese con los siete mil euros. Yo salgo ahora y vuelvo con Billy Ray, se lo traigo aquí mismo. Escúchelo y si de verdad cree que le puede matar sin faltar a su código gitano del honor, mátelo.

—¿Y contigo qué hago si a él decido matarlo?

Me encogí de hombros con falsa indiferencia.

—Será señal de que me he equivocado al juzgarle.

El rey del hampa de la zona se mordisqueó el labio superior durante unos instantes sin dejar de mirarme fijamente. Sus ojos mostraban la misma emoción que la de un macaco siguiendo el desarrollo de una partida para el campeonato del mundo de ajedrez.

—¡Ay, Humphrey! ¿Has pensado alguna vez en lo que cuesta ejercer de Dios, lo cansado que se acaba el día?

—Claro que lo he pensado. Y he llegado a la conclusión de que ese debe de ser el motivo por el que Dios se larga a descansar y nos deja tantas veces solos.

—Y así nos va, payo.

—Y así nos va, Tío Matías.

—Deja los siete mil euros a cualquiera de mis hombres y lárgate, Humphrey. No vuelvas con el gilipollas de tu amigo, me ponen enfermo los pobres de espíritu.

—¿Tengo su palabra de que no le pasará nada a Billy Ray?

—Tienes mi palabra, Humphrey, y eso es mucho.

—Adiós y gracias, Tío Matías. Ha sido un placer conocerle.

Uno de los gitanos que estaba en la barra se me acercó y tendió la mano para que le entregara el maletín. Imaginé que sería el cajero, aunque en realidad tenía más pinta de atracador de bancos que de cajero. Quizás compaginase ambas actividades.

—Humphrey... —El Tío Matías me miraba con curiosidad y una expresión zorruna en su rostro.

—¿Sí?

—¿Quieres trabajar para mí? Nunca le he ofrecido eso a un payo, pero creo que podría ser una experiencia interesante para ambos.

—Gracias de nuevo, pero no.

—¿Por qué?

—Porque usted es Dios y yo soy agnóstico.

Las carcajadas del gitano sacudían su delgado cuerpo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Con la mano me hizo gestos de que podía marcharme.

Cuando iba por la mitad de la estancia, escuché de nuevo su voz.

—Humphrey...

—¿Sí?

Aún tenía el cuerpo estremecido por la risa, pero la mirada que había en sus ojos era tan fría como el acero de la navaja del gitano guaperas, quien había abandonado su rincón y se dirigía a la puerta.

—Ya sabes que me debes una. Lo más posible es que no te la reclame nunca, pero me la debes, eso no lo olvides, Humphrey. Ha sido un placer; no sé muy bien la razón, pero me gustas, payo. Cuídate.

Junto a la puerta de entrada el guaperas de la navaja hablaba en susurros con un gitano bajo y macizo que se recostaba indolentemente en la pared.

Tuve la seguridad de que si besaba a este último, olería a ajo el resto del día. De cualquier manera, no pensaba hacerlo.

Al pasar junto a ellos, el guaperas volvió a sonreírle a mis zapatos mientras se llevaba la mano a la sien.

—Con Dios, payo —le dijo a mis zapatos.

—Con Dios, payo —repitió el macizo como un eco.

—Con Dios, amigos.

Salí a la calle respirando un aire helado que me supo a gloria. No hay como temer perder algo para que al recobrarlo adviertas todas sus virtudes y hasta alguna de la que en realidad carece.

En cuanto llegara a casa, Billy Ray Cunqueiro y yo mantendríamos una conversación, que a todas luces no iba a ser del agrado de aquel yanqui vocacional.

SIETE

Llegué a casa deseando darle la buena noticia a Billy Ray. Luego me olvidaría de mi condición de abstemio, como me sucede cíclicamente, y me emborracharía lenta y concienzudamente al ritmo de un *blues*. Posiblemente aquel fuese el mejor momento para que Lightnin' Hopkins o Son House me acompañasen.

A través de la puerta de mi apartamento, y gracias a un volumen insultante para el resto del vecindario, se filtraba la voz de Emmylou Harris cantando la triste historia de Pancho y Lefty.

No pude evitar sonreír. Mi amigo había escogido perfectamente la canción, si pensaba en un epitafio adecuado para sí mismo.

Cuando abrí la puerta Emmylou Harris cantaba:

Well, Pancho met his match, you know.

On the deserts down in Mexico.

And nobody heard his dying words.

But that's the way it goes.^[1]

Me imaginé a Billy Ray tumbado en el sofá, contemplando resignado el retazo de cielo que se asoma a través del balcón, despidiéndose de cualquier cielo que sus ojos hubiesen gozado, diciéndole adiós a cualquier brisa que hubiese acariciado su rostro, a cualquier mujer que hubiese amado, a cualquier amigo con el que hubiese reído, a cualquier esperanza.

Ya.

El irresponsable de mi amigo estaba en el sofá, pero no se estaba despidiendo del mundo, como las circunstancias que regían su vida aconsejaban, sino que charlaba animadamente con una rubia de ojos azules.

Una rubia llena de curvas, protuberancias y hoyuelos.

Al entrar yo, la rubia se levantó y acondicionó su ropa de forma que no me quedasen dudas de que tenía todo lo que un hombre puede desear en una mujer, y además perfectamente distribuido. A continuación me sonrió con la evidente intención de noquearme en el primer *round*. Su interpretación de la confrontación entre sexos no consideraba la posibilidad de una victoria a los puntos. Debía de tener prisa por acabar conmigo, ya que amplió su sonrisa al tiempo que me susurraba:

—Hola, me llamo Ángela.

De entrada no contesté a su presentación. Miraba en el fondo de sus ojos azules; allí brillaba algo que me estaba contando cosas íntimas que tenían que ver con sus sueños y con la poca suerte que había tenido hasta aquel momento. Por fin yo había aparecido en su vida para protegerla, acariciarla y conseguirle *bulldozers* llenos de felicidad. También observé que estaba haciendo el más feroz de los ridículos, ya que mientras la miraba embobado descubriendo su alma me había olvidado de cerrar la boca.

Ángela me tendía una mano y esperaba obviamente que yo se la estrechase.

Carraspeé con virilidad y pasé de inmediato a demostrarle mi dominio de la situación.

—Soy Hum... Hum... Humphrey, porque así me llaman todos; bueno, en realidad, Basilio Ces... Céspedes...

Entonces decidí tomar un respiro para determinar si era más conveniente echarme a llorar o salir huyendo. Su risa sonó en mis oídos como pequeñas cuentas de puro cristal resbalando por una escalerilla de plata, luego se remansó serenamente en un murmullo nacarado que me envolvió. O al menos todo eso me pareció a mí.

Emmylou Harris iba a lo suyo y había empezado a atacar las primeras estrofas de *Hello Stranger*:

*Hello stranger,
put your loving hand in mine.
You are a stranger.
And you're a friend of mine.*^[2]

Avanzó un paso y tomó mi mano entre las suyas.

—No sabes cuánto me alegro de conocerte, Humphrey. ¡Te estás portando tan bien con mi hermano! ¿De verdad te vas a enfrentar con esos mafiosos para que a Billy Ray no le suceda nada malo?

La simple mención de mi estimulante conversación con el gitano me devolvió al mundo real. Un mundo donde los tipos como yo saben, sin ningún lugar a dudas, que los ángeles están en el cielo o en la *suite* de algún millonario; con los pobres solo pasan algún rato, a partir de quinientos euros la hora. Y si tienes suerte y no te olvidas de pedirla, te invitan a la copa. También sirvió para que recobrase la capacidad de pensar en los problemas cotidianos y aparcase mis arrebatos románticos en un *parking* situado en las inmediaciones del domicilio de las hermanas Brontë. El problema estribaba en si más tarde sería capaz de acordarme de la dirección. Por la falta de costumbre, ya se imaginan.

Miré a la rubia, ahora sí, dominando la situación y, como quien recita la previsión meteorológica, oída hace unos instantes en televisión, me marqué el pegote que llevaba esperando una vida entera poder soltarle a una mujer como aquella.

—Esa gente ya no es ningún problema para tu hermano, Ángela. Puede volver tranquilamente al *loft* y reanudar su vida. Nadie le molestará, tienes mi palabra.

Al oír mis palabras, la chica dilató los ojos de una manera que me hizo pensar que el día en que ella nació alguien se tuvo que quedar ciego para compensar. Luego se abalanzó sobre mí y me abrazó, repitiendo:

—¡Humphrey! ¡Oh, Humphrey!

Su cuerpo se amoldaba al mío mientras me cubría de besos. Billy Ray, animado por tanto amor, también intentó abrazarme. Afortunadamente me quedaba un codo libre que situé de forma que impactase accidentalmente

contra la boca de su estómago, por lo que durante unos instantes permaneció indeciso acerca de la conveniencia de ponerse a aullar de dolor o retirarse discretamente a un rincón de la estancia a la espera de momentos más adecuados para mostrarme su agradecimiento.

Exagerando un poco la nota para darme importancia delante de la rubia y de Billy Ray, seguí con mi reacondicionamiento en el mundo real y les conté que no podía entretenerme demasiado, ya que aquella noche trataría de averiguar qué misterios albergaba El Universo de Noche para que sus empleados gozasen de una salud tan frágil.

—Billy Ray, Ángela, ahora debéis disculparme. Necesito descansar, esta noche voy a retirarme tarde y no precisamente para asistir a una fiesta. No creo que la gente a la que voy a ver esté especialmente contenta de que me entrometa en sus asuntos. Necesito concentrarme, relajarme. Mañana seguiremos hablando, Billy Ray. Por cierto, Ángela, no me explico cómo has podido localizar a tu hermano; en teoría, nadie sabía nada.

—Fue Maruchi, ya sabes que esa tía lo sabe todo. Vio a Ángela salir del portal y le preguntó si me buscaba, y sin esperar respuesta le dijo: «Yo de ti miraría en casa de Humphrey, el detective». Y le dio tu dirección.

—Realmente es increíble, esa mujer parece la CIA. En fin, no creo que ahora tenga ya demasiada importancia.

El pecho de la rubia se movía espectacularmente al compás de su respiración agitada, mientras yo hablaba. Me miraba como si yo fuese su ídolo, el hombre al que había estado esperando durante toda su vida, el príncipe azul que la trasladaría al país de felicidad continuada al que toda mujer aspira a pesar de no creer en él. El mismo país en el que los hombres acabamos creyendo, a pesar de no haber aspirado nunca a ser sus moradores. En mi vida me había sentido tan bien, me hubiese pasado horas estudiando el movimiento del pecho de la hermana de Billy Ray.

Y eso que lo único que hacía era respirar.

Cuando se marcharon, recordé las curvas de la rubia amoldándose armónicamente a mi cuerpo y me quedé babeando como un cachorro de bóxer hasta la hora de la siesta.

OCHO

El Universo de Noche, el local donde trabajaba Eduardo *el Drácula* hasta que tropezó con dos plomos del cuarenta y cuatro, era un tugurio en donde los números semipornográficos se alternaban monótonamente con cuadros musicales interpretados por un elenco homosexual que a falta de talento derrochaba una voluntad a prueba de silbidos, abucheos y los más variados insultos y «gracias» referidos a su condición sexual. Las frustraciones de la calenturienta imaginación urbana se reunían en aquel tugurio y los artistas les servían de blanco.

Al antro en cuestión se accedía a través de una escalera revestida por una alfombra roja ribeteada en púrpura que había conocido tiempos mejores. Probablemente podría presumir de haber sido pisada por antiguas glorias de la farándula. Ahora, dada su edad, ya no tenía humor para presumir de nada, así que permaneció callada cuando yo bajé pisando sus gastadas hilachas.

La puerta de entrada, de batientes acristalados, estaba custodiada por un portero marroquí disfrazado de general de las fuerzas armadas de la República de Namibia, que con sonrisa obsequiosa y una ligera reverencia agradecía la entrada de los parroquianos.

En el interior, una treintena de mesas redondas, cubiertas con un tapete de encaje, originariamente blanco, que el tiempo aproximaba al poco saludable amarillento de la faz de un cirrótico, se adornaban con lamparillas de latón cubiertas por pantallas azules, rojas o verdes. Las mesas rodeaban el escenario, en el que un piano y un taburete de patas altas me hizo imaginar la imposible presencia de Marlene Dietrich luciendo su lánguida

belleza de tísica, cantando *Lili Marlen*, la única canción que cantó con sentimiento. Los ojos de Marlene, entrecerrados de aquella manera que siempre hacía dudar de si acababa de experimentar un orgasmo o estaba en ciernes de experimentarlo, desaparecieron en cuanto eché un vistazo por el local.

No hacía falta pasearse mucho rato para darse cuenta de que allí poca cosa había para investigar. El público era del tipo *amateur*, parejas inexpertas que pretendían descubrir el lado oscuro de la vida en una sola noche. Matrimonios aburridos en grupos de tres o cuatro, ellas riendo, falsamente escandalizadas por las mariconadas de los artistas, ellos reinventando «gracias» que gritaban hacia el escenario para sentirse de ese modo protagonistas. Los actores, cegados por los focos, ni veían a sus sayones ni tenían demasiado interés en verlos; suficiente trabajo tenían en aferrarse a su mundo de falso éxito y burlones aplausos.

En el fondo del local, me llamó la atención una cortina de terciopelo negro y el tipo enorme como un tráiler que le hacía compañía. El tráiler, que vestía un frac en cuya confección el sastre debía de haber gastado más tela que en el traje nupcial de una princesa japonesa, lanzaba miradas de mala leche a cualquiera que se acercase a menos de dos metros de la cortina.

Me acodé en la barra y pedí una naranjada natural, y luego me dediqué a vigilar la cortina y al tráiler que la cuidaba como si fuese el collar de perlas de su abuela. La naranjada, por el sabor, debía de estar hecha con los frutos del huerto de Boabdil, en los tiempos en que el sarraceno en cuestión era el baranda de Granada.

Un tipo de mediana edad, vestido de un modo informal con una cazadora de cuero que, en caso de que no la hubiera robado, le podía haber costado tranquilamente seiscientos euros más IVA, se acercó al tráiler e hizo o dijo algo muy convincente, pues el tráiler apartó delicadamente la cortina y la cazadora de cuero desapareció, junto al tipo que la vestía, tras el terciopelo negro.

Abandoné el resto de la naranjada a su suerte y me dirigí hacia la cortina. La estrategia estaba perfectamente pensada: debía acercarme al

gorila sin la menor vacilación y decirle que era el chófer del tipo que acababa de entrar, que tenía un mensaje de suma urgencia para él.

Podían suceder tres cosas.

Primera: que el tráiler no se creyese ni una sola palabra, me agarrase por el pescuezo y me llevase al cuarto de los niños malos, donde me zurraría hasta que le doliesen las manos, lo cual indicaría que como estratega no soy ningún genio. En este caso, el siguiente paso sería ir lo más pronto posible al hospital más cercano a que me recompusiesen la jeta y comprobasen que ningún hueso hubiera cambiado de sitio.

Segunda: que el tráiler me mirase mal pero me ordenase que permaneciera allí quieto mientras él iba a avisar al tipo de la cazadora de cuero, traspasase la cortina y se acercase a donde fuera que estuviese el tipo. En ese caso, yo debía rezar para que ese lugar estuviese lo suficientemente lejos como para poder echar un vistazo al panorama que se ocultaba tras la cortina. El siguiente paso consistiría en salir huyendo a la máxima velocidad para evitar la visita al cuarto de los niños malos en compañía de mi amigo el tráiler.

Tercera: que el tráiler picase y me permitiese traspasar la cortina para que pudiese avisar a mi jefe. En ese caso, el siguiente paso sería improvisar sobre la marcha y anotar cuidadosamente el truco empleado para poder contárselo un día a mis nietos. «Niños, vuestro abuelo era mejor estratega que Napoleón Bonaparte», les diría, sujetándome la dentadura postiza.

Me acerqué al tráiler. Cuando estaba a dos metros, el tipo me enfocó directamente y sacó sus manazas de detrás de la espalda, lo cual me provocó un instantáneo espasmo en la boca del estómago.

—Coño, Humphrey, cuánto tiempo, hombre. No me digas que has venido a ver esta mierda de espectáculo.

El tipo tenía una voz cavernosa que parecía salida de un pozo, y con el dedo señalaba despectivamente el escenario, donde un par de moñas imitaban de forma lamentable al Dúo Dinámico. Le dirigí la más tranquilizadora y amistosa de las sonrisas que se le pueden dirigir a un fulano al que sabes que conoces aunque no seas capaz de recordar de qué y

no sepas si ello te da crédito o bien representa una amenaza. De cualquier manera, el tráiler parecía tener buena disposición hacia mi persona.

El fognazo de reconocimiento me llegó mediante la imagen ya antigua de un retaco de piernas torcidas y pechos prominentes que sin el menor recato amedrentaba en plena vía pública y a grito pelado a un gigantón, que, sin el menor éxito, intentaba fundirse con el entorno. El gigantón era mi amigo el tráiler; el retaco, su santa esposa en pleno ataque de celos. En el barrio se la conoce como *la Matraca*. En realidad se llama Sole, pero ya les he contado en alguna ocasión cómo somos en el barrio para eso de los nombres: donde haya un buen apodo, especialmente si es peyorativo, que se quite un nombre cristiano.

Los motivos del apodo se los pueden ustedes imaginar sin mi ayuda. Sole matraqueaba por el barrio con todo macho con el que tropezaba, con la única condición de que los sobacos no le oliesen a petróleo a más de medio metro de distancia, lo cual no le impedía sentir unos celos desmesurados hacia cualquier mujer que se acercase a su «legítimo».

En pleno desarrollo de uno de sus permanentes ataques de celos, Sole contrató mis servicios para que le confirmase sus sospechas acerca de las revolcadas que el tráiler disfrutaba con la dueña de la tienda de ultramarinos de su calle, viuda por aquel entonces del hombre más fuerte del mundo, según habían rezado los carteles del circo donde trabajaba en vida. La pobre mujer debía de sentir añoranza de las robusteces de su finado esposo y en el tráiler encontró el consuelo que toda alma sensible necesita para ir soportando la dura vida que nos ha tocado en suerte a la mayoría de los habitantes del barrio.

Cuando tuve preparado el informe, que confirmaba las sospechas de la Matraca, se presentó a recogerlo en mi oficina y dispuesta a pagar en especie, en el mismo acto e in situ. En realidad, debía haberlo previsto, ya que los pagos en especie de la Matraca eran famosos desde la plaza de España hasta las primeras aguas pringadas de mugre del puerto, y desde el castillo de Montjuic hasta la calle Floridablanca.

El tráiler era un pedazo de carne con ojos, mucho músculo y poco cerebro, pero cualquier ser humano castigado por el destino a soportar a la

Matraca merecía mi más sincera simpatía y, puesto que no iba a cobrar, decidí echarle una mano. Así que le dije a la Matraca que no había informe por la sencilla razón de que no había nada acerca de lo que informar, que su marido estaba libre de culpa. Muy satisfecha no quedó la pobre tipa. Ella hubiese preferido llegar a casa y prepararle la escena del año a su marido, y posiblemente había cursado incluso invitaciones entre sus vecinas y había colgado en la platea, el salón, la cocina y las terrazas de los edificios contiguos el cartel de «agotadas las localidades».

De cualquier manera, y a pesar del disgusto, se le ha de reconocer la buena voluntad: se empeñó en pagar mis servicios. Al principio me negué, pero luego consideré que la no aceptación del cobro, fuera en la forma que fuese, suponía admitir el engaño. Sin olvidar que por aquellos días yo estaba sufriendo una de mis frecuentes largas temporadas de forzosa abstinencia sexual. Por tanto, cobré. Eso sí, mi sentido de la ética me obligó a beneficiarme a la Matraca con cara de disgusto. La mesa de mi oficina es testigo de que no miento, pueden preguntárselo.

Al día siguiente le entregué el informe al tráiler para que se enterara de que su esposa andaba husmeando sus huellas. Pensé que en cualquier momento su agradecimiento podría serme de utilidad. Al fin y al cabo, yo por aquel informe no había cobrado. Bueno, en realidad poco y con cara de disgusto.

Y justo aquel día, frente a la cortina negra de El Universo de Noche, parecía que el momento en que el tráiler podía mostrarme su agradecimiento había llegado.

—No me digas que has venido a ver esta mierda de espectáculo —repitió el tráiler gozando al mostrarme el puesto de responsabilidad que ostentaba en el organigrama de la entidad.

—No, qué va, hombre, qué va. Pero me han dicho que por aquí el verdadero espectáculo no son las monerías que hacen las moñas del escenario. Y ya sabes que a mí la marcha dura me mola más que a un tonto una pelota de colores.

—¡Ay, Humphrey! Lo de aquí no es para pobres como tú o como yo, macho. Tendrías que ver el material que corre por ahí dentro. —Con el pulgar señaló el otro lado de la cortina de terciopelo negro.

Compuse mi mejor expresión de obseso sexual para preguntarle:

—¿Y qué hay que hacer para darse un garbeo por ahí dentro?

—Tener un carné especial. Los reparte el jefe, ahí dentro solo tiene acceso quien él en persona escoge. Yo estoy aquí para controlar que no se cuele nadie sin el carné. Quien lo tiene entra; quien no lo tiene... se jode.

—¿Aunque sea amigo personal del fulano que controla todo el tinglado? Venga, hombre, que si tú quieres, entro.

—Hostia, Humphrey, que me juego el puesto. —El tráiler luchaba entre el deseo de demostrarme lo importante que era y el miedo a perder el empleo.

—Vale, tío, vale. Si tú no quieres, no hay más que hablar. Tampoco quiero hacerle una faena a un amigo.

—Joder, Humphrey, tienes razón. Para algo tenemos que servir los amigos. Venga, pasa y date un garbeo por ahí dentro, pero no me montes ninguna bulla, que me la estoy jugando por ti.

Con una mirada fugaz repasó el local y, una vez se hubo asegurado de que nadie reparaba en nosotros, apartó la cortina. Con una llave que sacó del bolsillo abrió la sencilla puerta metálica pintada de negro y me franqueó el paso.

La decoración ramplona y trasnochada quedó atrás. Tras la cortina, el acero, las maderas nobles, el aluminio de vistosos colores de los pequeños sillones de extravagante diseño, la iluminación indirecta, los textiles de moda y las pantallas de vídeo conferían a la sala una imagen funcional y lúdica. Repartidas por la elegante y amplia barra de caoba situada al fondo de la sala y sentadas en algunos de los sillones de caprichosas formas, las putas charlaban sosegadamente con algún cliente, o esperaban su oportunidad.

Desde mulatas caribeñas de labios generosos y caderas pronunciadas, hasta orientales de serena e inquietante hermosura, pasando por frías

beldades esclavas que paseaban su mirada gris azulada por la sala con la misma paciente indiferencia con que una duquesa esperaría a su chófer para que la llevase de regreso al hotel; el catálogo estaba completo. Sin embargo, todas ellas compartían una característica que las igualaba: eran bellísimas, la *crème de la crème* del puterío. Y además, supongo que también eran carísimas.

En la barra, el fulano de la cazadora de cuero sorbía sin prisa el contenido de un vaso largo medio lleno de un líquido de color tostado. Su bebida parecía ser el mayor interés que tenía en aquel espacio, pues no parecía prestar la menor atención a la impresionante colección de preciosidades que le rodeaban.

A mí, que en el fondo lo que más me importaban eran los dos muertos, todo aquel montaje me parecía muy bien, pero tenía la impresión de que algo fallaba.

No hacía falta ser un superdotado para darse cuenta de que todas aquellas gatitas habían sido importadas de alguno de los muchos países con problemas que se encuentran repartidos por el mundo.

Por tanto, ilegales casi con absoluta certeza.

A eso, el Código Penal lo define como trata de blancas por mucho que ellas estén de acuerdo en prestar el servicio que prestan.

Horrible, de acuerdo. Pero a mí seguían sin encajarme los dos muertos. Matar en un arrebato pasional es frecuente, matar para mantener el negocio en marcha cuesta más; quizás no en Tijuana, pero estamos hablando de Barcelona. Y más si se trata de un camarero homosexual y una mujer de la limpieza de físico sobredimensionado.

¿Qué pasión habían despertado que hubiera hecho necesaria su muerte?

¿Qué peligro podían representar para la continuidad del negocio? ¿Les había matado alguien para que no se supiera que allí había trabajadoras ilegales?

Vamos a ver, putas ilegales hay en cualquier rincón de la ciudad, en las calles, en pisos y en los alrededores de los polígonos industriales. Uno se pasea por los clubs de carretera de nuestro encantador país y no sabe qué hacer con la cantidad de blancas «tratadas» que puede llegar a encontrar.

Por tanto, mis dos muertos seguían sin hallar una ubicación en aquel entramado que justificase su actual estancia en el depósito.

Y no estaba teniendo en cuenta que, en los países de donde procedían las muñecas que llenaban aquel local, preciosidades que se dediquen a la prostitución forzadas por las circunstancias, incluso animadas por su propia familia, hay unas cuantas por kilómetro cuadrado. Y además, deseosas de abandonar su país. Y claro que las engañan para que vengan a prostituirse a España, les cuentan que aquí pueden ganar cantidades importantes de dinero gracias a su belleza. Y no deja de ser cierto. Lo que no les cuentan es que el dinero que van a ganar en tan ingentes cantidades, ellas ni siquiera lo van a ver; y si lo ven, serán solo cantidades irrisorias. Particularmente, no creo que transporten con engaños a modosas modistillas o bellas profesoras de ballet para prostituir las. Simplemente porque no es necesario: es más sencillo, menos peligroso y más rentable importar putas jóvenes y bellas y explotarlas. Filosofando de una forma más o menos estulta, podríamos decir que es más un problema de arbitrariedad empresarial que de trata de blancas. Rizando el rizo de la estulticia podríamos llegar a la conclusión de que es más pertinente la actuación de cualquier sindicato obrero que de la policía nacional.

¿En aquel local se vendía droga?

Probablemente, como en la mayoría de las discotecas y en más de un *pub*.

Pero seguíamos teniendo dos muertos y ningún motivo para matarlos.

Cada vez estaba más convencido, mientras miraba a mi alrededor, de que nadie contrata a un asesino profesional para cargarse a dos sujetos insignificantes con tal de ocultar algo tan obvio y habitual como un club de putas de lujo, por muy ilegales que puedan ser estas.

A un servidor, la cortina de terciopelo negro, el tráiler que la custodiaba, la tarjetita que solo entregaba el mandamás, etc., me parecían pura parafernalia, una decoración para darle emoción al asunto, un toque de exclusividad, si lo prefieren. Seguía, por tanto, con mis dos muertos a cuestas y sin saber qué demonios hacer con ellos.

A mi derecha, una muñeca de porcelana con rasgos achinados le pasó con lentitud la lengua por el dorso de la mano al fauno gordo que estaba sentado a su lado, sin dejar de mirarle a los ojos, y luego dejó escapar una risa cristalina que acabó de convencer al obeso. Subieron juntos por una discreta escalera situada a la derecha de la puerta de entrada y que yo no había visto hasta entonces.

Les observé con envidia hasta perderlos de vista. Casi me había olvidado de los muertos cuando los dos recién enamorados desaparecieron en la discreta penumbra que prolongaba el fin de la escalera.

Me los recordó de nuevo la visión de un gorila sobrealimentado, al que el traje de rigurosa etiqueta le sentaba como unos pantalones de camuflaje a la reina de Inglaterra. Además, el gorila aquel sabía hablar y había asistido a un colegio de pago, ya que con toda la educación del mundo susurró unas breves palabras al oído del tipo de la cazadora carísima. El tipo con aire aburrido se levantó y siguió al energúmeno hacia una puerta situada al lado de la barra y disimulada por la misma curva de esta. Para poder entrar, el bruto del frac tuvo que agacharse ligeramente a fin de no romper el artesonado de un golpe de testuz.

Por lo visto, la noche aún tenía sorpresas reservadas para el pobrecito Humphrey.

Esperé quince segundos y me lancé hacia la puerta semioculta por la barra, rezando para que no estuviese cerrada.

Mis oraciones fueron escuchadas: la puerta estaba abierta; la empujé y entré.

Por desgracia, en mis oraciones me había olvidado del gorila. El tipo parecía estar esperándome junto a la puerta.

—Perdón, señor. Esta es una zona privada.

El tipo era realmente hábil. Consiguió que el «perdón, señor» sonase algo así como: te voy a romper el cuello como des un paso más y luego me entretendré fabricando un rompecabezas con lo que quede de tus vértebras.

—Perdón, señor —repitió. En esta ocasión reforzó sus palabras con un apretón en mi brazo que casi me provoca una fractura múltiple. Decidí perdonarle.

El intenso dolor que, partiendo de mi maltratado codo, se acababa de instalar en algún punto situado encima de mi puente nasal, solo me permitió murmurar con cierta dignidad:

—Los servicios, por favor.

—La puerta al otro lado de la barra, señor. —Aun después de pronunciar esas palabras con enorme amabilidad y sin dejar de sonreír casi con cariño, mantuvo su apretón en mi brazo durante diez innecesarios segundos, luego me soltó.

Me largué mentándole a toda su estirpe hasta la cuarta generación. En voz baja, por supuesto.

El tráiler me recibió con una amplia sonrisa.

—¿Qué te ha parecido, Humphrey, hay nivel o no hay nivel, tío?

—Un nivel increíble, tío, es para morir de envidia.

—Ya te lo he dicho.

—Oye, las escaleras van directas a las *suites*, ¿no?

—Claro, hombre. Lo de allí arriba es un palacio a juego con las tías.

—Y la puertecilla al final de la barra, ¿qué? ¿Más vicio?

—Solo si te la quieres cascar. Son los servicios.

—No, no. Me refiero a la puertecilla pequeña del otro lado de la barra.

Me ha parecido que había un colega tuyo, un tío grandote.

—¡Ah! La dirección, el despacho del gerente, nada más. El colega es un tío legal. Te lo presento, si quieres; te gustará.

—Seguro que sí. Otro día, en todo caso; ahora me voy que ando un poco cansado estos días, demasiado tajo. Gracias por todo, macho. Y dale recuerdos a la Sole. ¿Cómo anda ella?

—Con la mala leche de siempre. Adiós, Humphrey.

Un tío legal, el colega. Y su puta madre, una santa.

A mí aún me dolía el brazo solo de pensar en su cara de bestia. Crucé El Universo de Noche convencional, donde un travestí vestido de faralaes se empeñaba en acabar de estropear el escenario a base de zapatearlo como si le debiese dinero.

La calle me recibió como una madre a un hijo al que hace ya tiempo que espera; o sea, con la cena fría y una regañina a punto.

Después de la colección de beldades que había visto en El Universo de Noche, lo que más me apetecía era acostarme solo, sin nadie que me molestase con inimaginables caricias, con susurros libidinosos expresados en lenguas exóticas incomprensibles para mí. Deseaba dormir solo, sin sentir el roce, la tibieza, de suaves pieles de un color distinto al mío, sin la molestia de la levedad de un cuerpo de mujer encima del mío.

¿Algún problema en creérselo?

Bien.

Es todo un detalle por su parte.

De verdad, no esperaba menos de ustedes.

NUEVE

Me desperté pensando que mi lista de actividades para aquel día resultaba tan impresionante como la agenda de un ejecutivo. Aunque dudo que un ejecutivo, cuando visita a la clase de personajes que yo iba a visitar, lo anote en su agenda.

Pasé por el *loft* de Billy Ray, quien por cierto había recobrado su acento americano, y le pedí que bajase conmigo a mi cuchitril. No deseaba que Ángela me viese apretándole las tuercas a su hermano. Y temía que eso iba a resultar inevitable, a no ser que el susto hubiese obrado milagros en el carácter de mi amigo.

Si acaso lo obró, el milagro había sido de escasa entidad. Billy Ray me contó, nada más entrar en mi oficina, la fiesta que pensaba montar la semana siguiente en el *loft*, contando con los dieciocho mil euros que Ángela, una vez vaciada la cuenta corriente de sus ahorros, le había traído desde Orense con la esperanza de ayudar a arreglar el desaguisado en que su hermano se hallaba inmerso.

Decidí explicarle la situación de la manera más formal y educada que pudiese encontrar. Al fin y al cabo, el género humano se distingue por su capacidad de raciocinio y su sensibilidad, por nuestra innata tendencia a valorar la delicadeza con que somos tratados.

—Y una mierda, Billy Ray, vas a montar una fiesta con ese dinero. Como se te ocurra tocar un solo puto euro de tu hermana, te corto los huevos y te los hago tragar. Vas a trabajar como un cabrón, aquí conmigo, hasta que hayas ganado dinero suficiente para cancelar la deuda que contrajiste.

No hay como un léxico distinguido y una prosa sobria para que la gente te preste atención. Mi amigo se sentó tan rígido como la estatua de Colón y murmuró, mirándome de reojo:

—Joder, Junfin, a ver si vas a ser peor que el gitano.

—Mira, Billy Ray, no me toques los cojones. O te asocias conmigo y trabajas para cancelar tu deuda o te presento formalmente a los dos gitanos que te atracaron para que ellos mismos te cuenten el recado que me dieron para ti.

—Somos socios, Junfin, no te enfades. Pero yo no tengo capital para aportar.

Casi se le escapa una sonrisa al pensar que ahí se acababa de iniciar el fracaso de nuestra sociedad.

—Ni lo vas a tener durante bastante tiempo, amigo. Todo lo que ganes trabajando para nuestra sociedad, excepto una pequeña parte que te quedarás para sobrevivir, lo destinaremos a devolverle la pasta al fulano que me prestó el dinero. Que, por cierto, puede llegar a ser bastante más peligroso que el Tío Matías.

Se me olvidó comentarle a mi recién adquirido socio que los previsibles beneficios de mi negocio y la pequeña parte que se pudiese quedar para sobrevivir serían tan miserables como para sumir en la desesperación a un galeote numidio al servicio de alguno de los cruceros de placer que organizaba Escipión el Africano. Basé mi omisión en la máxima que dice que en las cuestiones empresariales no es aconsejable ser totalmente transparente.

—Pero ¿tú crees que yo sirvo para detective?

—No, socio, no lo creo. Para eso hace falta ser un poco más tonto de lo que tú eres. Vamos a lanzar un nuevo departamento en la empresa: Informes comerciales y Persecución de morosos. Tú serás el gerente. La estrategia comercial la dejo a tu elección, aunque, si quieres una idea, piensa en algo así como «El *cowboy* cobrador».

La expresión de asombro que iba componiendo Billy Ray conforme yo desarrollaba la idea fue cambiando paulatinamente hacia una reflexión interesada para acabar siendo de franca satisfacción. El hombre ya se veía

impartiendo justicia, Colt en mano, entre los malos pagadores del país. Mientras, yo pensaba en qué iba a emplear a Billy Ray en realidad para que produjese algo de dinero. Venderlo a un traficante de órganos podía resultar rentable. Era una idea tentadora, pero pensé en los ojos azules de su hermana Ángela y la idea se fue desvaneciendo en mi cerebro.

Lo dejé entusiasmado redactando el anuncio que al día siguiente pensaba insertar en un par de medios de comunicación, y en la nueva placa para el portal del edificio, en la que figurarían nuestros dos nombres e incluso un anagrama de diseño que diese el debido tono a la agencia. Así lo llamó él, Agencia, y logró pronunciarlo en mayúsculas.

Tal vez no sería tan mala idea que Ángela le prestase los dieciocho mil euros para el arranque del negocio.

En fin, ya veríamos.

El comisario Jareño me recibió con la expresión que reservaba para aquellos momentos de su carrera en que envidiaba mi independencia. Yo le respondí con mi mejor expresión de: «No te equivoques, amigo, lo mío aún es peor».

—Buenos días, Humphrey. ¿Has venido a darme alguna alegría?

—Es posible, Jareño. Ayer me di una vuelta por El Universo de Noche.

—¿Y qué coño hacías tú por aquel antro de mierda? ¿No te dije que nos dejases eso a nosotros? No quiero que interfieras en este asunto, no quiero problemas con mis hombres por tu culpa, no quiero que García te dé un par de hostias y es muy capaz de hacerlo, no quiero tener que recordarte quién manda en esta clase de asuntos. Y sobre todo no quiero olvidarme de que somos amigos y hacer un barco de papel con tu licencia.

El agradecimiento que me mostraba el comisario era evidente.

—Allí hay algo que huele a mierda, Jareño.

—Las putas de lujo acostumbran a oler bien, Humphrey.

—Vaya, así que ya lo sabías. Me podía haber ahorrado el trabajo.

El comisario encogió sus prominentes hombros.

—Nosotros también sabemos averiguar cosas. Putas de lujo, tiempo perdido. Tendremos que husmear por otro sitio si queremos resolver el asunto de los dos muertos. Por cierto, tenemos la confirmación de que los dos fueron asesinados por la misma persona, por la misma arma en cualquier caso, lo que viene a ser lo mismo.

—Jareño, tendríais que ir allí con una orden judicial. A mí no me cuadró nada de lo que vi. Créeme, algo apesta en aquel local tan bonito.

—¿Y qué le decimos al juez, Humphrey? ¿Que las putas están tan buenas que los clientes hacen demasiado ruido al correrse y no dejan dormir a los vecinos?

—Mira, para empezar todas aquellas tipas son ilegales. Me apuesto mi álbum de la grabación pirata de Bix Beiberdecke contra un cromó del Ratón Mickey a que ni una sola de ellas tiene documento de residencia ni un permiso de trabajo que no sea tan legal como un billete de setecientos euros. Solo con eso ya tienes una razón para que el juez acceda a darte una orden de registro.

—El juez me dará la orden de registro, pero cuando lleguemos allí no encontraremos más que a los cuatro maricas de turno. Y luego alguien me proporcionará un envidiable destino como bedel en una comisaría nueva, modesta aunque limpia y ordenada, que están construyendo en Las Hurdes. Con un poco de suerte, hasta puedo ayudar a acabar de construirla.

—Entendido, tienes órdenes de no joder la marrana.

—A un comisario de la Brigada de Homicidios nadie le da órdenes que vayan contra el espíritu de la ley, Humphrey. Aunque hay que estar atento a las amables recomendaciones, a los consejos de la gente que lleva más años que uno mismo y sabe qué es lo que más conviene hacer. Y ya sabes, siempre se hace todo con la mejor de las intenciones. Dicho de otra manera, amigo mío, no me toques las pelotas que hoy no está el horno para bollos.

—Que los muertos reposen en sus tumbas entonces, ¿eh? Al fin y al cabo, ¿quién va a echar en falta a un camarero bujarrón y a una tipa sebosa de Torrecillas de la Tiesa que se ganaba el pan limpiando la mierda de los demás?

—Mira, Humphrey, a mí me da lo mismo empapelar a un juez, a un ministro o al delegado del gobierno. Y luego, a Las Hurdes si hace falta. Pero no tengo nada con que moverme. Dámelo tú. Me has tocado tanto los cojones que estoy dispuesto a hacer la vista gorda si te mueves por aquel antro y me proporcionas algo sólido donde agarrarme. A ti nadie te recomienda nada, tú puedes hacerlo. No necesito que me presentes una lista de pruebas irrefutables atadas con una cinta rosa. Cuéntame lo que está pasando allí, si es que realmente pasa algo, y entraré como un elefante en una cacharrería; no habrá recomendación que me pare. Pero no me vengas con que porque a ti algo te huele mal yo tengo que jugarme la jubilación.

—Ya sabes que por hacerte un favor voy a donde sea necesario y hago lo que se tenga que hacer, pero aquello huele a peligro que apesta, Jareño. Mientras me paseaba por allí no pude evitar sentir como si alguien me hubiese puesto un pañuelo de seda al cuello y estuviese empezando a apretarlo poco a poco, sin prisas.

—Te prometo un entierro de primera si fallas. No, en serio. Si has entrado una vez puedes volver a hacerlo. Quizás tengas suerte y puedas darme algo donde pueda agarrarme. ¿Qué coño hace aquí escuchando, García? Lárguese, hombre, lárguese donde yo no le vea.

Giré la cabeza a tiempo para ver al Sargento García desplazándose sin ninguna prisa sobre sus patas torcidas.

—¿Has visto cuánto rato hacía que ese cabrón nos estaba escuchando?

—No, no me había percatado de su presencia.

—Es silencioso como una culebra, el mamón de García. En fin, al menos sé que no me perjudicará, eso sí. ¿Lo harás, Humphrey?

—No lo sé. Algo intentaré, Jareño, eso seguro, pero no te prometo nada. Ya sabes que no soy un detective de película. Lo más parecido a una patada de kárate que sé hacer es el salto de la rana. Y la única vez que intenté esquivar una bala me hizo un agujero en el hombro mientras aún estaba decidiendo hacia qué lado era mejor saltar. Y no me gustó el sabor del plomo.

—No estás obligado a nada, hombre. Anda, lárgate ahora y ya hablaremos otro día que amanezca más soleado.

—Nos vemos, comisario.

—Claro, Humphrey, claro.

En la puerta de la comisaría, el Sargento García miraba al cielo como si esperase ver bajar al Arcángel San Gabriel montado en un *quad*.

—¿Qué hay, bocazas? Ese asunto parece demasiado duro para un listillo como tú. Es mejor irle dando por el culo a algún marido que se busca la vida como puede, ¿eh? Así que sentiste «como si alguien te hubiese puesto un pañuelo de seda al cuello y apretase poco a poco, sin prisas», como en una película de miedo. ¡Joder, Humphrey, qué miedo debiste de pasar! Tú no eres un detective, tío. Tú eres un poeta y además de los malos.

—Sargento García, ¡qué sorpresa! No le vi el otro día por allí, claro que, con tanto maricón suelto en el local, no tuve necesidad de ir al lavabo.

Inmediatamente después de decirlo me preparé para la agresión que con toda seguridad iba a recibir por parte del energúmeno de las patas torcidas. Pero, curiosamente, el hombre parecía haber perdido todo interés por una confrontación directa conmigo. El Sargento había dejado de prestar atención al posible aterrizaje del Arcángel San Gabriel y ahora parecía muy preocupado por el aspecto de sus zapatos, ya que toda su atención se concentraba en ellos. Sin embargo, había desplazado su cuerpo de tal forma que me era imposible abandonar el recinto sin empujarle.

—Le escucho, Sargento.

—Te voy a tutear, Humphrey.

—¡Oh, Sargento!, pensé que no lo harías nunca.

—Muy ocurrente, mierdecilla, muy ocurrente. Además de tutearte, voy a contarte un secreto, aunque primero permíteme que te haga una pregunta: ¿tú sabes qué le pasa a tu amigo el comisario Jareño?

—Sí, claro.

—Pues mira, a mí me pasa lo mismo que a él pero añadiéndole una dosis extra de cabreo, porque no me gusta ver a alguien tan legal como el comisario jodido e impotente para sacudirse lo que le ha caído encima.

—Hasta ahí le sigo, Sargento.

—Bien, ahora viene el secreto. Me he pasado la vida despreciando a la gente como tú, tipos que no tenéis más reglamento que el que os dicta vuestra propia conciencia, lo cual es muy poco reglamentario, por decirlo de una forma suave. En ocasiones he deseado poder apartaros de la circulación y enviaros a las cloacas para que les hicieseis compañía a las ratas, y que Dios se apiadase de los pobres bichos.

—Sargento, me emociona usted, sabía que su alma estaba llena de poesía, pero esto... esto supera todas mis expectativas.

—Cállate, coño. Para mí ya es bastante duro decirte lo que te voy a decir, así que si además intentas cachondearte, te voy a patear el culo de tal manera que tendrá que venir el forense a despegarte de mi zapato.

—Mensaje captado y registrado, Sargento, soy todo oídos. —La verdad es que volver a apreciar el espíritu primitivo de García me tranquilizó. Tanto raciocinio por su parte ya me estaba inquietando.

—Tantas veces como os he despreciado os he envidiado. ¿Tú sabes, Humphrey, la cantidad de veces que un mal bicho se ha ido tan tranquilo a su casa simplemente porque nosotros no hemos podido hacer lo que tú hubieras hecho sin que nadie te lo impidiese?

—Me imagino que muchas, pero alguien tiene que poner límites al poder. Y este está en sus manos, no en las mías.

—No vamos a discutir eso ahora, ni siquiera se me da bien. Tampoco creo que a estas alturas, cuando me falta poco para jubilarme, tenga que intentar arreglar algo que me ha estado jodiendo durante toda mi carrera. Me conformaría con poder ayudar al comisario; el problema es que, tal y como él mismo te ha contado, quien mejor puede ayudarle eres tú.

—Empiezo a perderme, García. Si no le gusta filosofar, ¿qué coño pretende decirme?

—Pretendo decirte que si vas a hacerlo, si vas a tratar de ayudar al comisario, te cubriré las espaldas. Y no me refiero a que si puedo perderé en tu favor un expediente de faltas. Te estoy diciendo que si de verdad allí hay algo feo, tal como te hueles, yo me paso por los cojones las recomendaciones, aunque vengan del despacho más alto del Ministerio del Interior.

—¿A pocos meses de la jubilación, García?

—Mi jubilación es un asunto que a ti ni te va ni te viene. Tendrás en cuenta lo que te he ofrecido, Humphrey, o en caso contrario me enfadaré contigo, aunque estés muerto, que es lo más probable si vas allí solo. A los niveles en que supones que nos vamos a mover, tú eres un segunda división, amigo. El tipo del Colt Magnum es un *crack*, no eres enemigo de consideración para él. Yo ya he tenido el placer de conversar con un par de pájaros de este pelaje, y creo sinceramente que tengo más posibilidades de salir vivo que tú.

El Sargento me cedió el paso al tiempo que me guiñaba un ojo y esbozaba algo que era lo más parecido a una sonrisa que se podía permitir un tipo tan adusto como él. Su esfuerzo casi me emocionó.

—Gracias, Sargento, pensaré en todo lo que me ha dicho.

Me largué pensando en las sorpresas que en ocasiones nos tiene reservadas la vida. Ahora resultaba que el Sargento García era un ser humano, coordinaba pensamientos complejos y por si fuera poco acertaba en sus conclusiones.

Realmente sorprendente.

Además me había llamado mierdecilla, listillo, rata de cloaca y un par de lindezas más, pero había evitado cuidadosamente llamarme detective casoso. Tal vez aún había esperanza para nosotros.

Menudo día el mío. Y aún me quedaba un buen trecho por andar.

El *topless* de Maruchi la *Desdentá* es a las cinco de la tarde un remanso de paz. Las chicas trajinan por el local con una chaquetilla de lana cubriendo sus desnudas pechugas. El local abre al público a las seis y media y la calefacción no ha tenido aún tiempo de luchar con un cierto éxito contra el frío intenso de la calle.

Pónganle una chaquetilla de lana sobre las tetas desnudas a una puta y acabarán de inventar el arte conceptual. A partir de ahí, cualquier cosa cuela.

La distribución topográfica y la decoración del recinto son arquetípicas de cualquier tugurio que se precie de tal. Una barra larga y oscura limita un pasillo estrecho de paredes tapizadas con una moqueta que originalmente fue de color humo, lo cual ha permitido, pasados los años, que el color haya permanecido inalterable a pesar del pringue que se ha ido acumulando. Al final de la barra el pasillo se abre a una sala cuadrada, cuya única decoración es el remedo de sofá adosado a la pared que circunda todo el perímetro. Unas pantallas de madera acolchada con material vinílico separan el sofá único en pequeños compartimentos abiertos al frente donde una mesa diminuta invita a reposar los vasos con la bebida; una cortina que no llega al suelo dota de cierta intimidad a los cubículos. Allí los clientes que se han ganado ese derecho con el sudor de su bolsillo pueden hablar de sus cosas con las pupilas de Maruchi en un ambiente apacible, solo alterado ocasionalmente por los suspiros, gemidos o gruñidos más o menos apasionados procedentes de los compartimentos vecinos. La iluminación proviene del oscuro pasillo y está reforzada por un círculo de diminutas bombillas de color rojo que desde el techo incita a pensar en los rescoldos de un incendio deficientemente extinguido.

Durante los dos o tres días siguientes al ingreso de la nómina en las distintas oficinas bancarias del barrio, la cacofonía reinante en el local podría colmar la inspiración de cualquier compositor de música experimental. Sin embargo, a medida que van pasando los días el ritmo va decreciendo paulatinamente hasta llegar a la última semana de mes, en la que el ambiente recuerda más a los susurros que provoca el viento deslizándose entre el ramaje del arbolado de la sierra de Collserola que a los rumores que le son propios a un puticlub.

Maruchi me recibió con los brazos en jarra y una sonrisa irónica que le permitía lucir la perfecta dentadura obtenida gracias al duro ejercicio de su profesión.

—¿Qué te debo, Humphrey? ¿Una disculpa? ¿O prefieres que te felicite? Sea lo que sea, hay que reconocer que tuviste un par de cojones. Daría algo por saber qué demonios le contaste al gitano para que levantase la marca de Billy Ray.

—Eso fue ayer, Maruchi. ¿Cómo demonios te las arreglas para enterarte de todo lo que sucede a tu alrededor casi en el mismo momento en que sucede?

—¡Bah! En esta ocasión no tiene mérito, lo sabe todo el barrio; esas cosas corren deprisa. Vuelan con el viento, muchacho. Bien, chico listo, te felicito, me disculpo, me alegro infinitamente y te sigo debiendo una copa, o como te ofrecí la última vez que hablamos del asunto, tienes una chica a tu disposición. En esta ocasión, hasta la jefa está a tu disposición. Te lo has ganado.

—Te acepto una naranjada y me gustaría tener una charla tranquila contigo, necesito de tus conocimientos.

—¿A cuáles te refieres, Humphrey?

—No me excites, ¡hostia!, que estoy de servicio. Necesito que pongas en marcha tus circuitos de información.

—Humphrey, un día de estos deberías perder la virginidad; a tu edad no es bueno tanta retención. —La carcajada de la Desdentá fue rebotando por toda la barra hasta perderse en las profundidades del salón.

Maruchi tiene una forma de reír extremadamente excitante, es un sonido gutural que va perdiendo intensidad lentamente, mientras su lengua asoma rozando el borde superior de sus dientes, hasta extinguirse.

Lo que no había conseguido su proposición lo consiguió su risa. Tuve que hacer un esfuerzo para centrarme y olvidar lo que la Desdentá me haría si se desprendía de la dentadura y ponía a trabajar las encías. Aunque la tecnología de Maruchi no figura en el prestigioso estudio «Felaciones y su contribución al incremento del bienestar social», cuando perdió buena parte de su atractivo físico junto con la práctica totalidad de sus dientes, fue esta técnica la que no solo le permitió salir adelante, sino que además le dio fama entre todos aquellos que en Barcelona y alrededores estaban interesados en tal tipo de entretenimiento. De hecho, el dinero que necesitó para instalar su negocio lo había obtenido gracias a lo que podríamos definir como «novedosas aportaciones en el campo del placer por medios no totalmente convencionales».

—Bueno, hombre, bueno. ¿Pasamos al salón? —dijo Maruchi mirándome con algo parecido al respeto.

—Pero a tu despacho, te lo ruego. La última vez que visité tu salón tuve graves problemas para despegarme del sofá.

—Humphrey, ¿no estarás acusando a la empresa de falta de higiene?

El rictus de dignidad ofendida que compuso el rostro de Maruchi era tan falso como la sonrisa de un obispo, así que preferí zanjar la polémica con un lacónico:

—Alguien debió de olvidar su goma de mascar.

El despacho de Maruchi en realidad es el último de los apartamentos del salón, y se distingue de los demás por ser doble y porque la cortina que lo protege llega a rozar el suelo. En los demás aspectos, es idéntico a los restantes apartamentos.

Nos instalamos en el despacho de Maruchi; yo, con un vaso de naranjada; ella, con una sonrisa entre burlona y provocativa.

—Bien, Humphrey, te escucho.

—¿Ya sabes que te ha salido competencia?

—¡No me digas, Humphrey, competencia! Aquí en este barrio nos ha salido competencia. A nosotras. ¡Virgen Santa! Quién lo iba a decir, putas por aquí. Venga, Humphrey, no me jodas, por favor. Si en este barrio hubiese tantos médicos como putas, íbamos a ser la zona más saludable del planeta.

—Ja, ja, Maruchi. Y me olvidaba un ja. Ya sabes de qué te hablo. ¿Qué me puedes contar acerca de las nuevas actividades de El Universo de Noche?

—Nada que me preocupe. Sus clientes, por lo que yo sé, no se acercarán por mi local ni protegidos por una mascarilla. Aunque ellos se lo pierden, porque cualquiera de mis niñas le da lecciones a la más adelantada de esas guarras importadas que corren por allí.

—No lo dudo, Maruchi, pero no me refiero a eso. Estuve husmeando por allí el otro día y me quedé con la sensación de que me había perdido la mitad del espectáculo. Ya sabes lo que quiero decir.

—No, la verdad es que no sé a qué te refieres. ¿Qué te hace pensar que allí pasa algo más aparte de lo que se ve?

—No sabría decirte, llámalo olfato. Hay más protección en aquel local que en el harén de Harum al-Raschid.

—¿Qué clase de protección?

—Gorilas. Y no de los que andan paseándose por el garito por si acaso; parece como si estuviesen guardando la mismísima puerta del infierno.

—Bueno, por lo que yo sé, todas aquellas zorras son ilegales, y además, donde hay putas acaba habiendo hostias. Y si hay hostias tiene que haber alguien que ponga orden sin necesidad de sacar la navaja.

—Ni así, Maruchi. Esos gorilas no están allí para impedir que las niñas salgan corriendo a comisaría. Ninguna de ellas parecía ansiosa por salir corriendo, al menos no por ahora. Además, los gorilas acostumbran a estar más o menos camuflados para no intimidar al personal. Oye, ¿quién es el dueño de aquel tinglado?

—Un tipo nuevo, no sabría decirte el nombre, aunque no sería difícil averiguarlo. Parece ser que no quiere líos, no se mete en nada. Le compró el local al antiguo propietario y en apariencia mantuvo el negocio con el mismo formato; ya sabes: moñas con aspiraciones artísticas. Y al final parece ser que se animó a ampliar el negocio con otro enfoque.

—¿Tienes posibilidades de averiguar más cosas? Si la ampliación es todo lo que se ve o hay algo más. No sé, cualquier cosa me podría servir.

—Claro, seguro. En cuanto sepa algo te avisaré. ¿Alguna cosa más, jefe?

—No me has dicho cuánto me va a costar la información; ya sabes que mi negocio es modesto.

—Tranquilo, ya te lo diré, no hay prisa.

La Desdentá se había recostado en el sofá y se acariciaba lentamente el nacimiento del pecho con la mano abierta.

—¿Tratas de decirme algo, Maruchi, o es cosa de la costumbre?

—Vete a saber, Humphrey, vete a saber. Cualquier día con algo menos de prisa tendremos que hablar.

—Claro, sin prisas. Pero no te enamores de nadie hasta que yo vuelva.

—Claro, mi amor, de nadie que tenga más de dos orejas. Te lo prometo.

—Adiós, Maruchi.

—Humphrey...

—Sí.

—¿Qué coño le dijiste al gitano?

—Le dije muy seriamente que si se cargaba a Billy Ray, Maruchi *la Desdentá* iba a contar por todo el barrio las cositas que sabía de él y de sus andanzas. Tendrías que haber visto el susto que le agarró, al pobre hombre.

—Humphrey, eres un solemne hijo de la gran puta.

—Yo también te quiero, nena.

Salí esperanzado. Si Maruchi *la Desdentá* decidía enterarse de algo, se enteraba. No sé cómo lo haría, pero estaba seguro de que no fallaría. Si fallaba, sería señal de que en el barrio las cosas estaban cambiando. Y cambiar las cosas aquí no es una cuestión sencilla.

Yo seguía confiando en la innata habilidad de la *Desdentá*.

DIEZ

En el preciso instante de girar la llave en la puerta de mi apartamento, supe que alguien me esperaba dentro y, como tantas veces a lo largo de mi vida, me maldije por no ir armado.

Una ligera corriente de aire, mientras pensaba el modo de arreglármelas para que si alguien salía herido no fuese yo, me acercó un suave perfume de lilas. Quien fuera que había forzado la puerta no quería causar mala impresión; hasta se había perfumado.

Ángela Cunqueiro permanecía sentada en el sofá con la mirada fija en la puerta, mantenía las rodillas juntas y dejaba descansar sus manos en ellas. Componía una imagen de recato que me hizo pensar en virginales niñas preparándose para recibir la eucaristía. Al verme entrar, se levantó con un movimiento ondulante que hubiese sido causa de expulsión inmediata de cualquier templo, por muy virginal que fuese la niña que lo cometiese.

La rubia había venido a verme y se había pertrechado con todas y cada una de sus curvas, protuberancias y hoyuelos.

—Hola, Humphrey. Espero no haberte asustado.

—¿Tengo cara de susto, pequeña? —Si la frase les recuerda algo, es señal de que hemos visto la misma película. Su sonrisa me hizo pensar que sí, que efectivamente tenía cara de susto.

—No, Humphrey. Me imagino que para asustarte hace falta algo más fuerte que una mujer.

«¡Ay Dios, si tú supieses!». Esto, mentalmente y procurando componer una expresión de «vigila chica que aún no he cenado».

—No sé a qué debo el placer, pero me alegro de que hayas venido, no siempre puedo gozar de una compañía tan agradable como la tuya. —Mi discurso iba mejorando a ojos vista. Con un par de días más de ensayo, me veía capaz de no comportarme como un crío que babea ante una niña dos años mayor que él que le estuviera enseñando las bragas.

—Billy Ray es un despistado, se olvidó de devolverte las llaves y yo me he ofrecido a traerlas. También quería darte de nuevo las gracias por lo que estás haciendo por él, no solo le has salvado la vida sino que le das la oportunidad de trabajar contigo. Billy Ray es buena persona pero le cuesta crecer, necesita a alguien que cuide de él, que le dirija. Ahora está entusiasmado preparando la campaña de lanzamiento de la nueva actividad de tu empresa. Te aseguro que nunca le había visto tan entregado a nada, como no fuese a alguna de sus juergas. Y es gracias a ti, Humphrey. Dios quiera que todo os salga bien.

Se acercó con las llaves, con la mano extendida hacia mí, y, por un lamentable error de cálculo, tomé llaves y mano a un tiempo. Por un error de coordinación, no solté la mano por temor a que se cayesen las llaves al suelo. Por puro vicio, me perdí un rato en la profundidad azul de sus ojos, momento que ella aprovechó, supongo que por decir algo, para susurrarme:

—No sé cómo agradecerte todas tus bondades, Humphrey.

Y justo en ese momento a mí se me ocurrió en qué forma podría hacerlo.

El primer beso fue un roce leve. Ángela dio un paso atrás y me miró sonriendo, aislándome en un universo azul del que yo no sabía, ni quería, salir. El segundo beso fue una sucesión de roces morosos, lentos, mientras nuestras lenguas se encontraban fugazmente, se retiraban y volvían a buscar nuevos caminos que provocasen su encuentro. Ella le puso fin mordiéndome el labio inferior, apretando su cuerpo contra el mío. El tercer beso, el cuarto y los sucesivos no sé cómo fueron; estaba muy ocupado admirando el cuerpo desnudo de Ángela. Tampoco sé cómo fue que estaba desnuda, pero lo estaba. Y no solo no parecía importarle sino que se mostraba francamente interesada en que yo estuviese tan desnudo como ella.

Nos amamos dulcemente, meciendo nuestros cuerpos al compás lento de nuestro deseo. Nos amamos salvajemente, nos mostramos la necesidad que teníamos tal como la habíamos generado. Nos amamos ciegos y sordos a todo lo que no fuesen nuestras miradas y nuestras palabras sin sentido. Tal vez con más sentido del que nos hubiésemos creído capaces de expresar. Nos amamos exaltados, nos amamos agotados, nos amamos bebiendo cava frío que nos robábamos de nuestras bocas. Nos amamos escuchando música y cuando ya amanecía nos dormimos abrazados porque ya no sabíamos en qué nueva forma debíamos amarnos.

Me desperté y Ángela dormía a mi lado. Apoyado en un codo contemplé sus cabellos rubios esparcidos por la almohada, dando color a mi vida. En algún momento despertó y susurró:

—Ven y abrázame, detective. —Me dormí de nuevo. Desperté al cabo de un rato que no sabría precisar y Ángela me miraba apoyada en un codo.

Me hizo callar con un «sshhhhhh» y apoyando un dedo en sus labios. Cubrió mi cuerpo con el suyo y estuvo quieta besando lentamente mis ojos cerrados, hasta que comprobó que yo reaccionaba; entonces me introdujo lentamente en su interior y murmuró:

—Ahora a dormir. —Durante un rato, quizás dos o tres siglos, estuvimos así moviéndonos lentamente; en ocasiones parábamos, nos mirábamos y antes de reanudar tratábamos con palabras torpes de expresar lo que nuestros cuerpos ya sabían. Seguimos hasta que su respiración se hizo ronca, apresurada. Tuvimos un orgasmo simultáneo, salvaje, que terminó con un grito en el que se mezclaron dolor y placer, ya que mientras ella clavaba sus uñas en mi espalda yo le apreté los pechos como si mi permanencia en este mundo dependiese única y exclusivamente del soporte de su suavidad.

Transcurrieron dos días durante los cuales mi apartamento nos pareció el lugar más acogedor de la ciudad. Hablábamos mucho, aunque la verdad, no sé qué era lo que nos decíamos. Supongo que cada uno pretendía mostrarle al otro un mundo ideal que estaba más allá de cualquier realidad.

Posiblemente, cada uno de esos mundos estuviese situado en las antípodas del lugar donde se posaban nuestros pies. Ahora pienso que es probable que nos limitásemos a repetir una y otra vez unas pocas frases que nuestro deseo embellecía.

Cualquiera que haya estado enamorado sabe dónde está ese lugar del que nosotros hablábamos. También sabe lo corto que es el viaje y lo doloroso que resulta el regreso, cuando este se produce. Pero para nosotros el viaje de regreso era una entelequia. Y ¿quién demonios quiere pensar en entelequias?

Maruchi *la Desdentá*, desde luego, no.

El teléfono sonó justo en mitad de un beso.

—Humphrey, ¿dónde leches te has metido? Pásate por el negocio, creo que tengo algo para ti que te va a interesar.

Maruchi siempre le llama «el negocio» a su puticlub, como cualquier pequeño burgués. Para una puta, el dinero es algo tan serio como para un banquero; para conseguirlo ha de mover más las caderas, pero se ahorra la asistencia a consejos de administración.

Maruchi no acostumbra a exagerar, así que si decía que tenía algo interesante que contarme, valía la pena atenderla enseguida. Me despedí de Ángela como si fuese a Alaska para una cacería de osos polares afectados de hidrofobia. Aunque le prometí que en el viaje de vuelta aprovecharía para comprar provisiones para la cena.

Maruchi, efectivamente, tenía algo bueno para mí. La expresión de su rostro mostraba el orgullo del trabajo realizado a conciencia.

—Vamos a tu oficina, Humphrey; no quiero molestar a las niñas mientras preparan el local, y mi despacho está hoy un poco desordenado.

Teniendo en cuenta lo poco que a Maruchi le importa molestar, o no, a sus niñas, y comparando lo poco que se puede desordenar su despacho con lo muy desordenada que está mi oficina, era fácil adivinar lo explosivo que era el material que tenía para mí. Debía ser tratado con precauciones para que no nos estallara en las manos.

Una vez en mi oficina, Maruchi se apresuró a sentarse en mi maltratado sillón de ejecutivo, por lo que me vi obligado a escoger entre sentarme en la

silla reservada a los clientes o bien ocupar una esquina de la mesa, como haría Mike Hammer para intimidar al dueño de la mesa.

Maruchi no se mostró en absoluto intimidada cuando me senté a dos palmos de sus tetas.

Desde aquel ángulo, la relativamente limpia ventana me ofrecía el espectáculo de las tres horribles chimeneas —símbolo del Paralelo— entre la bruma cargada de partículas de contaminación, un espectáculo que casi embellecía mi hábitat profesional.

Maruchi, al tiempo que se arrellanaba en mi sillón, cruzaba las piernas con la intención de que una parte notable de su anatomía se paseara lúbricamente por mis poco interesados ojos.

Reflejos condicionados de puta sin mayor sentido. Yo seguía saciado por el recuerdo de Ángela.

—Humphrey, tenías razón. En esa pocilga de maricones y niñas hay algo que se pudre.

—¿Por qué?

—Porque no he conseguido averiguar nada. Nadie sabe nada. Y cuando parece que alguien pueda saber algo, no habla, se cierra en banda. Hay miedo, muchacho.

—Maruchi, estás perdiendo facultades.

—Y una leche pierdo facultades, lo que sucede es que el asunto va más allá de lo que estamos acostumbrados en este barrio. Y ya sabes que no somos precisamente discretos, ni nos asustamos por ir un paso o un kilómetro más allá de lo que marca la ley.

—Pero me has dicho que tenías cosas que contarme.

—Y las tengo, pero déjame que disfrute, hombre. En esta vida todas las cosas tienen su arte, y si no me permites añadirle el toque artístico a lo que he averiguado, pierde gracia y se convierte en puro chismorreo.

Eso era cierto: quitarle a aquella mujer la posibilidad de moverse por el escenario de rumores, murmuraciones, comadreo e infundios más o menos justificados, contados con la certidumbre de que si no son ciertos podrían serlo, era injusto. Ella disfrutaba con esto tanto como un ingeniero podía disfrutar con la contemplación de un puente colgante con el que acabase de

obtener un premio internacional. En realidad, de qué iban a servir los puentes si no hubiese chismosas dispuestas a cruzarlos.

—Mira, para empezar he averiguado el nombre del dueño del tinglado. Y resulta que le conozco desde hace años.

—Esa es mi chica. Anda, cuéntame.

—Asómbrate, el dueño es Arcadio Peña.

—Me asombro profundamente, Maruchi, pero no tengo ni idea de quién es el fulano en cuestión.

—Un don nadie, Humphrey. Uno de esos tipos que aprenden a vestirse solos a partir de los treinta años y aún entonces hay que enseñarles a abrocharse los zapatos para que no tropiecen con los cordones. Nunca ha tenido un duro. Se ha ido ganando la vida trapicheando con cualquier cosa que le saliese al paso, porque si la tenía que encontrar él, se hubiera muerto de hambre.

—Capto la idea, me estás dibujando a un hombre de paja incapaz de crear problemas aun queriendo.

—Eso es, chico listo.

—O sea que tenemos el secreto mejor guardado del Barrio Chino de Barcelona en manos de un tipo especialmente cualificado para ser un inepto.

—Y ahí no se acaba la historia. Resulta que el tal Arcadio prácticamente no se deja ver por el local. De vez en cuando aparece, se lleva a una de las chicas a la cama, se mama moderadamente y se larga a casa para acabar de mamarse.

—Tendré que ir a visitar al tal Arcadio y ver si es capaz de contarme algo que merezca la pena.

—Ni se te ocurra, mi amor. Verás. En primer lugar, no creo que ese subnormal sea capaz de contar dedos si le pones más de dos manos juntas. Y en segundo lugar, siempre hay alguno de los gorilas que viste por El Universo de Noche dando vueltas a su alrededor. No está claro si le protegen o le vigilan para que no meta la pata.

—Pues no veo qué otro remedio me queda; con gorilas o sin ellos, es la única pista que tengo.

—Humphrey, muchacho, que estás hablando con Maruchi *la Desdentá*. Tienes otra posibilidad, yo te la he conseguido.

—Dime, cielo, ¿cómo es que nunca te he pedido que te cases conmigo?

—En primer lugar, porque nadie se casa con una puta, sabiendo que lo es. Y en segundo lugar, porque las putas si nos casamos lo hacemos con alguien a quien le podamos sacar los cuartos. Y tú eres un muerto de hambre, encanto.

—Cuanto más me castigas, más te quiero, Maruchi.

—Venga, bobo, deja de decir paridas y escucha, que lo que tengo para ti te va a interesar. Hemos tenido suerte, Humphrey. Resulta que un novio de la Carmenchu, de alguna manera, trabaja para El Universo de Noche.

Carmenchu, más conocida como *Tetas de Palo*, es una de las niñas más antiguas de Maruchi, una veterana condecorada en múltiples batallas, y que según dicen posee habilidades notables en el campo de las relaciones personales, cuando se trata de distancias cortas. Debido a cuestiones de edad, decidió siliconarse determinadas partes del cuerpo y acudió a un cirujano tan barato como chapucero que se pasó de frenada en la siliconación, hasta tal punto que las tetas de Carmenchu no solo recuperaron la turgencia de su juventud, sino que dan la permanente sensación de estar saludando, al más puro estilo fascista, al público presente. El tamaño, nada modesto, de las tetas de Carmenchu ha hecho el resto para recibir su apodo. Ella se toma la cosa con filosofía y dice que mejor es que la llamen *Tetas de Palo* que *Tetas de Trapo*. Además, es una de las niñas de Maruchi que más factura. O sea que allí paz y aquí gloria.

—¿Y en qué nos va a beneficiar esa casualidad?

—Pues que el Antonio trabaja para una empresa que recoge los desperdicios de El Universo de Noche. Va de madrugada y saca los contenedores. Y no están en la calle, Humphrey, sino que debe entrar en el local por la parte trasera. Allí hay un patio vacío cuyo único propósito parece ser ese, dejar los desechos para que los recojan. La puerta de acceso al local propiamente dicho está siempre cerrada, pero dice el Antonio que, como en tantas casas viejas de este barrio, hay un balcón a poca altura que da al patio, por lo que subiéndose a uno de los contenedores se puede

acceder fácilmente a él y una vez lo has franqueado estás ya dentro de la casa. El Antonio le ha contado a Carmenchu que en más de una ocasión ha pensado en entrar; cree que aquella parte tiene pinta de dar acceso al almacén, y a él el *whisky* de calidad le puede, lo que no puede es comprárselo.

—Pero yo tendría que forzar la puerta del callejón y quizás esté protegida por algún sistema de seguridad.

—Lo está, chico listo, lo está. Es una de esas cerraduras de seguridad que necesitan tiempo y ruido para violentarlas. Como el Antonio tiene que entrar cada día, tiene la llave en la empresa.

—Mierda.

—Tranquilo, hombre. El Antonio está dispuesto a dejarte colar hasta el patio; a partir de allí, el problema será tuyo. El Antonio recogerá los cubos llenos de porquería, los vaciará y los volverá a dejar en el patio, y en ese momento tú te cueles con él. Cuando tengas que salir no habrá problema ya que desde el interior la apertura no ofrece mayores dificultades y, si no encuentras la forma de desconectar la alarma, siempre tendrás la opción de salir corriendo, subir al coche, acelerar a fondo y para cuando quieran salir a buscarte ya estarás en tu casa.

—Recuérdame que te presente un día de estos a un amigo mío que es coronel del MOSAD; seguro que te ficha, Maruchi, y por lo que sé pagan bien y acostumbran a tener buenas relaciones con los árabes. Vete a saber si a través de él conoces a un jeque del petróleo que te retira... ¿qué tal te sienta el burka?

—Como a ti un par de hostias.

—Un detalle, nena. El tal Antonio debe de pertenecer a la Cofradía de las Buenas Intenciones, ¿no es eso?

—No, en realidad es un fulano bastante lamentable. Colaborará por tres razones. La primera de ellas es que en mi negocio, y por cara de la Carmenchu, tiene crédito. Ya sabes que allí todo el mundo paga al riguroso contado a no ser que yo diga lo contrario, pero a unos pocos, por la razón que sea, se les permite que vayan acumulando deuda hasta final de mes. El Antonio es buen pagador, pero tira mucho del crédito y ya le he hecho saber

que si no colabora eso se ha terminado. La segunda razón es que apreté a la Carmenchu; al principio no quería saber nada del asunto porque le tiene cariño al Antonio y no quiere que se meta en problemas, pero como ya lleva mucho tiempo conmigo y hay confianza, la pude convencer. Le dijo al Antonio que si le negaba el favor podía ir buscándose a otra que se la chupase con el arte con que se lo hace ella. Aparte de que encontrar putas tan cariñosas como la Carmenchu no creas tú que es sencillo, y el chaval lo sabe. La tercera razón es que irás a verle a su casa y le soltarás algo de pasta. Supongo que no se pasará, tú calcula unos trescientos o cuatrocientos euros. Teniendo en cuenta que se la juega, es barato.

Maruchi acompañó las últimas frases con un forcejeo por el interior de su sujetador. Hubo un momento en que temí seriamente que saliese antes una teta que lo que fuera que anduviese rebuscando por las profundidades de su escote. Finalmente, y con un suspiro de alivio, la Desdentá me tendió un papel doblado tres veces sobre sí mismo.

—Esta es su dirección, ve a verle, te está esperando. Si cuando llegas allí está su mujer, sé discreto.

—Maruchi, no sé cómo agradecértelo.

—Ha sido un placer, Humphrey. Además, ya está anotado. Tú sabes que yo me llevo bien con todo el mundo, pero nunca se sabe. Vete a saber si algún día no tendrás que ir a visitar al gitano o a cualquiera del mismo pelaje y contarle que Maruchi *la Desdentá* es aún muy joven para palmarla.

—Tranquila, mi amor, si no se puede hacer nada por evitarlo, ese día la palmamos tú y yo juntos.

—Me largo a vigilar el negocio, que ya sabes que la caja y las putas no se ponen nunca de acuerdo si alguien no las vigila.

—Oye, nena, una cosa antes de irte. ¿En estos últimos tiempos ha aparecido algún tipo nuevo por el barrio?

—Cada día unos cuantos. Intenta ser más explícito.

—Me refiero a alguien peligroso.

—¿Como cuánto de peligroso?

—Tan peligroso como para ir llenando de plomo las barrigas de la gente, probablemente por encargo.

—No lo sé, Humphrey, de verdad que no sé quién es el tipo. Si son profesionales, no se dejan ver demasiado. Vete a saber si no estará alojado en el Princesa Sofía. Lo que te puedo asegurar es que en los últimos tiempos nadie ha ido por ahí marcándose el pegote de que se ha cargado a alguien; eso lo hacen los chulos, los gitanos entre ellos, los malhechores desesperados, los drogadictos. Pero tú me preguntas por un profesional, amigo mío. Esos matan, cobran y se largan, y si se quedan durante un tiempo, es para volver a matar.

—Estamos de acuerdo, Maruchi. Olvídalo.

—De cualquier forma, he oído hablar de un tipo que ha aparecido hace poco, no se deja ver excesivamente y es parco en palabras, pero... Es un fulano alto y muy delgado, viste bien y según dicen tiene la mirada más fría que un témpano.

—Me acabas de describir a un inspector de Hacienda.

—Vete a la mierda, Humphrey.

—Siempre serás mi chica, Maruchi.

—Claro, y tú mi único amor. Por cierto, ¿ya has perdido la virginidad?

—Esa experiencia la pasaremos juntos, cielo.

La risa ronca y sensual de Maruchi fue bajando por la escalera y yo me quedé solo, pensando por qué demonios me había tenido que sentar todo el rato en el borde de la mesa mientras ella ocupaba mi sillón.

ONCE

Al no pasar por Alaska me olvidé de comprar algo para la cena. Por suerte, mi rubia, con muy buen criterio, había decidido no fiarse de la palabra de un detective privado y se había ocupado de llenar la nevera y de cocinar un plato al cual yo hacía tiempo que no tenía el placer de dirigirme. Se llama comida decente.

Sobre la mesa había un jarro con flores naturales en el centro de un mantel de hilo blanco, y dos velas rojas ocupaban su lugar junto a los respectivos cubiertos. Lo que estaba consiguiendo aquella chica con mi apartamento era tan meritorio como creer que un gobernador del Banco de España, convicto por aprovecharse de información confidencial, solo había ingresado en su cuenta nueve mil euros.

Un tipo, perplejo, me devolvió la mirada desde el espejo del recibidor; tendría unos cuarenta años y una cara que podría ser confundida con la de miles de ciudadanos; era de estatura media, peso medio y compleción media. Resumiendo, un perfecto mediocre. Respiré tranquilo: me acababa de reconocer. Y Ángela, por muy misterioso que resultase, me estaba esperando a mí, se había esmerado durante toda la tarde con el exclusivo propósito de hacerme sentir a gusto a su lado.

Nos sentamos a la mesa mirándonos con una mezcla de timidez e ilusionada expectativa. Ocupábamos los lados opuestos de la mesa, tal como mandan los cánones. Antes de finalizar el primer plato ya habíamos derribado un vaso de vino por intentar cenar sin dejar de acariciarnos la mano, al levantarnos para darnos un beso. En la segunda ocasión, Ángela y la silla que ocupaba fueron al suelo con mi compañía. Nos quedamos en el

suelo, acariciándonos, durante diez minutos, y luego nos trasladamos a la habitación sin dejar de acariciarnos. Finalmente, al cabo de un buen rato, comimos una cena fría.

Dicen los escépticos que el amor atonta, que el enamorado se convierte en un ser incapaz de percibir la realidad por muy claramente que esta se manifieste.

Tal vez, pero yo no creo que sea así. Lo que en realidad atonta es la felicidad, y lo que ciega es el miedo a perderla.

Una vez terminamos de cenar, salimos a pasear por el Puerto Olímpico. Allí, el bullicio, las luces, la música y la excitación de la gente que buscaba pareja en la oscuridad matizada de luces indirectas y ritmos chillones, pronto nos aburrieron.

Bajamos a la playa vecina, solitaria a aquella hora. El viento frío trataba de intimidarnos con su carga de tristeza mientras paseábamos cogidos de la mano y jugábamos a crear, con nuestros pasos, senderos en la arena mojada de la orilla, que duraban hasta que el oleaje los alcanzaba y borraba sus contornos. Nos abrazábamos y besábamos hasta que una ola más atrevida que las anteriores nos mojaba los pies. Eso nos hacía reír y reanudábamos nuestro paseo hasta el próximo beso. Intentábamos contar las estrellas, determinar cuál era la más brillante, adivinar cuál de ellas guiaba nuestros pasos.

Nos refugiamos bajo el arco de uno de los pasos subterráneos para expresar el deseo que sin apenas darnos cuenta nos iba invadiendo. La presencia de un vagabundo envuelto en sus escasas pertenencias nos hizo huir riendo insensiblemente, ajenos a todo lo que no fuese nuestra felicidad.

Cogidos de la mano, corrimos hasta el coche, conduje hasta la amplia explanada vecina a la playa, donde aparcamos junto a un número respetable de vehículos que habían prescindido del paseo por la playa. Hicimos el amor acompañados del rumor del oleaje, telón de fondo para los amantes furtivos y la cohorte de mirones enfermizos que, con mayor o menor disimulo, rondaban por los bordes de la explanada, intentando entrever escenas que completaban con su insana imaginación.

Llegamos a mi apartamento bien avanzada la noche, ateridos de frío, ahítos de pasión, sintiéndonos protagonistas de una historia de amor única, creada para nosotros por un guionista benévolo que no deseaba ir más allá de nuestra felicidad y prescindía de cualquier otra realidad.

Nos dormimos apaciblemente como los dos niños crédulos que éramos.

DOCE

Me lo regaló cuando era niño una vecina bienintencionada. Ella pensó que así el pequeño Basilio podría, recogiendo un poquito hoy y un poquito mañana, llegar a comprarse la pistola espacial lanzamisiles de ventosa que sus padres no podían comprarle.

Tenía forma de cerdito, se apoyaba en el suelo con sus cuatro patas de regordetes jamones, y por el lomo ranurado se podían introducir monedas e incluso billetes. Pasado un tiempo más o menos largo, si el poseedor del cerdito de barro había tenido la suficiente constancia, podía convertirlo en una brillante pistola con forma de nave espacial que lanzaba por sus dobles toberas raudos misiles coloreados que se fijaban a la pared con el ruido suave de sus ventosas. Ni el propio Flash Gordon podría haberlo mejorado.

Yo aprendí demasiado pronto a introducir un cuchillo de punta roma por la abertura del lomo del complaciente bicho. Así pude comprarme una pequeña miriada de tonterías, aunque nunca la brillante nave de mis sueños. El día que el cerdito me dio la sorpresa de soltar suficiente dinero como para comprar la nave, a mí ya me interesaban las motos, y posiblemente nadie en el mundo comercializaba ya algo tan ramplón como aquella nave que no sabía hacer otra cosa que disparar misiles intergalácticos con punta de ventosa. Para acabar de completar el cuadro, Flash Gordon había caído en el inmisericorde olvido que acecha a todos los héroes que solo matan en el coloreado papel de un cómic.

Un buen día sustituí el cuchillo de punta roma por un martillo y prometí que nunca más tendría un cerdito de regordetes jamones de barro con el lomo ranurado.

He cumplido mi promesa. Ahora mi hucha secreta tiene forma de caja de caudales, es de lata y está diseñada de forma que resulte inviolable por un cuchillo de punta roma. Pretendo llegar a tener en ella suficiente dinero para algún día cambiar mi clásico por un automóvil decente. Desafortunadamente, conozco la combinación de la caja fuerte y los vicios adquiridos en mi infancia son difíciles de olvidar, por lo que sufre de los mismos males que en su tiempo sufrió el cerdito de barro con el lomo ranurado.

Antes de visitar al Antonio, el novio de Carmenchu *Tetas de Palo*, saqué de su cobijo mi caja de caudales y mantuve con ella una sentida conversación. El tipo iba a exigir una compensación económica y no podía salir de ningún otro sitio.

Abrí la puerta de la caja con la emoción de averiguar qué cantidad de coche había conseguido reunir.

El Antonio se tendría que conformar con las cuatro ruedas, y si no era demasiado exigente con la calidad, hasta podría añadir la de recambio. En los últimos tiempos había sido capaz de ahorrar quinientos noventa euros. Guardé cien de ellos en el bolsillo trasero del pantalón, cuatrocientos en el billetero y dejé los noventa restantes en la hucha como una especie de homenaje a mi difunto cerdito de barro. A estas alturas aún me duele el martillazo con que acabé la historia del cerdito.

El Antonio vivía en la zona más residencial del Barrio Chino barcelonés, un barrio en el que cuando lucía este nombre no veías a un solo chino y que ahora que se llama El Raval tiene problemas para dar albergue a tantos chinos. Son las cosas curiosas de la ordenación urbanística y la aldea global, un invento que debe de empezar en China y acabar en El Raval. Su casa estaba en una de esas calles estrechas que huelen a meados de toda clase de organismos, incluidos los seres humanos, que somos los que más profusamente meamos. La anchura de la calle permitía que las comadres se tirasen de los pelos de un balcón a otro situado en la acera opuesta. El suelo era un meritorio y artístico empedrado medieval, o al menos lo parecía por la cantidad de mugre acumulada en su superficie.

Según cuentan los archivos históricos de la ciudad, el sol un buen día decidió no aparecer más por allí y le cedió su reinado a la humedad, por lo que en caso de tener que correr por allí lo recomendable es calzar zapatillas con suela de goma, aunque la otra alternativa es no correr en absoluto. En este último caso, es recomendable ir armado.

Yo no iba armado y ni siquiera calzaba zapatillas con suela de goma. Como diría Mediahostia, el filósofo, «usufructo una más que importante cantidad de optimismo que en ocasiones me hace rozar la inconsciencia». Dicho de otra manera: soy un perfecto capullo y además no aprendo.

La mansión del Antonio estaba situada en una escalera tan estrecha y maloliente como la misma calle que la albergaba. En el tercer piso, primera puerta.

Comencé la ascensión por los resbaladizos escalones gastados por el tiempo sin atreverme a apoyar la mano en el pasamano de la escalera por miedo a contagiarme con algún virus exótico de improbable curación.

Antes de alcanzar el primer rellano, oí como se abría una puerta y me llegó claramente el diálogo de una pareja de florida oratoria que defendía sus respectivos puntos de vista.

—Te voy a dejar ciega a hostias, mala puta —argumentaba la parte masculina del foro.

—Chulo, animal, esos cuartos los he ganado yo a golpe de coño y yo me los voy a gastar como me dé la puta gana. ¿Te enteras, mamón? —replicaba la parte femenina de la comitiva, que por el ruido, iba bajando más o menos ordenadamente por la escalera.

—¡Ay! —La voz del hombre subió el tono una octava al quejarse, luego recobró la medida—. No voy ni a ponerte las manos encima, pendón.

Escuché un ruido sordo y ella apareció trastabillando, medio agarrada al pasamano, medio rodando por la escalera. Mi primera intención fue recogerla al segundo o tercer rebote, pero luego pensé que es mejor no interferir en las peleas de enamorados, especialmente cuando el enamorado tiene la cara de mala persona que lucía el fulano que bajaba detrás de la tipa. Por el aspecto de su cara parecía haberse peleado con un gato montés,

sangraba por los tres arañazos paralelos que destacaban en su mejilla derecha y sonreía con una mueca nada tranquilizadora.

Ella consiguió enderezarse e intentó correr, pero una nueva patada la alcanzó entre el culo y la espalda y continuó bajando a trompicones.

Llegaron a la calle y sus voces se fueron perdiendo. Lo último que oí fue:

—Tengo amigos. ¿Qué te crees? Para cuando acaben contigo, vas a caber todo tú en una caja de zapatos, hijo de puta.

—Tú nada más tienes amigos cuando te abres de patas, zorra. Ven aquí, mujer, que te voy a contar los dientes a patadas.

—Mamón, chulo, impotente. Cuando te pille dormido te voy a sacar los ojos con unas tijeras, hijo puta. —La voz de la mujer se iba perdiendo mientras corría por el resbaladizo empedrado.

En la escalera nadie se había molestado en intervenir, ni siquiera se habían abierto las puertas. Pensé que tal vez el Antonio no estaba en casa y había hecho el viaje en balde.

En el segundo piso un rústico cartel escrito a mano colgaba de un cordel en el pomo de la puerta. Su mensaje no dejaba lugar a dudas respecto a las intenciones del dueño del piso: «PENSION. SE HALQUILAN ABITAZIONES», aunque abría un amplio paréntesis respecto a la categoría del establecimiento.

Un niño extremadamente delgado de unos once años, grandes ojos negros y nariz moqueante me miraba con expresión hambrienta. Una mirada que hizo que anotase mentalmente no aceptar bajo ningún concepto una invitación a comer en aquella pensión. Al pasar le guiñé un ojo y le sonreí voluntariosamente. Me respondió levantando todo lo tieso que pudo el dedo medio de su mano derecha mientras cerraba el resto de dedos en forma de puño. Luego, aprovechando que le quedaba una mano libre, se agarró con ella el proyecto de testículos y se los apretó sin dejar de mirarme fijamente. Mi perplejidad y yo nos quedamos solos en la escalera cuando el niño, sin darse la menor prisa, giró en redondo y nos cerró la puerta en las narices.

Mi estado de ánimo cuando llegué al tercero primera no estaba para ser presentado a ningún concurso. El sonido de campanas del timbre de la puerta casi me devolvió a la normalidad. Era lo más civilizado con que me había topado hasta el momento en el edificio.

Me abrió la puerta una bata acolchada de color verde adornada con unas palmeras rojizas que tenían todo el aspecto de no haber sido regadas en los últimos catorce años. Por el interior de la bata circulaba una mujer tres tallas más delgada que me miró con desconfianza. Unos rulos decimonónicos esparcidos por su cráneo pretendían instaurar algo de orden en una cabellera mugrienta que tendía a colgar en lacios mechones pringosos. Le calculé una edad comprendida entre los treinta y los sesenta y siete años.

—Buenas tardes, señora —saludé, dudando del efecto que el tratamiento iba a causar en ella.

Se tomó su buen rato en repasarne de arriba abajo, como si no hubiese visto a un hombre vestido a aquellas horas de la mañana en los últimos meses. Finalmente, en un arranque de locuacidad, me dijo:

—¿Qué?

—Verá, busco a Antonio.

—El Antonio, ¿eh? No está.

—¿Sabe si tardará mucho en venir?

Paseó la mirada por el techo de la escalera y luego me estudió con curiosidad científica la bragueta. Se rascó con fruición entre dos rulos, se arrebujo dentro de la bata, con lo cual casi desapareció, y finalmente tomó la decisión de que, aunque sin entusiasmarse, valía la pena contestarme.

—Igual hoy no viene.

—Si viene dígame, por favor, que Humphrey ha venido a verle, que me llame. —Le tendí una tarjeta y me dispuse a emprender la aventura que podía representar el descenso de la escalera. Aún no había alcanzado el segundo escalón de bajada cuando una voz masculina se dejó oír a mi espalda.

—¡Eh, Humphrey! Venga, sube.

El fulano que se apoyaba en la jamba de la puerta vestía unos pantalones de pana, modelo lumpenproletariat, y una camiseta afelpada, que, si se le concedía el beneficio de una desbocada imaginación, podía considerarse blanca. La barba de varios días, de moda en aquel tiempo, estaba salpicada por clapas en las que no crecía el pelo. En conjunto tenía un aspecto de facineroso guardando turno en la puerta de los retretes de la comisaría del barrio. Se apartó para dejarme entrar y pude constatar que su olor estaba en perfecta consonancia con su aspecto.

Realmente, la de Carmenchu *Tetas de Palo* era una vida dura.

Con el pulgar me señaló a la parienta, que se había sentado junto a la mesa camilla que presidía el salón.

—Esta, que es una *desconfiá*.

La desconfiada murmuró unas cuantas imprecaciones por lo bajo y cruzó las piernas lo suficiente como para mostrar que iban enfundadas en unas medias negras salpicadas de artísticos agujeros.

El piso era funcional, si se acepta como concepto de funcionalidad que no circularsen manadas de hienas persiguiendo a una gacela moribunda por el estrecho salón. Toda la casa parecía estar decorada con un papel mural repleto de medallones de terciopelo de color malva en relieve, alguno de los cuales había desaparecido por efecto de las indescifrables sustancias que se le habían ido adhiriendo a lo largo del tiempo. A mi derecha se abría la puerta a una diminuta cocina, en la que, con detenimiento, se podían seguir los rastros de los menús de los últimos años a través de los chorretones repartidos con toda equidad por su superficie. A la izquierda, dos puertas contiguas debían de permitir el acceso a la habitación y al aseo respectivamente.

—Siéntate, Humphrey. —El Antonio me señalaba un herrumbroso sofá en el que se marcaban los muelles. Me senté intentando evitar que alguno de ellos acabase con mi virginidad.

—Cuando subía me he encontrado con un buen festival en la escalera. ¿No habéis oído nada?

—Sí, claro. La Vanesa y el Pascual, pero eso lo vemos una vez a la semana, más o menos. Dentro de un par de horas estarán follando aquí

enfrente, en su casa. Entonces sí que hacen ruido de verdad. En el fondo, esos dos se quieren con locura.

—Yo no sé qué harán esos guarros para chillar como chillan — puntualizó la desconfiada.

—Pues ya se lo podías preguntar tú a la Vanesa, a ver si te enseña alguna cosa para hacerme y no las soserías de siempre.

—Y menos que te voy a hacer de ahora en adelante —murmuró ofendida la desconfiada, refugiándose en el interior de la bata verde.

—¡Bah! Venga, Humphrey, nosotros a lo nuestro.

—A lo nuestro, Antonio. El plan que me contó Maruchi me parece bien, solo dime cuándo crees que es el mejor momento.

—Supongo que ya sabes que eso no es gratis, Humphrey. Yo me la juego por ti y eso vale algo, ¿eh? Yo había pensado en mil euros más o menos. —Me observaba atentamente mientras lo decía.

—Mira, colega, me pillas en un momento de debilidad financiera. Si tuviera esa cantidad de pasta, a estas horas estaría volando a Río de Janeiro y no jugándome la jeta por estos andurriales.

—Pues si no hay pasta no hay plan, colega.

Recalcó la palabra colega con acento burlón.

Decidí seguir el método de provocación visual directa. Metí sin prisas la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué el billetero. Con premeditación permití que el Antonio viese que sacaba todos los billetes y que por tanto el billetero quedaba vacío. A continuación, con la pasta en una mano, giré el billetero hacia el suelo, en señal evidente de que no había nada que se pudiese caer.

—Por un euro más me cuelgan, Antonio. Tú decides. Son cuatrocientos euros que tampoco se pueden despreciar así como así, tal como están los tiempos. —La mirada de la desconfiada se había quedado prendida en los billetes y se relamió brevemente los labios.

—Quinientos euros, Humphrey; es lo mínimo.

—Si los tuviese, te los daría.

El Antonio dudó unos instantes, luego alargó la zarpa y cogió el fajo de billetes recién salidos de mi caja de seguridad.

—Vale, tío. Porque vienes recomendado, que si no, una mierda me vendo yo por esta miseria.

—Oye, nene, cuánta pasta. Pásame algo, que tengo muchos gastos con la casa este mes. —La desconfiada intentaba una sonrisa zalamera que consiguió hacerla resultar tan atractiva como una aspiradora industrial.

—Calla, joder. Estos cuartos son para una inversión. —El Antonio casi había adoptado una postura digna.

—Pero ¿qué inversión tienes que hacer tú?

—¿Desde cuándo entiendes tú de negocios para discutir las inversiones conmigo? Te digo que son para una buena inversión y basta, joder. A ver si hoy vamos a tener lío en esta casa.

—Ya me imagino yo adónde van a ir a parar esos cuartos, desgraciado, vicioso, que eres un vicioso.

El Antonio dio un paso hacia la desconfiada, con la mano levantada en un gesto que ofrecía pocas dudas.

Ella agarró un cenicero de cristal con el doble fondo cubierto de sellos de correos de escaso valor y lo levantó con gesto amenazador, esparciendo al mismo tiempo todas las colillas por el suelo. La ceniza menos pesada flotó hasta posarse suavemente sobre su cuerpo, lo que contribuyó a matizar de suave nevada las palmeras de la bata acolchada.

—Ven si te atreves, hijo de puta, que no te van a quedar ganas de hacer esos negocios que te gustan tanto. En casa podrías hacer tú los negocios, vicioso, que ya sé yo lo que me hablo.

—Los negocios los hago yo donde me pasa por los cojones, ¿te enteras, fardo? Que cada día estás más fardo.

Como ya había visto el mismo espectáculo en la escalera y no me apetecían repeticiones, decidí intervenir.

—¡Ey, ey, ey! Acabamos el negocio y yo me largo; luego vosotros continuáis con lo vuestro.

—¿No te da vergüenza dar ese espectáculo con un invitado delante? — La dignidad del Antonio crecía por momentos.

—Vete a la mierda, inútil. —La desconfiada se encerró en un hosco silencio. Y volvió a remeterse en las profundidades de su bata acolchada.

—Mañana a las cinco de la madrugada donde ya sabes, ¿ok? —dijo el Antonio.

—De acuerdo, allí nos vemos, pero si no te importa, cuéntame algo de lo que ves por allí.

—Yo no veo nada, Humphrey, solo recojo los cubos de la basura.

—Supongo que algún vistazo les darás a los cubos, por si hay alguna cosa que valga la pena.

—Psssch. Siempre es bueno echar una mirada, pero lo normal es no encontrar más que porquería.

—¿Nunca has encontrado nada que te llamase la atención?

—Nada.

—¿Qué es lo que hay habitualmente en esos cubos?

—Joder, tío, tú estás enfermo. Ahora va a resultar que te gusta revolver en la mierda de los demás.

—Solo cuando es necesario, hermano. Y si a ti no te importa, en este momento me parece necesario.

El Antonio bufó por una comisura de la boca, mientras la desconfiada se lo pasaba en grande olfateando una buena disputa. Se había repantigado y se entretenía rascándose concienzudamente el sobaco izquierdo. Más allá de las medias negras se divisaban unas bragas del color del río Llobregat una vez superados los desagües de cierta industria papelera de buen tamaño.

—Restos de comida, compresas, envases vacíos de Coca-Cola, condones usados, revistas del corazón, cómics, ropa vieja, algunos envases de botellas de cava o de licor vacíos, cantidades industriales de *kleenex*, el polvo mezclado con residuos que queda en los sacos de las aspiradoras. Cosas así. ¿Qué coño esperas sacar de toda esa mierda?

—No lo sé. ¿No recuerdas algo que encuentres habitualmente y que te llame la atención?

—No.

Aunque el hombre estaba tan comunicativo como una viga de hormigón armado, decidí hacer un último intento.

—¿Qué clase de comida es la que encuentras en los cubos?

—Siempre la misma: pizzas, mucha pasta, yogures, pollo, patatas fritas de esas de churrería. Si quieres, te preparo una bolsa con algún muslo de pollo rebozado con yogur, polvo de colores y trozos de compresa. Te lo puedo envolver en una hoja de cómic para que te entretengas mientras comes.

La desconfiada empezaba a sentirse orgullosa de la elocuencia de su hombre. Incluso había dejado de rascarse el sobaco y ahora miraba extasiada la enésima victoria de la cerrilidad sobre un intento de proceso mental lógico.

Yo creía tener ya una idea del lamentable cuadro al que me iba a enfrentar al día siguiente. De hecho, sin necesidad de la descripción que el bruto del Antonio me había dado de los desechos que recogía en El Universo de Noche, debería haber supuesto algo así. Una idea embrionaria que se me había ocurrido hacía pocas horas coincidía con lo que el Antonio me estaba contando, aunque en realidad siempre tendemos a creer que esas cosas no suceden; al menos, no a nuestro alrededor, solo en la pantalla de un televisor.

El Antonio decidió dar por concluida la conversación después de observar de reojo la fascinada admiración de la desconfiada.

—Bien. Y ahora lárgate que esta y yo tenemos que discutir un par de cosillas.

—De acuerdo. Nos vemos mañana a las cinco.

El Antonio soltó un gruñido de asentimiento. Imaginé que después de estar sometido durante tanto rato a los misterios del lenguaje hablado, aquel sonido primario era todo lo que su intelecto le permitía.

Dirigí una última mirada a aquella mujer, que con más voluntad que acierto intentaba recomponer su escaso bagaje de seducción. Se preparaba para la negociación que se avecinaba para lograr una parte del botín que el Antonio pretendía administrar en solitario.

Cuando se cerró la puerta y mientras bajaba las escaleras, acerté a oír:

—Toma cien y calla la boca.

—Doscientos como mínimo, cariño.

—Si es que soy demasiado bueno —iba diciendo el Antonio.

En la puerta de la pensión, el crío subalimentado parecía estar esperándome. Me miró, retándome sin decir palabra.

Di un paso rápido hacia él haciendo un gesto de estamparle el puño en las narices. Entró con rapidez en la pensión y cerró la puerta.

Yo apresuré el paso. No tenía el convencimiento de que no fuese a aparecer con un subfusil de repetición, o con el cuchillo multiusos de Rambo entre los dientes de leche.

Una vez en la calle, dudé entre felicitarme por el éxito obtenido o echarme a temblar por el lío en el que al día siguiente a las cinco de la mañana iba a verme metido por no hacer caso de mi madre, cuya máxima ilusión era tener un contable en la familia. Según decía, el futuro era de los contables, y ponía como ejemplo a un primo lejano de Salamanca que había hecho una pequeña fortuna con esa profesión.

De los detectives privados jamás emitió su opinión.

Llamé al Sargento García.

—Sargento, tu voz desprende sensualidad a través del teléfono; cuando te retires deberías probar en el teléfono erótico.

—Humphrey, ¿verdad? Vuelve a llamar y prueba a ser más educado.

Y colgó.

Llamé de nuevo. La señal sonó cinco veces antes de que el Sargento se dignase a cogerlo.

—Sí, diga.

—Sargento, es que no estoy acostumbrado a que seamos amigos.

—No lo somos, no te acostumbres, no lo podría soportar.

—¿Sigue en pie su ofrecimiento?

—Desde luego. ¿Qué tienes?

—He encontrado la manera de saltarme todos los dispositivos de seguridad que tienen en aquel antro. Me franquearán el paso por la parte trasera, por el callejón; será mañana de madrugada. Si tengo suerte, podré echarle un vistazo a las tripas de El Universo de Noche, en vivo y en directo.

—Suenan bien.

—¿Cuento con tu compañía?

—Yo nunca ofrezco nada que no esté dispuesto a hacer. Además, no me lo perdería por nada del mundo.

—Pues la fiesta es mañana a las cinco de la madrugada.

—Buena hora. Te pasaré a recoger por la puerta de tu casa a las cuatro y media y acabamos de revisar el plan.

—Más que revisar el plan podríamos rezar, tráete un rosario.

—De acuerdo, el mío es un calibre cuarenta y cinco, y para ti podría conseguir un treinta y ocho.

—No creo que sepa manejarlo.

—Lo traeré de cualquier modo. Nos vemos mañana.

Y colgó.

Práctico y conciso, el Sargento García. Uno de esos tipos que están convencidos de que las estrellas son un defecto del cielo. Teniendo en cuenta el tipo de actividad que nos esperaba, le prefería a él que al último premio Nobel de literatura.

TRECE

Durante el día me había rodeado la sordidez, la violencia, la picaresca y la más descarnada delincuencia. Al llegar la noche fueron los brazos de Ángela los que me transportaron a un mundo de bolero. El desespero incita a escuchar *blues*; el amor, boleros.

¿A qué música debe de conducir el amor desesperado? Se me ocurre que el lamento de la trompeta de Chet Baker podría ser una buena alternativa.

Sea como fuere, yo estaba aquellos días pasando por la etapa de los boleros más arrastrados y no entraba en mis planes inmediatos escuchar otro tipo de música. Con una sola excepción.

Fuimos unos amantes precoces, solo necesitamos unas pocas horas para amarnos sin apenas conocernos. Hasta sin tiempo para tenerla, tuvimos «nuestra canción». *Hello Stranger*, la canción que Emmylou Harris cantaba la primera vez que vi a Ángela y me hizo sentir que sin ella mi vida no valía gran cosa. También fue la primera vez que, aunque de forma leve, su piel acarició la mía. La canción parecía compuesta única y exclusivamente para nosotros, hablaba de nosotros dos y se lo agradecíamos escuchándola incesantemente. Los enamorados tenemos una insólita facilidad para vernos reflejados en canciones compuestas por otros y que hablan de cualquiera excepto de nosotros mismos.

Si todos nos enamoramos igual, ¿cuál será la razón de que todos consideremos único nuestro amor?

A través de los relatos que de mi vida le hacía a Ángela, descubrí que existía un Humphrey que yo desconocía o al que raramente había prestado

atención.

Gracias a las expresiones que el rostro de Ángela iba componiendo — ora diversión, ora pena, tal vez incomprensión, incluso franco rechazo en unas pocas ocasiones—, yo fui descubriendo los caminos por los que me había conducido la vida y el punto exacto al que había llegado hasta aquel momento. Creía ver los caminos que me quedaban por recorrer, y en todas las encrucijadas estaba Ángela esperándome con una sonrisa, dispuesta a escucharme.

Yo hablaba más que Ángela, y ella entendía más que yo.

Ella me escuchaba más, yo la construía tal como la deseaba.

Ella se sorprendía de que yo tuviese la casa tan desordenada y se burlaba cariñosamente de mí. A mí me causaba sorpresa que ahora la casa tuviese una luminosidad desconocida. Llegué a la conclusión evidente de que el sol salía más pronto que antes, se situaba más alto en el cielo de forma que la estrechez de la calle no pudiese impedirle llegar hasta nosotros, y no se ponía hasta que al anochecer nos fundíamos el uno en el otro. Era difícil no creer en una explicación tan sencilla. Yo al menos no era capaz de encontrarle fallo.

En ningún momento hicimos planes para algún futuro próximo o remoto. No tenía sentido apartar nuestra atención de un presente como el que gozábamos, de aquel estado de exaltación del alma a que nos conducían nuestros cuerpos.

Yo nunca había estado enamorado de una manera tan absoluta, y cada instante me sorprendía con un destello nuevo de magia. Me maravillaban dones escondidos entre las sonrisas de Ángela, las gotas de sudor que surgían entre los pliegues de su piel cuando nos amábamos, las sombras que creaba su cuerpo evolucionando próximo al mío, movimientos ajenos a mis hábitos y sensaciones.

Estaba tan atento a esas sensaciones recién descubiertas que no creía necesario preguntarle a Ángela acerca de las suyas. Tampoco parecía precisarlo, ya que su risa, sus suspiros y sus largas miradas azules mientras acariciaba mis manos me contaban todo lo que yo necesitaba saber acerca de su felicidad.

Y así de feliz estaba yo cuando, después de cenar y de hacer el amor, le conté a Ángela que tenía que salir con el Sargento García para efectuar una comprobación rutinaria. Olvidé contarle que la máxima dificultad con que podía topar eran un par de balas del cuarenta y cuatro, cogidas de la mano como dos enamorados, paseándose por mi estómago.

Pero ¿qué son un par de balazos, cuando acababa de tener a Ángela entre mis brazos?

CATORCE

A las cuatro y media en punto de la madrugada, el Sargento García me esperaba fumando en el interior de su coche.

Yo no había visto nunca al Sargento enfundado en un jersey negro de cuello alto, cazadora deportiva de pana gruesa y unos *bluejeans* que realzaban la belleza de sus patas torcidas.

Me senté junto al Sargento y le saludé como si fuésemos a una cena de exalumnos. Alguien debía despertarme de mis bellos sueños y el Sargento se mostró como un consumado especialista en esos menesteres.

—*Cagondíos*, Humphrey. Vienes sonriendo como un imbécil y hueles a coño de veinteañera. Al menos te podías haber duchado, hostia. Claro que bien pensado es un buen camuflaje; al menos por el olor te podrás confundir fácilmente con el resto del personal de El Universo de Noche. ¿Pero adónde te crees que vamos, capullo? Mira que es jodido trabajar con aficionados, y yo voy y me lío con el más capullo de todos los impresentables de esta ciudad llena de impresentables.

—Vale, de acuerdo, tienes razón. Pero no creo que sea para tanto. —Me reventaba tener que darle la razón a aquel fulano, pero no me quedaba más remedio que aceptar que mi comportamiento hubiese provocado sonrisas de conmiseración en una clase de aprendices a detective casposo.

El Sargento, mientras arrancaba el coche, murmuró algo que tenía que ver con «mezclarse con los jodidos principiantes y salir con la mierda hasta el cuello».

Dejé que la atención en la conducción le fuese calmando y permanecí callado hasta que llegamos a las inmediaciones del callejón donde estaba

ubicada la puerta trasera de El Universo de Noche.

El entorno de El Universo de Noche hubiese podido estar en el Bronx neoyorquino. Los vagabundos que se resguardaban del frío en los portales, envueltos en sus escasas pertenencias, solo se diferenciaban de sus colegas de ultramar por la compañía: un *tetrabrik* de vino barato en lugar de un envoltorio de papel marrón con una botella de *whisky* barato en su interior. Los cubos de basura, alineados como pestilentes centinelas a lo largo de las paredes del callejón, contenían los mismos desechos aquí que allí.

La gente que dormía en sus casas esperando la llegada de una nueva jornada laboral lo hacía con la misma desesperanzada inquietud y resignación aquí que allí. Y los que vivían la noche sin pensar en lo que podía pasar al día siguiente, lo hacían por las mismas razones que sus homónimos americanos: o bien no tenían ningún problema que les pudiese complicar la vida, o bien los problemas eran tantos y de tal magnitud, que lo más conveniente era gozar de la vida mientras fuera posible.

Una vez mezclados en el interior de los locales, bañados por la luz brumosa de humo que se pegaba a ellos como una segunda piel, era difícil diferenciarlos, todos esperaban encontrar alivio, olvido o la puerta de entrada a algún insólito paraíso.

Ventajas de la aldea global. ¡Qué coño!

El Sargento García aparcó su coche en la esquina del callejón, paró el motor, miró su reloj y murmuró:

—Las cinco menos seis minutos, Humphrey. Tú dirás.

Le conté al Sargento la forma en que estaba previsto que entrase en El Universo de Noche. Asintió con la cabeza. Cuando le conté que él se quedaría fuera cubriéndome las espaldas, dijo:

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque tropezarás con tus pies, te agarrarás a una cortina y la romperás. Al intentar no darte de narices contra el suelo buscarás apoyo en la armadura de un antepasado del Cid y os caeréis los dos al suelo. Tratarás de huir pasando por la cocina, romperás un par o tres de vajillas, te encerrarás en el primer cuarto oscuro que encuentres para que no te pillen,

resultará que es el cuarto frigorífico y al día siguiente, cuando te saquen de allí, estarás más tieso que la mojama.

—¡Jooder! Tú me tomas por el Inspector Cloiseau.

—No, él al menos resulta gracioso.

—Hostia, Sargento. Lees novelas policíacas malas, pero lees al fin y al cabo. Voy de asombro en asombro.

—Humphrey, esto es un trabajo de profesionales. Y tú, con todos los respetos, no eres más que un remedo de tipo duro. Y de los malos. Si hay alguna esperanza de que algún día llegues a ser un buen profesional, pasa porque hoy no entres solo ahí dentro.

—¿Y eso por qué, Sargento?

—Porque para aprender hay que estar vivo.

—García, en cuanto el Antonio te viese con esa pinta de madero insensible al concepto «fuera de servicio» que tienes, saldría corriendo y no pararía hasta haber ganado el París-Dakar con el camión de la basura. El trato que hice con él es que entro yo. Ni siquiera espera ver a nadie acompañándome.

El Sargento gruñó algunas imaginativas imprecaciones durante unos cuantos segundos. A continuación abrió la guantera, sacó un revólver y me lo tendió con la misma expresión que tendría enseñándole una revista pornográfica a una monja novicia.

—Cógelo, Humphrey. Está limpio, engrasado y listo para disparar. Procura no quemarte tú mismo los huevos.

—Eso es precisamente lo que sucedería si lo llevase. Siempre me he manejado sin esa clase de herramientas, y voy a continuar así.

—Vale, Humphrey, muy bien. Tú mandas, aunque si lo llego a saber me hubiese traído el rosario de la abuela.

—Lo manejo con la misma pericia que el revólver. Mientras me esperas, pasa tú mismo los misterios dándole vueltas al tambor.

Salí del coche de García, no sin antes comprobar la ausencia de cualquier tipo de impedimentos por los alrededores.

—Humphrey.

—¿Sí?

—Suerte. —La voz del Sargento resultó casi cariñosa.

En cuanto entré en el callejón vi al Antonio. Trataba de apaciguarse golpeando nerviosamente las manos contra las perneras del pantalón. Se dirigió hacia mí con un trotecillo corto, soltaba bocanadas de vapor convertidas por el frío en lechosos remolinos que al alejarse perdían identidad iluminadas por el único fanal en uso del callejón. Alguien con aspiraciones a francotirador había reducido a escombros el farol gemelo de la acera contraria con una escopeta de perdigones.

—*Cagon* la puta, Humphrey. Ya me piraba.

—Solo pasan dos minutos, Antonio.

—Dos leches. Ven.

Con un movimiento rápido, el Antonio abrió una puerta baja y estrecha y me hizo señas para que me apresurara.

—Ni te conozco, ni me conoces, Humphrey. Adiós.

Escuché la puerta cerrarse detrás de mí y contemplé la antesala de la parte posterior de El Universo de Noche. Tres contenedores cónicos, ahora vacíos, se apoyaban contra la pared de un patio interior de dos por dos metros aproximadamente. Encendí la linterna y di un rápido repaso a mi alrededor para comprobar que la única entrada posible era efectivamente el balcón que Maruchi había mencionado. La luz de la linterna ahuyentó a una rata de buen tamaño que merodeaba alrededor de los contenedores vacíos en busca de algún festín compuesto de una exótica selección de excrementos variados. El bicho me miró con rencor y de un salto desapareció en el interior de un agujero para mí invisible.

El viejo balcón estaba situado a una altura perfectamente accesible. Subí a uno de los contenedores y sin dificultad pude agarrarme a la baranda metálica. La mierda de todas las palomas y gorriones del Paralelo no tuvo ninguna dificultad para pasar de la baranda a mi mano. Lamentando no tener a mano el manual de Jóvenes Castores, convertí mi único pañuelo de algodón egipcio en una guarrería indescriptible de mierda de ave autóctona.

Una observación cuidadosa me convenció de que el balcón no tenía más protección que los cristales de sus ventanas. Con un codazo rompí el cristal más cercano a la manija interior, pasé la mano por el hueco y abrí sin excesiva dificultad el portón. Alguien debía de abrir de cuando en cuando el balcón, ya que en el silencio de la noche no retumbó ningún chirrido exagerado.

Una vez traspasado el umbral, lo primero que hice fue comprobar que no estuviese por allí la armadura del antepasado del Cid Campeador. Me hubiese molestado sobremanera tener que darle la razón a García.

Estaba indudablemente en los dominios de la encargada de la limpieza, una habitación escasamente amueblada con un par de estanterías metálicas. En ellas se alineaban todos los elementos necesarios para el mantenimiento y limpieza de un local. Al fondo, una puerta me franqueó el paso a un pasillo anormalmente largo que finalizaba en una nueva puerta cerrada.

A uno y otro lado del pasillo tenuemente iluminado por los pilotos de noche, se ubicaban puertas acolchadas, tres por lado, con tiradores dorados que imitaban alguna caduca moda de principio de siglo. La falta de luz me impedía comprobar los detalles, pero tenía la impresión de estar en un ambiente recargado y lujoso. Me quedé estúpidamente parado en mitad del pasillo, decidiendo si debía abrir primero la puerta de la derecha o la de la izquierda. En realidad, lo que yo quería era largarme a mi casa y dormir abrazado a Ángela.

Me decidí por la primera puerta de la izquierda. No estaba cerrada con llave ni tenía pestillo de seguridad. Abrí tratando de no hacer ruido y entré: era una habitación elegante, de decoración decadente, la luz tenue de una lámpara sobre una mesa en el rincón más alejado de la estancia me permitió distinguir la forma pequeña que dormía en una cama de tamaño desproporcionado.

Ninguna sorpresa hasta el momento. Deseos de dormirme abrazado a Ángela aumentando.

Me acerqué hasta la cama. Su ocupante era una niña de alrededor de diez años. Su cabello, de un color rubio pajizo que debía de hacer juego con los ojos de un color azul tan frío como el país del que provenía, formaba

una diadema asimétrica sobre la almohada. Dormía intranquila y murmuró entre sueños algo en un idioma que tomé por eslavo y que tal vez lo fuese. Salí de la habitación sin que la niña se despertara y me dirigí a la puerta de enfrente, que como la anterior no ofreció ninguna resistencia cuando la abrí.

Aquella habitación estaba a oscuras. Encendí la linterna con el haz de luz enfocado al suelo y lo fui levantando lentamente, encendiendo y apagando, cubriendo con haces de corta duración las distintas partes de la estancia. En una cama redonda dormía profundamente un chiquillo de aspecto árabe del que no pude determinar la edad. Abrazado al niño dormía pesadamente un adulto. Por fortuna, su cara estaba orientada en sentido opuesto al rayo de luz que emitía mi linterna, por lo que tuve tiempo de apagarla sin que se despertara. Antes de hacerse de nuevo la oscuridad pude atisbar, colgada de una silla, una costosa chaqueta de piel. Dadas las circunstancias no nos saludamos, aunque ya nos conocíamos.

Cuando salí al pasillo decidí no abrir el resto de puertas, no hacía falta demasiada imaginación para imaginar su contenido. Y era peligroso. Hay gente que madruga mucho.

La puerta del fondo del pasillo me llamó la atención. Mientras la abría sin dificultad y la franqueaba, decidí con firmeza que aquello ya no era asunto mío. Con la misma firmeza anterior pensé que debía dar la vuelta y regresar, contarle al Sargento García lo que había visto y luego largarme a casa. Mientras lo pensaba iba avanzando por un pasillo tan oscuro como los sobacos de Nelson Mandela.

Era solo cuestión de escuchar por allí. No pensaba encender ninguna luz.

No fue necesario. La luz se encendió sola y me encontré cara a cara con un tipo que me miraba con una mezcla de asombro e indecisión.

Era un tipo bajito y rechoncho, casi calvo. Tenía un bigotillo ratonil y la expresión de estar dispuesto a negociar cualquier cosa que yo le propusiese con tal de no tener que enfrentarse a una situación desagradable. Vestía un elegante traje de chaqueta cruzada, camisa blanca y una pajarita de cuadros escoceses de tonos verdes y rojos. Si aquello era el pijama, verle salir a la calle debía de ser todo un espectáculo.

Me sonrió educada, casi servilmente, tal como haría un contable ante un inspector de Hacienda.

Hizo un gesto, alzando la mano izquierda, que parecía querer decir: ¿y ahora qué hacemos?

Luego levantó la mano derecha, que había mantenido pegada al cuerpo. En ella sostenía firmemente un Colt Magnum modelo Anaconda que casi abultaba más que él.

—Haces mucho ruido, hombre de Dios. —Su voz sonaba afable, educada, casi suplicante, dadas las circunstancias.

—Lo siento, no quería despertarte.

Sé que suena estúpido, pero fue lo único que se me ocurrió decir en aquel momento.

—Bueno, no te preocupes. Acostumbro a dormir muy poco, pero ya estoy acostumbrado. ¿Cómo te llamas?

—Todos me llaman Humphrey.

—¡Ah! ¿Y por qué te llaman así?

Sé que debería haber dicho que se debía a que tenía un tío en Estados Unidos que se dedicaba a la exportación de pósters de ases de la NBA. Pero lo que dije fue:

—Soy detective privado.

—Detective privado, ¿eh? Pues casi somos colegas. Tú jodes a la gente por encargo, y yo la mato, también por encargo.

Si les digo que empezó a resultarme francamente antipático...

—Hoy no ha sido tu noche de suerte, Humphrey.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si tú quieres hacer una cosa que yo no quiero que hagas, tenemos un problema.

—Sí, tenemos un problema.

—Bueno, eso no es del todo exacto; tú tienes un problema, yo tengo una pistola.

—Sí, creo que tienes razón, tengo un problema.

—Podías haberlo dicho antes y me evitabas filosofar; a estas horas es muy pesado.

—Lo lamento.

—Bueno, no te preocupes, levanta las manos.

—Claro, amigo, entre gente de buena voluntad...

—Eso es, bien arriba, y date la vuelta.

—Podemos negociar, te haré descuento cuando necesites de mis servicios.

—Eres muy gracioso, Humphrey. Ahora tú y yo iremos a dar un paseo, aquí no podríamos charlar de nuestras cosas sin despertar a los niños.

—Hace frío, tío. Yo preferiría irme a casa.

—No me llames tío, Humphrey. Para ti soy Dios. Yo te juzgo y te ejecuto si hace falta, soy el dueño de tu destino.

Al decirlo, su cuello dibujó un movimiento espástico, sus ojos brillaron airados y una traza de baba asomó en las comisuras de su boca. El fulano era sin duda un demente. Y lamentablemente tenía razón, estaba en sus manos, en las manos de un dios demente. Se acercó a mí en dos zancadas, me dio expertamente la vuelta y, apoyándome en la pared, me separó los pies y me cacheó a conciencia, mientras, en todo momento, me hacía sentir la presión de su revólver en los riñones. Introdujo la mano en mi bolsillo y se quedó mirando atentamente el cilindro de plomo que uso para amortiguar el ridículo cuando en alguna ocasión no puedo evitar pelearme.

—No sé para qué guardas esto, pero de cualquier forma me lo quedaré, no creo que lo necesites.

Conforme transcurría el tiempo menos me gustaba aquel fulano.

Una vez quedó convencido de que yo iba desarmado, con el Colt me hizo señas de que abriese una puerta que se ubicaba a mi izquierda. Bajamos por una escalera húmeda, que desembocaba en una puerta herrumbrosa, vecina a la que daba acceso al patio interior por el que yo había entrado. Pensé en la cochambrosa rata con la que me había topado y que en aquellos momentos debía de estar carcajeándose de mi estupidez.

—¿Dónde está tu coche, Humphrey?

—He venido a pie. Malos tiempos para el oficio, estos de ahora.

—Lo siento de verdad, Humphrey. Iremos en el mío.

Salimos del callejón y di gracias a Dios —al de verdad, quiero decir— cuando el tipo del Colt Magnum me indicó el camino que pasaba frente al lugar donde el Sargento García había estacionado su coche.

Efectivamente, pasamos por el lugar y allí estaba el coche del Sargento. Quien no estaba era el Sargento.

Son estos pequeños detalles los que pueden estropear una velada.

Dios con minúsculas me hizo parar frente a un BMW de la serie seis. Abrió la puerta con un mando a distancia y me hizo entrar en el asiento del conductor.

—Tú conduces, Humphrey. Te aseguro que es un verdadero placer conducir este coche.

—Me parece que me voy a negar a hacerlo, dios.

—No puedes negarle nada a Dios, Humphrey. Porque si le haces enfadar te llenará de plomo aquí mismo. Y lo hará de forma que sufras mucho.

Puse el coche en marcha. Nunca he sabido negarme a una petición correctamente estructurada, basada en la lógica y apoyada por argumentos tan contundentes como los que esgrimía aquel hijo de puta.

—Sube hacia Montjuic. Y conduce con cuidado. Si nos cruzamos con algún policía, ni se te ocurra hacer nada que pueda llamar su atención para que nos pare. Lo único que conseguirías es que primero le matase a él y luego te mataría a ti, y lo haría de tal manera que no creo que desees ni pensar en ello. Y encima llegarías al otro mundo con la muerte del policía en tu conciencia. Y eso, allí, yo no te lo podría perdonar, por mucho que quisiese mostrarme magnánimo.

A pesar de estar loco, el tipo se explicaba con total corrección y tenía un considerable poder de convicción —al menos a mí me convencía—, así que conduje con cuidado, muy lentamente. No tenía ninguna prisa por reunirme con los chicos del Séptimo de Caballería y discutir con ellos quién era más capullo, si el General Custer o yo.

—Oye, dios, supongo que a estas alturas no te importará contarme por qué te cargaste a aquellos dos.

—¿Les conocías?

—Eduardo era amigo mío.

—No me digas que eres homosexual, Humphrey. —De nuevo, un movimiento crispado torció su cuello y sus ojos se dilataron en un gesto desatinado.

—No, yo no. Pero éramos amigos.

—Me alegra saber que no eres homosexual, Humphrey.

—Claro, así podemos ser amigos, ¿es eso?

—No, no es eso, pero me alegro igualmente.

—¿Me contarás por qué tuviste que matar a Eduardo y a la mujer?

—Verás, la tipa gorda era la encargada de la limpieza de la guardería. La llaman así, la guardería, allí donde nos hemos conocido tú y yo. En principio, la gorda era un elemento de confianza, cobraba un buen sobresueldo para serlo. Quien circula por allí arriba debe ser gente de confianza; los niños no se pueden ocultar todo el tiempo y para llegar a la conclusión de lo que pasa allí arriba no hace falta ser un genio.

—¿De dónde vienen los niños?

—En el mismo lote que las zorras, hombre, países con problemas, guerras, huidas masivas, huérfanos, gente que se pierde en el desconcierto, fosas comunes que se van a llenar de cualquier forma aunque te lleves a unos cuantos, que, si tienes los contactos adecuados, pueden resultar mercancía valiosa en un país industrializado. Si lo piensas bien, no es tan mal trato.

—Me temo que he olvidado preguntárselo a alguno de los niños.

—Humphrey, hombre. No se puede ser tan delicado. Yo soy Dios y lo acepto sin demasiadas dificultades. Además, los niños no sufren maltrato.

—No, solo se los follan los tarados que pagan por ello.

—Probablemente, si hubieran podido escoger cuando estaban en su país, huyendo o muriéndose de hambre, ellos mismos hubiesen escogido este destino.

—Tampoco les he preguntado eso.

—Es una pena que no lo hayas hecho.

—De acuerdo, dios. Cuéntame el resto, por favor.

—La gorda se lo contó a su amigo la loca, ¿Eduardo has dicho?, y este creyó que había encontrado un filón de oro, el muy estúpido. Así que decidieron hacerle chantaje al dueño del tinglado.

—¿Quién es el dueño?

—Ni lo sé ni me importa, Humphrey. Yo no puedo atender a esas pequeñeces. Si sus argumentos me convencen, actúo; en caso contrario, ni me digno a contestarle. Mi atención no está al alcance de cualquiera. En último término, el dueño es el que paga, siempre es así.

Cuando decía cosas como aquellas, a aquel tipo los ojos casi se le salían de las órbitas. Me recordaba los círculos concéntricos de colores que pintan en los ojos de los locos en los dibujos animados.

—La cuestión es que, en lugar de enviarles un cheque, me contrataron a mí para que pagase a los dos listos que querían hacerles chantaje. Fue bastante aburrido, especialmente con la moña de tu amigo el camarero. El muy estúpido casi ni se enteró de que iba a morir, tuve que avisarle; de no haberlo hecho, se hubiese ido al otro barrio sin tiempo de despedirse de este. Al menos con la gorda tuvo algo de emoción; la tía se lo vio venir y a su manera luchó por su vida. Sí, con ella me lo pasé bastante mejor. Por cierto, Humphrey, en la próxima bocacalle deberías girar y aparcar.

Durante el trayecto yo había ido vigilando el retrovisor, rezando para que los faros del coche del Sargento García iluminasen las pocas perspectivas de vida que me quedaban. En un par de ocasiones me pareció que, a una cierta distancia, un coche iba pisando nuestras huellas. Pero al poco desaparecía el coche y la esperanza, lo cual me obligaba a pensar en alguna acción desesperada que me permitiese librarme del loco que me apuntaba con un Colt Anaconda. En algún momento, y de forma milagrosa, al Colt le había crecido un silenciador del tamaño de una tubería del alcantarillado público.

Habíamos llegado a una de las zonas más despobladas de la montaña de Montjuic. La hora, demasiado avanzada, hacía que las parejas de enamorados ya se hubiesen retirado. La hora, demasiado temprana, hacía casi imposible que alguien circulara por aquellos andurriales, así que las

posibilidades de que alguien pudiese acudir en mi ayuda resultaban poco menos que inexistentes.

Y el manual de los Jóvenes Castores, en casa.

Aparqué el BMW en el lado exterior de la calle, de modo que fuera visible a cualquier coche que circulase por la carretera. Al dueño de mis escasas perspectivas de vida no pareció importarle gran cosa.

Sin dejar de apuntarme con su revólver, quitó las llaves del contacto y se deslizó fuera, no sin advertirme antes:

—Quédate quieto, muchacho, no hagas enfadar a Dios.

Tan pronto estuvo fuera, cerré las puertas del coche con un movimiento reflejo sin saber demasiado bien qué pretendía con ello. Bueno, en realidad sabía perfectamente lo que pretendía: salvar mi vida.

Lo que ya no tenía tan claro era el procedimiento para conseguirlo.

El loco puso cara de desencanto mientras pulsaba el mando a distancia y con un movimiento rápido abría de par en par la portezuela del acompañante.

—Eso ha sido un tanto pueril, Humphrey, pero no pasa nada. Ya ves, ni siquiera me has hecho enfadar.

Casi me alegré de no haberle hecho enfadar.

—Ahora deberías salir, Humphrey.

A aquella hora, Montjuic olía a jardín y solo se oía el rumor del aire, que imprimía un ligero temblor a los arbustos. El mismo aire que había disuelto los restos de contaminación que a lo largo del día habían estado subiendo desde la ciudad. El cielo tenía una transparencia líquida tachonada de estrellas, y se mostraba como lo haría un espejo que reflejase un mar ahíto de cielo.

De forma estúpida recordé a una antigua novia que se negaba a hacer el amor conmigo en la cama, en cualquier cama, pero se desnudaba apasionadamente en cuanto aparcaba el coche en cualquier rincón oscuro. Con ella visité tantos rincones de la montaña, que intenté recordar si aquel lugar en el que a todas luces iba a morir también había sido en alguna ocasión el escenario de mis juegos amorosos.

Hubiese estado bien, siempre he apreciado los toques poéticos.

—Bueno, Humphrey, creo que ha llegado el momento de despedirnos. Lamento que nuestra relación haya sido tan breve, pero así es la vida.

El mamón aquel parecía realmente compungido. Estaba tan loco que era capaz de patearme después de muerto por haberle obligado a cargarse a un amigo.

—Espera un momento, dios, quiero enseñarte algo. Tómallo como mi última voluntad si quieres. Mira, voy a meter la mano en el bolsillo para sacar la cartera. Ya sabes que voy desarmado.

Dios con minúscula ladeó la cabeza con curiosidad, tal como lo haría un perro que intentase adivinar lo que hace su dueño, observando mis movimientos.

Con todo el cuidado del mundo concentrado en mis dedos, introduje la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, aferré la cartera de mano y la saqué con lentitud teatral.

En cuanto mi mano emergió del interior de la chaqueta, impulsé el brazo con toda la fuerza de que era capaz, lanzándole la cartera a la cara mientras yo me zambullía hacia un lado. Fue un movimiento espectacular, de ejecución brillante.

Pero el resultado no pasó de lamentable.

Dios con minúscula simplemente ladeó la cabeza de forma que mi cartera pasó rozándole la oreja izquierda. Yo aterricé, con las narices por delante, en la rueda delantera del BMW.

—Eso ha sido un intento muy loable, Humphrey. ¿Se te ocurre algún intento más para salvar tu vida?

Juro que no se cachondeaba. Movía la cabeza con aprecio y parecía impresionado por mi penosa maniobra.

—Anda, levántate, que los hombres mueren de pie.

Antes de levantarme tanteé el suelo intentando encontrar una buena piedra que me permitiese levantarle la tapa de los sesos de un buen cantazo al demente que había decidido convertirse en mi Némesis.

No la encontré.

Me levanté. No podía dejar de mirar obsesivamente el cañón del silenciador por el que iba a salir la bala que acabaría con mi vida.

Me sorprendió el fuerte estampido. Pensé que el silenciador no había funcionado. Pensé que estar muerto no era tan distinto de vivir. Pensé que la bala me había alcanzado en el pecho, ya que era allí donde sentía una fuerte opresión. Pensé que Ángela se preocuparía por mi tardanza. Pensé que era extraño que dios pusiese aquella cara de estupor estando como estaba acostumbrado a matar. Pensé que para estar muerto pensaba demasiado.

Luego vi cómo el hombro derecho de dios se teñía de rojo y el Sargento García entraba en mi campo de visión.

—¿Estás bien, Humphrey?

Luego vi cómo dios se cambiaba la pistola de mano y la levantaba apuntando a García.

El segundo estampido abrió una amapola en el pecho de dios, que cayó lentamente al suelo. Quedó sentado gracias al apoyo de unos gruesos matorrales, miraba con mucha atención la mancha de sangre que se iba extendiendo por su pecho. Las cortas piernas extendidas delante de él, la corbata de lazo y el ridículo bigotillo le daban aspecto de pelele de trapo en un guiñol.

Escuché al Sargento García, que comenzaba a recitar:

—Puede usted permanecer callado ya que cualquier cosa que manifieste podrá ser usada en su contra. Puede usted llamar a su abogado. En caso de no tenerlo...

Una expresión enloquecida cruzó por la cara del tipo que estaba en el suelo, que levantó con sumo esfuerzo la mano que sostenía la pistola.

El tercer y el cuarto estampidos lanzaron a dios hacia atrás con tal fuerza que casi pasó por encima del matorral donde estaba apoyado.

El Sargento García continuó recitando:

—Y puedes morirte con todas las de la ley, hijo de puta. En caso de resistirte, te llenaré el cuerpo de plomo de tal manera que no te dejarán entrar en el infierno por exceso de peso.

Luego me desmayé. Lo hice muy bien, con toda dignidad, hasta con cierta clase, según me contó después el Sargento.

Me desperté en los amorosos brazos del Sargento García, quien mientras me sostenía la cabeza intentaba que tragase una parte del contenido de una pequeña petaca de bolsillo. Cuando alguien te acaba de salvar la vida, lo justo es aceptar cualquier cosa que te ofrezca. Aunque sea matarratas. El Sargento debía de opinar lo mismo, ya que lo que me estaba obligando a tragar tenía un espantoso sabor a molibdeno liofilizado, si es que el molibdeno liofilizado sabe a coñac de garrafa suburbial.

Después de varios accesos de tos encadenados y de repetidos esfuerzos para liberarme que resultaron del todo estériles, decidí estar quieto y tragarme aquel aterrador brebaje. Que García decidiese cuándo consideraba que ya estaba suficientemente intoxicado.

—Bienvenido al mundo de los vivos, Humphrey.

El Sargento me observaba con una mezcla de burla y preocupación. En un tipo como él, resultaba casi enternecedor.

—¿Dónde cojones te habías metido? El loco ese casi me mata.

—No me he apartado ni un momento de vosotros, nunca has estado en peligro.

—Yo vigilaba por el retrovisor y en ningún momento te he visto.

—Claro, pichón, claro. Ahora por fin sabrás apreciar la diferencia entre un verdadero profesional y un destapacuernos como tú.

—¡Y una leche, profesional! Si este tipo hubiese decidido abreviar, a estas alturas yo estaría más muerto que tu abuela.

—No, pichón, ese tipo disfrutaba con su trabajo. Y nadie se compra un BMW de la serie seis para mancharlo de sangre, si puede evitarlo, aparte de que haberte matado en su interior hubiera supuesto una prueba en su contra. Por tanto, quedaba descartado que te matase dentro del coche. Y por otro lado, te quería dar la oportunidad de que intentases algún truco, jugar un poco al gato y al ratón. Por cierto, Humphrey, impresionante lo del billetero. ¿En qué episodio del Inspector Gadget lo has visto? —García pronunció las últimas palabras tendiéndome la cartera sucia de tierra. Se cachondeaba impudicamente, su fea cara de paleta expresaba una seriedad

que no sentía. Si no me puse a llorar, fue con el único objeto de evitar que me intoxicase de nuevo con el apestoso contenido de su licorera portátil.

—¿Está muerto, García?

—Por el rato que hace que no respira, quedan pocas dudas de ello. Ha sido defensa propia. Ninguna duda, ¿cierto?

—Cierto. ¿Y ahora qué hacemos?

—Telefonemos al comisario Jareño y le contamos toda la película. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Esa misma verdad que ahora mismo vamos a repasar tú y yo para que no se produzcan discrepancias.

—¿Nos lo agradecerá?

—Claro, después de empaquetarnos. Pero eso ya lo sabíamos.

Efectivamente, eso ya lo sabíamos. Desde el inicio sabíamos que nuestro deber era echarle una mano al comisario. El problema era que el suyo consistiría en, tal como lo expresaba el Sargento, empaquetarnos. Especialmente a García. Por mi parte, esperaba que el comisario Jareño recordase que, en cierto momento, él mismo me había pedido que interviniese en el caso.

El comisario Jareño nos recibió en el salón de su domicilio. Iba envuelto en una bata de lana escocesa en la que sin demasiadas dificultades se hubiesen podido empaquetar todas las ovejas de un rebaño junto a dos perros collies.

Durante el relato de nuestras correrías nocturnas, Jareño intentó contener la mezcla de satisfacción e indignación que, a modo de relámpagos en una tormenta, iban apareciendo en el cielo de su rostro encapotado. Cuando acabamos nuestra exposición de los hechos, se dirigió hacia el teléfono y comenzó a ladrar órdenes.

Cuando acabó de hablar, El Universo de Noche podía considerarse historia.

Se dirigió hacia nosotros intentando contener el orgullo que sentía.

Le esperábamos a pie derecho, como los héroes, especialmente porque nadie nos había invitado a sentarnos.

—¡Me cago en la quinta pata de la cagadera de san Pedro, García! ¿Me oye, García? Es usted la bestia más indisciplinada, más temeraria y más peligrosa para la salud pública que haya pisado jamás un departamento de policía.

Era curioso ver al temible García aguantando el chaparrón, en posición de firmes sobre sus patas torcidas, impávido y con expresión de hallarse a un par de universos de distancia.

—Es usted el ser más irresponsable que he conocido en mi vida. Está usted a punto de jubilarse después de toda una vida de servicio, tantos años que dudo que su cerebro de primate sea capaz de contarlos. Y con esta acción inconsciente pone usted en peligro su tranquilidad y la de su familia. Me cago en cada una de las cuentas del rosario de santa Teresa y en las barbas de san Juan Bautista.

Indudablemente, habíamos pillado a Jareño preso de una incontenible vena poética.

—Quédese aquí hasta que yo vuelva —siguió el comisario—. Tú, Humphrey, lárgate, hazlo antes de que decida incinerar tu apestosa licencia.

Me cogió del brazo y me acompañó hacia la puerta de salida.

—Te podían haber matado, cretino. Cuando te dije que podías intervenir con mayor libertad que yo, no pretendía que hicieras eso.

—Se me presentó la oportunidad, Jareño. Valía la pena intentarlo. Sí que es verdad que podían haberme matado, pero la verdad es que es difícil si García te cubre las espaldas.

El comisario Jareño me dedicó una mueca, que sin lugar a dudas fue lo más cercano a una sonrisa en aquellas circunstancias.

—Ese orangután con placa es el policía más eficiente que he conocido y que posiblemente conoceré nunca, pero hay que atarle en corto para que no se desmande. Voy a sobarle un poco más y luego ya veremos cómo me las arreglo para felicitarle. Y para librarle de cualquier posible sanción. Si te necesito para maquillar la declaración, ya te avisaré.

—De acuerdo, comisario.

—¡Ah! Por cierto, Humphrey, te debo una.

—Hace tantos años que nos debemos una el uno al otro que ya no llevo la cuenta, Jareño.

Desde la escalera, apoyé la oreja en la puerta y, amortiguada por la madera, oí la voz del comisario:

—Siéntese, García, vamos a ver cómo arreglamos este lío.

—Usted sabrá, comisario. —La voz de García oscilaba entre el aburrimiento y la diversión.

—No será fácil, pero lo arreglaremos, muchacho, lo arreglaremos. Por cierto...

Aparté la oreja de la puerta. No me gusta escuchar a escondidas las conversaciones entre mis amigos. Además, en el piso de arriba se abrió una puerta y alguien empezó a bajar por la escalera.

Salí a la calle. Las primeras luces del alba empezaban a descubrir detalles que hasta aquel momento la oscuridad había mantenido a resguardo de las miradas. Tuve que saltar para evitar una vomitona que apestaba a alcohol barato y casi caigo en los poco acogedores brazos del vagabundo que había encontrado resguardo en el amplio vestíbulo de un cine cerrado hacía ya unos años.

Tomé un taxi. Las piernas aún me temblaban.

QUINCE

Los recuerdos bonitos mezclados con tristezas saben mucho mejor.
Así que, en realidad, no estoy triste, sino que soy un sibarita.

FRANZ KAFKA

¡Y una mierda «no estoy triste»!

HUMPHREY

Me paré a tomar un batido de cacao caliente en un bar vecino. Un grupo de peones de la construcción tomaba una «barrecha» para combatir el frío que les esperaba en la obra. Me miraron con envidia. Supongo que mi aspecto invitaba a pensar en una noche de disipación y lujuria. Yo les devolví la mirada con cansancio, aunque luego, al pensar en Ángela, que me estaría esperando en la cama, el cansancio se convirtió en agradecimiento.

Ángela me esperaba despierta. Despierta, vestida y con una enorme maleta de color verde que yo no había visto nunca.

Nos quedamos mirando sin decir palabra. Ella, sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, me recordó una lámina que colgaba en el salón de una vecina, allí en mi lejana niñez, en la que una mujer con toca negra miraba fijamente una fotografía de alguien supuestamente ausente, mientras

sus manos cruzadas sobre el regazo reflejaban con su quietud toda la tristeza de la irremediable ausencia. Yo, apoyado en la puerta aún entreabierta, decidiendo hacia dónde debía mirar para no ver lo que los ojos de Ángela no podían evitar decirme.

Cerré la puerta y me dirigí al estéreo. No recuerdo la razón precisa por la que en aquel momento se me ocurrió ponerle música a la escena. Aunque recuerdo perfectamente que puse un *blues* de Ray Charles que se llama *I won't let you gone*.

—¿Qué sucede, Ángela?

—Humphrey, esta tarde viajo a Orense.

—¿A Orense? Verás a tus padres.

—Sí..., claro.

—¿Regresarás pronto?, ¿la semana que viene, tal vez?

—No, Humphrey, me temo que pasará mucho tiempo hasta que regrese.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—Mucho... No sé si regresaré alguna vez.

—No te entiendo, Ángela.

Quien pronunció esas palabras fue Humphrey el Optimista, porque Basilio Céspedes hacía ya rato que se esforzaba en no huir hacia algún lugar lejano donde las palabras de Ángela quedasen tan amortiguadas por la irrealidad que resultasen inaudibles. Un lugar donde lo inevitable no fuera más que una mala anécdota.

—Ayer, cuando te fuiste, telefoneé a casa, hablé con el niño y con mi marido. Les encontré muy preocupados por mi ausencia. En teoría, este era un viaje de ida y vuelta. Mira, este es el billete de avión que nunca usé, para poder quedarme contigo.

—No sabía nada de ellos.

—No te dije nada y créeme que lo lamento. Supongo que mientras estaba a tu lado no podía, no quería acordarme de ellos, pero cuando he oído al peque algo se ha puesto en marcha dentro de mí. Y mi marido es un buen hombre.

—Y yo, Ángela, ¿qué soy yo?

—Tú serás siempre mi más bello recuerdo.

Aquel mismo día, en un atardecer sombrío como mi estado de ánimo, la acompañé a la estación.

Esperamos la llegada del tren cogidos de la mano, aunque apenas nos miramos. Quizás recordábamos la triste escena del último polvo que Ángela me había ofrecido y que yo no pude aprovechar.

Tuvimos el buen gusto de no decir gilipolleces del estilo «Siempre nos quedará París». Yo no soy Bogart por mucho que me llamen Humphrey en su recuerdo, Ángela no es Ingrid Bergman, el Poble Sec no es París por mucho que tenga un cabaré que se llame El Molino, y nuestra historia nunca será llevada al cine. A pesar de eso, yo me quedé más jodido que Bogart. Supongo que pensamos, o al menos yo lo pensé, que en estos casos el silencio es lo más honesto.

Cuando subió al tren, me largué como si temiese que cuando se pusiera en marcha pudiera pasarme por encima. Que agitase un pañuelo quien tuviese alguna esperanza. Yo no tenía ninguna de las dos cosas, ni pañuelo ni esperanza. En estas ocasiones, las lágrimas resultan útiles, y de esas sí que tenía, pero no me atreví a usarlas. Soy un tipo duro, ¿recuerdan?

Antes de salir del andén, oí cómo el tren se despedía de la estación. Su *Huuuuua huuuuua* me recordó la cascada voz de Johnny Cash imitando el característico saludo Hobo, el pito de un venerable tren de vapor, saludando a un destartalado pueblo perdido en la inmensidad del desierto de Arizona. No hay nada como un pensamiento estúpido para amenizar una situación triste. Y no hay nada como una situación triste para generar pensamientos inútiles.

Bajé andando hasta la playa de la Mar Bella. La noche había caído sobre un mar en calma que aprovechaba su opacidad para reflejar una luna creciente, que se fragmentaba y se recomponía siguiendo el ritmo lento que marcaban las olas, unas olas que, debilitadas por la larga travesía, morían lamiendo la no demasiado limpia arena de la playa barcelonesa.

Caminé por la arena aterido de frío, las manos en los bolsillos, los pies en ocasiones invadiendo el espacio que el mar reclamaba como suyo,

pensando en lo jodido que puede llegar a resultar convertirse en el más bello recuerdo de alguien que esperas permanezca a tu lado. Es cierto que a mí nadie me había dado permiso para esperar tanto, pero no lo es menos que los deseos tienen vida propia y toman sus propias decisiones.

La débil claridad de la luz lunar, empalidecida por la contaminación, me permitía observar cómo las olas iban borrando mis pasos al bordear el agua. La consecuente asociación de ideas no contribuyó en absoluto a mejorar mi humor.

Un homosexual solitario me vigilaba con disimulo, apoyado en el pretil. Estuvo esperando pacientemente hasta que puse fin a mi paseo. Pasó por mi lado mientras me sacudía la arena de los zapatos.

— Buenas noches — saludó esperanzado.

— Al carajo, colega — le respondí sin mayor esperanza que sacármelo de encima.

Se esfumó sin añadir más comentarios.

Normalmente, la gente que comparte soledad no necesita grandes discursos para entenderse.

Todo tiene su lado positivo. Dios aprieta pero no ahoga, como dicen por ahí.

Jódete y baila, dicen también por ahí.

Se me ocurrió plantearme qué debía de estar haciendo el Sargento García en aquellos precisos momentos.

Posiblemente, acostarse al lado de su gorda esposa.

¿Y si la esposa del Sargento García fuese un bombón?

Mejor no pensar en ello.

Sería la hostia, ¿eh?

Mucho mejor no pensar en ello.

Capaz el Sargento, ¿eh?

Absolutamente necesario no pensar en ello.

El suicidio no entra en mis planes inmediatos, o sea que la señora García es un cardo gordo y envejecido.

¿De acuerdo?

De acuerdo.

A hacer puñetas, la señora García.
Amén.

Los bares de alterne de mi vecindario están comenzando la jornada. Las chicas se acomodan los pechos con gestos que la costumbre ha hecho precisos.

En las tabernas, las partidas de dominó y de cartas van terminando y los jugadores se levantan; los ganadores, alegres; los perdedores, renegando, se encaminan a la barra a pagar las consumiciones, mientras los ganadores se resarcan con sus fanfarronadas de la humillación del día anterior.

En los hogares, las mujeres ponen la mesa, preparan la cena y rumian las reprimendas que les van a soltar a sus maridos en cuanto entren por la puerta.

En la casa de putas de la esquina, en la única habitación ocupada en ese momento, el cliente, un tipo gordo con una incipiente calvicie sebosa, suelta un prolongado suspiro y se estremece brevemente tratando de descifrar cómo coño se las apaña la puta para fingir con sus gemidos, de una forma tan creíble, una pasión que está tan lejos de sentir y que ha provocado el fin de la fiesta. Aunque claro, por cuarenta euros tampoco se puede pedir gran cosa más. La puta piensa con desprecio que los tíos tienen el cerebro concentrado en la punta de la polla y contiene las ganas de escupirle al gordo en la calva; se consuela luego pensando en su amor. Con él sí que pone ella lo que hay que poner. Su hombre es todo un hombre. Ojalá hoy no haya bebido. Últimamente cuando va pasado de cubatas se le calienta la mano de mala manera.

En la cervecería de la esquina, un poeta melenudo acaba de parir una rima que anota apresuradamente en una servilleta de papel. La rima en cuestión es genial, y puede ser el inicio de un poema que le lleve a cumplir su sueño más atrevido: llegar a verse publicado. Ahí es nada. Su nombre en letras de molde. Mira de reajo al barman, que a su vez también le mira de reajo. La palabra «anótalo» le quema en los labios. Además, no rima con

nada que pueda escribir en la servilleta de papel para un hipotético paso a la posteridad.

En el tercer piso de la casa de la esquina, un hombrecillo menudo se esfuerza por dormir a pesar de lo temprano que es. El despertador sonará a las cinco de la madrugada. Debe estar en Madrid a las ocho. Una mierda eso del puente aéreo.

Basilio Céspedes, al que todos en el barrio llaman Humphrey, camino de su casa, pasa cerca del edificio donde tiene su oficina —su cuchitril, como él la llama— y se gira cuando oye su nombre pronunciado por una voz de mujer.

—Humphrey.

Maruchi *la Desdentá*, desde la puerta del *topless*, me hacía gestos con la mano para que me acercase. Estuve tentado de devolverle un gesto que la mandase al quinto carajo. Pero eso no hubiese sido justo, así que decidí acercarme.

—Hola, mi amor. Todavía virgen, ¿eh?

Nuestra vieja broma. Yo debía responderle: «Claro, cielo, ya sabes que me reservo para el día que tú decidas perder también la virginidad». O algo parecido. Pero no estaba el horno para sutilezas barriobajeras. Ni de ningún tipo.

—Sí, Maruchi, de nuevo virgen.

—Te ha dado fuerte la galleguiña.

—Duro y en la boca del estómago, mi amor.

—Olvídalo, hombre, no merece la pena sufrir por una mujer, mira quién te lo dice.

—Lo tendré en cuenta, nena.

—Estuviste genial en El Universo de Noche. Aunque por poco no lo cuentas, ¿eh?

—¿Y tú cómo lo sabes?

Maruchi se encogió de hombros y sonrió desdeñosamente.

—Ya lo sabe todo el barrio.

—¿Y quién lo ha contado?

Yo estaba asombrado. Y encantado.

—Yo, claro.

No pude evitar sonreír.

—Eres la hostia, Maruchi. En fin, tengo que dejarte, chica mala.

—¿Dónde vas, Humphrey?

—A casa. A olvidarme de que soy abstemio. Voy a mamarme bien *mamao*, como canta el tango aquel. Y pienso ponerme ciego escuchando los *blues* más arrastrados de mi colección. El bolero ha muerto, Maruchi.

—¿Tienes bebida suficiente para dos, Humphrey?

—Supongo.

—Pues espera, que recojo un par de compactos de Julio Iglesias y vuelvo. Hoy nos emborrachamos juntos.

—¿Eso es por pena, amor?

—¿Tú has visto a alguna puta que se meta en la cama con un tío porque le da pena? No me jodas, muchacho. Además, cuando te regalen algo bueno no preguntes, simplemente tómalo.

Fíjense que curioso. Yo no había contemplado nunca la opción Julio Iglesias.

Además de los compactos de Julio Iglesias, Maruchi trajo provisiones suficientes para reforzar mi escasa dotación de alcohol. Trajo también una provisión de ternura de ley que francamente no sé de dónde demonios pudo sacar.

Cuando estuvimos bien *mamaos* los dos, Maruchi dejó la dentadura en un vaso con agua y me hizo una demostración de la especialidad que le ha dado fama en todo Barcelona y sus alrededores. Aunque mientras me la mamaba yo no pude evitar que en mi cabeza resonasen los versos de la canción de Ray Charles.

*I wonder who's kissing her now,
I wonder who's teaching her how,
I wonder who's looking into her eyes,
Breathing sighs, telling lies.*

*I wonder who's buying the wine
For lips that I used to call mine...*^[3]

EPÍLOGO

El Universo de Noche fue clausurado y ya no volvió a abrir jamás. En su lugar, algún tiempo después, la maquinaria de derribo aplanó un solar, lo valló y así permaneció durante algunos meses. Actualmente, un enorme cartel de una conocida empresa constructora anuncia la eminente edificación de pisos de lujo con condiciones de financiación ventajosas.

Arcadio Peña, el dueño nominal de El Universo de Noche, está en la cárcel. Según mis últimas noticias, vive feliz y sin problemas. Parece ser que «dentro» goza de la benevolencia de la mafia carcelaria, que le protege de cualquier contingencia. A intervalos regulares recibe toda clase de provisiones, incluidas la visita de alguna puta que le hace la vida más soportable, aunque ahora debe conformarse con productos de la tierra. Evidentemente, durante el juicio se declaró culpable de todos los cargos que se le imputaron y no creo equivocarme si afirmo que se hubiese declarado culpable de unos cuantos más, si eso hubiese sido necesario. Respecto al verdadero dueño del negocio, ¿ustedes bien?

Él también, gracias.

Del tipo de la carísima cazadora de cuero, ni palabra. En las habitaciones de la guardería, cuando hizo acto de presencia la policía, los únicos ocupantes eran niños casi incapaces de expresarse en castellano. La gente que puede comprarse ese tipo de prendas acostumbra a tener suerte en la vida.

Dios con minúscula estaba presente en todos los archivos policiales del país. Nadie reclamó sus restos y fue enterrado sin honor. No resucitó al tercer día ni ningún otro, gracias a Dios.

Al comisario de la Brigada de Homicidios, Miguel Jareño, le fueron cursadas toda clase de felicitaciones. Una mención honorífica consta desde hace poco en su hoja de servicio. Si recibió algún otro tipo de mención, menos oficial, lo desconozco y supongo que no lo sabré nunca.

El Sargento García se retiró el mes pasado con todos los honores y la pensión completa, aunque no fue a petición propia, parece que le fue recomendado encarecidamente y de forma imperiosa. Ahora cuando el comisario Jareño tiene algún muerto en la «nevera», inevitablemente debe esperar el informe del departamento de Balística y el del forense para determinar la causa de la muerte y el tipo de arma empleada.

Tuve una idea genial que concernía al Sargento García: le propuse que se asociase con Billy Ray y conmigo.

Recuerdo exactamente cuáles fueron sus palabras:

—Mira, Humphrey, si alguna vez me necesitas, llámame y acudiré, pero no me pidas que te vea cada día; no podría soportarlo.

Fue una conversación corta. Al Sargento y a mí mantener una conversación en la que dejemos entrever cierto afecto nos emociona, y ninguno de los dos quiere demostrarlo.

Respecto al tipo alto y delgado con la mirada tan fría como la de un pez muerto que Maruchi me señaló como posible asesino a sueldo cuando yo le requerí noticias sobre algún forastero sospechoso, finalmente logramos ubicarle con precisión. De hecho, fue Maruchi quien consiguió la información, como no podía ser de otra manera. El tipo era un jugador profesional, momentáneamente «quemado» en su hábitat natural, Madrid, que decidió probar suerte en provincias.

El hombre se dedicó a efectuar el correspondiente estudio del terreno. Participó en un par de partidas de poca monta y perdió adrede de forma convincente para ganarse la confianza de los demás jugadores. Una vez consiguió la información del lugar y el momento en que debía celebrarse una partida de importancia, se presentó con el aval conseguido en las partidas anteriores y se dispuso a dejar sin blanca a la panda de incautos de provincias. Perdió de forma involuntaria la totalidad de su volátil fortuna. De hecho, uno de los macarras principiantes que participaban en la partida

le compró a buen precio el Rolex de acero y oro, con lo cual pudo regresar a Madrid en clase *business* manteniendo un convincente aspecto de acaudalado hombre de negocios. Durante el trayecto, con un vaso de *whisky* en la mano y mirando de cuando en cuando y con absoluta frialdad a sus compañeros de viaje, meditó con amargura sobre el indiscutible hecho de que provincias ya no era lo que acostumbraba a ser.

Hace pocos días volví a ver al Tío Matías. Afortunadamente, en esta ocasión fue en la pantalla de un televisor. El hombre encabezaba una manifestación de los gitanos del barrio en la que exigían la erradicación de la droga en nuestras calles. Lucía el sombrero cordobés que ya le conocía, y la blancura de su camisa resplandecía por contraste con el negro del chaleco, se cubría con un chaquetón de piel de oveja sin curtir y toda su figura rezumaba integridad campesina, honestidad de pueblo no contaminado. A sus espaldas, el guaperas de la navaja y el macizo comedor de ajo oficiaban como portadores de una inmensa pancarta negra que, en grandes letras amarillas, rezaba: «Nuestros hijos dicen no a la droga. Lucha tú también por un barrio más limpio».

¿Qué quieren que les diga? Casi lloro de la emoción. Billy Ray, que estaba a mi lado, sufrió un acceso de tos cuando el café con leche que en aquel momento se llevaba a los labios se coló por propia iniciativa en sus pulmones. El pobre hombre se largó rezongando furiosamente algo acerca de las virtudes de los medios de comunicación en relación con la puta madre que parió a no sé quién.

No hemos vuelto a comentar el tema.

Sorprendentemente, Billy Ray Cunqueiro se ha destapado como un excelente hombre de negocios. La agencia, enriquecida gracias a la nueva actividad, empieza a generar beneficios. Nunca hubiese dicho que en este país se producían más impagados que cuernos, pero los hechos están ahí para demostrarlo y, evidentemente, yo no soy nadie para ir contra los hechos, en especial cuando los hechos generan beneficios. De cualquier forma, yo no me inmiscuyo en el asunto de los impagados y los informes

más o menos oficiales. Me aburre. Lo mío sigue siendo la persecución subrepticia, artera e indigna. La gente a la que llego a conocer por este procedimiento es más interesante que la que se puede conocer en una sala de reuniones.

Aunque, pensándolo bien, quizás el secreto radique en que los conozco en circunstancias más acordes con la verdadera naturaleza del ser humano.

No he vuelto a ver a Maruchi *la Desdentá* con los dientes navegando en un vaso de agua. Me refiero a que el destino no ha querido que coincidiésemos en la misma cama, aunque ahora ella se ha añadido a la larga lista de personas a las que les debo algo. Cuando nos vemos sigue preguntándome: «¿Qué, Humphrey, sigues siendo virgen?». Y yo, como no podría ser de otra manera, le respondo: «Claro, mi amor, estoy esperando el día en que tú decidas perder tu pureza».

El discurso es el mismo de siempre, pero no podemos evitar que un cierto deje de ternura acompañe la vieja broma. Aunque eso sí, evitamos que se note en demasía. No se puede estar trabajando duro durante años para conseguir una excelente mala fama de duro o de mal bicho para que un momento de debilidad te convierta en un ser humano tan vulnerable como el resto de los mortales.

En ocasiones pienso que sería una excelente idea emborracharme de vez en cuando con Maruchi. Ella no se ha vuelto a ofrecer, por lo que imagino que esta vez me toca a mí dar el primer paso. Las putas también tienen su orgullo, aunque lo pierdan fácilmente ante un billetero abierto.

Ángela me envió una carta. Mi primera intención fue romperla, pero desistí de hacerlo ya que romper una carta de alguna manera es abrirla. Y yo no quería abrirla. La tiré directamente al cubo de los desperdicios sin abrirla. Estuvo allí un par de días, pues no me atrevía a tirar la bolsa para no perder la carta, por más que seguía firme en mi intención de no abrirla.

¿Se han preguntado alguna vez cómo se podría definir a un tipo duro? No se rompan la cabeza, yo se lo diré.

Un tipo duro es aquel que conserva en su balcón durante una semana una apestosa bolsa llena de basura y finalmente acaba con los dedos

pringados de toda clase de residuos hogareños buscando la carta de un antiguo amor que no se atreve a abrir.

La carta contenía una sola frase: «Fue maravilloso, Humphrey».

Estoy convencido de que ahora ustedes esperarán que yo haga una larga y dolorosa exposición, matizada con las pinceladas poéticas al uso, de las evocaciones que la frase desencadenó en mi mente.

Pero no lo haré; la partitura con la música la tienen ustedes, pónganle la letra si quieren.

Quise que Billy Ray me acompañase el día que me reuní con Mediahostia para proceder al pago del primer plazo de nuestra deuda con él. Mi socio escuchó las peroratas de Enrique Valles en un silencio casi religioso. Cuando salimos a la calle, permaneció meditabundo durante un buen rato. Finalmente me miró, movió la cabeza admirativamente y soltó lo que hacía rato que llevaba rumiando:

—¡Hostias, Humphrey, qué idioma más complicado tenemos en este país!

El timbre del teléfono estuvo resonando en mi cabeza unos segundos antes de que lograra despertarme. La voz de Billy Ray vibraba de excitación al contarme que debía apresurarme a mirar por la ventana de mi habitación ya que estaba nevando copiosamente y la nieve estaba empezando a cuajar. En esta ciudad la excitación es enorme cuando nieva. Yo, que he pasado la práctica totalidad de mi vida en Barcelona, solo recuerdo haber visto nevar en tres ocasiones, o tal vez cuatro, pero no más.

Mi primera intención fue salir al balcón, que lucía con orgullo un respetable manto blanco de textura algodonosa, pero luego recordé el repelente aspecto líquido que adquiere la nieve blanda una vez pisada y me conformé con mirar a través de los cristales el insólito aspecto que ofrecían los árboles del Poble Sec con las ramas decoradas por los copos, que en su caprichoso amontonamiento componían extrañas formas que cada uno de nosotros traduciría en la imagen que le dictase su imaginación. Los primeros valientes ya habían salido a la calle y se aprestaban a intentar elaborar un muñeco de nieve y fotografiarse junto a él. Otros amasaban

fríos proyectiles que, con un poco de suerte, impactarían en la espalda de algún transeúnte desprevenido.

Volví a la cama deseando que lloviera enseguida y así desapareciera el tan admirado manto blanco, ya que, en caso contrario, en pocos minutos las calles se convertirían en un escenario encantador para los amantes de los resbalones, un pastizal de color gris humo que paralizaría la normal actividad de esta ciudad tan poco preparada para convivir con la nieve.

Apagué la luz e intenté dormir de nuevo, apartando de mi mente el mensaje que algún rincón de mi cerebro emitía: este iba a ser el año que nevó en Barcelona, no el año en que un camarero homosexual y la gorda encargada de la limpieza de un local nocturno habían sido asesinados.

Este sería para siempre el año en que la nieve cubrió durante unas horas Barcelona, no el año en que Humphrey se había enamorado.

Pero así son las cosas y ni ustedes ni yo vamos a cambiarlas.

Además, no tiene sentido hacer dibujos en el agua.

Notas

[¹] *Sabéis, Pancho se encontró con alguien como él / en los desiertos de México. / Y nadie escuchó sus últimas palabras. / Pero así es como suele pasar. <<*

[2] Hola, forastero, / dame tu cariñosa mano. Eres un forastero. Y también eres mi amigo. <<

[3] Me pregunto quién la besa ahora. / Me pregunto quién se lo enseña ahora. / Me pregunto quién le mira en los ojos, suspirando y diciendo mentiras. Me pregunto quién compra el vino / para los labios que solían ser míos... <<